

cuadernos de

ruedo ibérico

18

abril
mayo
1968





c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo Ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary, Colombes (Hauts-de-Seine)

número

18

abril-mayo 1968

sumario

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador, II 3

Vietnam • Estados Unidos • Pablo VI

José Angel Valente : Las legiones romanas 17

Juan Tomás de Salas : Vietnam : ¿ Paz como sea o guerra para imponer la paz ? II : Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967 19

Chandler Thompson : La « subcultura » norteamericana 41

Nosotros, sacerdotes católicos (Ponencia presentada al Congreso cultural de La Habana, enero de 1968) 50

Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Vietnam 51

Julio E. Miranda : Florilegio vietnamita (4 poemas) 73

Pedro Gimferrer : Homenaje a Robert Louis Stevenson 77

Leopoldo María Panero : Canto a los anarquistas caídos sobre la primavera de 1936 78

César López : Felicitaciones 80

Tribuna libre

Grupo 450 : Invitación a emprender el trabajo político organizado 85

Dibujos de Umberto Peña

Condiciones de suscripción en la página 2

Ayuntamiento de Madrid

Con este número —el 18— acaba nuestra tercera serie anual. Los números 19 (Problemas actuales de la revolución) y 20/21 (doble éste), (España, comisiones obreras, emigración), se hallan en este momento prácticamente terminados. Pero la crisis financiera que atraviesa nuestra revista sigue sin haber encontrado solución. Nuestro llamamiento solicitando ayuda obtuvo respuestas muy alentadoras. Pero insuficientes. Si no obtenemos una base más amplia de suscriptores, si no recibimos más ayuda, los días —los números— de Cuadernos de Ruedo ibérico están contados. No podremos prolongar su publicación más allá del fascículo 20/21.

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico
 5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 París

Precio de venta : Cuaderno ordinario 7,— F ; cuadernos atrasados 14,— F

Condiciones de suscripción :	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es Horizonte español 1966, tomo I : 288 p., 6 planchas fuera de texto ; tomo II : 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes : 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba : revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídase catálogo.

Juan Carlos Curutchet

Luis Martín Santos, el fundador

2

La obra de Luis Martín Santos se define, de este modo, como el ejercicio de una cerrada intransigencia frente a los lugares comunes de su generación, y esta originalidad se consume básicamente en el estilo. Ilustrativa resulta, entre otras muchas, la descripción del burdel. En un verdadero alarde de sabiduría expresiva, en las primeras cinco páginas de la citada descripción el autor no empleará una sola vez la palabra burdel, como tampoco cualquier otra expresión chocante o vulgar. Este será un lugar « de celebración de los nocturnos ritos órficos », el « palacio de las hijas de la noche », etc., pero estará siempre elusivamente designado. Recién en la sexta página aparecerá la palabra « puta », ya como coronación inevitable de un crescendo que ha ido adensando de resonancias el relato hasta situarlo en el umbral de una tensión, un dinamismo improbables de conservar. La despolitización obrada por el régimen durante la postguerra quedará testimoniada, pero de manera también esencialmente elusiva. Se revela normalmente por la total ausencia de referencias concretas a conflictos ideológicos e incidentalmente en el particular sistema de coordenadas establecido por algún personaje (Amador) para ubicarse en el tiempo (« Yo lo soy, nacido en Madrid. De Tetúan de las Victorias. De antes de que hubiera fútbol »). Esta es la máxima concesión al panfleto que se hallará en la obra. Se trata, pues, de un compromiso no subalteralizado por banales demagogias. Sus ataques se diluyen en la estructura de la obra; emanan del contexto, como atmósfera general de insatisfacción y rechazo. Por lo mismo, las metamorfosis de este rechazo resultan siempre inesperadas, imprevisibles. La solidaridad del lector se obtiene por exclusión de la posibilidad de adherirse a la realidad mostrada por la novela. Su compromiso resulta así menos obvio, y a la vez más eficaz. Aquí ya no restan resabios de aquella actitud apriorística que tan negativamente determinara, en no escasa medida, la narrativa de la generación testimonial. Esta, con escasísimas y notables excepciones, habíase caracterizado por su precariedad estilística y su insuficiencia temática, visible esta última en su congénita propensión a considerar como novelables los temas más obviamente políticos —o politizables— de la realidad. Luis Martín Santos no se deja tentar por el señuelo de esta dicotomía tradicional; personaje negativo o positivo, compromiso o evasión. Cualquier psicólogo (y el autor lo era) podría fácilmente demostrar cómo no hay evasión posible, y que un tipo de literatura introspectiva permite, llegado el caso, medir con

una exacta precisión el empuje de las presiones exteriores. Theodor W. Adorno, verbigracia, ha demostrado cómo el subjetivista Kafka llegó, por el camino de la introspección, a dar con la clave de una objetividad más dialéctica que muchos de sus improvisados detractores. También Luis Martín Santos hay un idéntico deslizamiento, por el camino de la psicología, hacia una más amplia concepción antropológica. « El protagonista de **Tiempo de silencio** no es, en resumidas cuentas, más que un mediocre al que le ocurren cosas exorbitantes »⁹. También —y no es ocioso recordarlo— Joyce pobló sus novelas de mediocres y personas de baja condición.

Consciente de la inanidad de un tipo de literatura seudocriticista que no muy salomónicamente distribuía virtudes y defectos entre las diversas clases sociales (usualmente cinismo, hipocresía, depravación, etc., a la burguesía, y solidaridad, heroísmo, abnegación, etc., al proletariado), incurriendo en banales generalizaciones que hacían de la lucha de clases y las contradicciones de la sociedad una edificante página evangélica de combate entre el ángel y el demonio, el autor rompe las convenciones para denunciar, airadamente, sin inhibiciones, **todo** el sistema de vida español. Su más curiosa innovación consiste en la adopción de un estilo paródico falsamente celebratorio que se aplica a la descripción de la realidad más abyecta. Como en Cortázar, como en Valle Inclán, hay aquí una sátira de las grandes frases, de las grandes palabras, de los grandes proyectos irrealizados. Siempre el contraste entre los gloriosos proyectos y la realidad irrisoria y miserable en que aquéllos se caricaturizan expresado en un lenguaje heroico ambiguamente celebratorio que otorga al estilo su tono paródico y a la novela su condición de inimitable epopeya burlesca. Las chabolas quedarán así convertidas en los « soberbios alcázares de la miseria », donde la edad media de pérdida de la virginidad es « más bajo que en las tribus de África Central ». La cotidiana e incierta búsqueda del pan de estos estratos miserables y desarraigados se compara con la también problemática aventura del troglodita en sus incursiones de caza: « Hacia aquella otra realidad debían encaminarse no obstante todos los días (como sus homólogos aborígenes hacia los campos de caza) y colocándose en lugares estratégicos cobrar mínimos botines en las escaleras del Metro », etc.

Naturalmente la ironía en manos de Luis Martín Santos está de continuo deparando resultados imprevistos. Esta forma de disfrazar la intención diciendo lo contrario de lo que se piensa, es siempre no tanto el resultado de una crisis como el indicio revelador de una aguda percepción de la misma, y lleva en consecuencia siempre implícito un ataque contra la situación global en que ella se origina. Nunca o raramente se aplica a individuos, y cuando ello ocurre, se trata de individuos tan absolutamente moldeados por la situación que de hecho el ataque continúa dirigiéndose contra ésta, ahora bajo la forma de la metonimia. Al referirse a la profi-

9. Carlos Martínez Moreno: **Op. cit.**, p. 177.

feración de las chabolas que conformaron el « cinturón de la angustia » madrileño, verbigracia, el novelista prorrumpe en estentóreas exclamaciones celebratorias del progreso alcanzado bajo la égida del Caudillo: « Como los valores espirituales que otros pueblos nos envidian eran visiblemente demostrados en la manera como de la nada y del detritus toda una armoniosa ciudad había surgido a impulsos de un soplo vivificador ». Sin embargo, y como ya se señaló, no todo es exaltación jocunda y cínicamente celebratoria de las realizaciones del régimen español. La ironía de Luis Martín Santos está siempre dirigida a una situación. Hay momentos en que de improviso el novelista se retrae de su ambicioso proyecto de retratar —y denunciar— todas las facetas de la jungla urbana madrileña y su mirada se circunscribe al orbe minúsculo y vulnerable de su protagonista, Pedro, el joven investigador. Ironía, otra vez, pero ironía cordial, que incluso por momentos trasluce un velado sentimiento auto-compasivo instantáneamente cercenado por la conciencia vigilante del narrador. Rastrear estos desgarros e inventariar sus esporádicas irrupciones equivaldría a reproducir no pocas páginas de la novela, pero a través de ellas se advertiría cómo bajo esta coraza de corrosivo y morboso racionalismo va nitidamente dibujando su contorno una difusa forma de la solidaridad, una fraternal desdicha y un cálido misticismo que sugieren la paradoja de una suerte de sentimentalismo cervantino trasvasado al expresionismo brutal del mejor Valle Inclán. Fórmula, en todo caso, no totalmente extraña a la tradición española, como lo prueba el ejemplo inmortal de su clarísimo predecesor: don Francisco de Quevedo.

Hay también por lo menos una cristalina alusión a la esperanza de la conformación de una conciencia histórica (recuérdese que la « forja de la increada conciencia de la raza » fue la suprema aspiración de Joyce). Se la encontrará inmediatamente a continuación de su penetrante reflexión sobre la urbe madrileña, y reviste una particular importancia por cuanto en ella resulta fácilmente indetectable uno de los niveles oposicionales de la obra, una de las contradicciones catalizadoras de hechos y tensiones: crítica-humor. Cuando después de una satírica incursión por los distintos estratos sociales madrileños en la que el autor va diseñando una serie de proyectos de realización factible, tales como « inventar un nuevo estilo literario y propagarlo durante varias noches en un café hasta quedar completamente confundidos », o « calcular cuántas piedras de mechero vende un enano en una esquina », o « hacer como que vamos al cine yéndonos al cuarto de la pensión con su colcha roja », o « adivinar cuál es la ley económica que permite que las cerilleras vendan los pitillos uno a uno y con el producto alimenten suficientemente a sus amantes », etc.; cuando después de todo esto el autor declara su intención de « intentar imaginar cómo —Dios mío—, cómo vivía todo este pueblo en los que ellos mismos dicen —ellos sabran por qué— que fueron los años del hambre », aquí, en este repentino cese del registro satírico vislumbramos otro de los niveles oposicionales ya mencionados; esta vez: sarcasmo-piedad. Curiosamente, estos dos sistemas de contrarios, crítica-humor y sarcasmo-piedad, son

también característicos de su ya citado predecesor : Francisco de Quevedo. Esta última oposición, sin embargo —el tiempo no transcurre en vano— puede ocasionalmente ser asociada a la creación dostoyewskiana, aunque se trata, en todo caso, de un Dostoyewsky depurado de concesiones románticas, lo cual no es mérito, por cierto, del novelista, sino obra de la conciencia de nuestra época. Pero esta filiación dostoyewskiana de ciertos rasgos de la concepción general de la obra es sólo punto de partida, estímulo para la empresa, nunca criterio desvelador de conflictos humanos y sociales. La explicación es obvia : lo que en Dostoyewsky era primordialmente asunto de naturaleza, en Luis Martín Santos es primordialmente asunto de condición. Para Dostoyewsky el sufrimiento era el estado natural del hombre ; Luis Martín Santos resiste a compartir enteramente esta convicción. Entre ambos media el desarrollo de una conciencia histórica y social que en Dostoyewsky permanecía, en gran medida, todavía larvada.

Y restaría finalmente señalar un último rasgo que por sí mismo ilustra acabadamente la función de la ironía en la novela de Luis Martín Santos. Como se puede advertir en numerosos pasajes de la obra (cf. p. 26-31 especialmente), la relación entre Pedro y Amador no es la de investigador-asistente sino la de señor natural-servidor. Obviamente, esta trasposición de un tipo de relaciones periclitadas al campo de la investigación científica no es más que una reedición de las múltiples arremetidas del autor contra el anacronismo de la sociedad española, pero esto sólo superficialmente. Más allá, se intuye aquí una nueva dimensión alegórica. Pedro, peripatéticamente ajeno al bullicio y la realidad durante toda esta excursión por la cuesta de Atocha, enajenado siempre en un vagaroso y mórbido racionalismo que no concede atención más que al curso de los propios pensamientos, y Amador, con su elemental y práctico buen sentido, reencarnan bajo nueva especie la conflictiva relación de la pareja que poderosamente fascinó al novelista : el Quijote y el Sancho cervantinos. Este es un dato que conviene retener, puesto que aquí la cotidianeidad aparece nuevamente contrastada sobre un fondo mítico. Es asimismo notorio que el autor no extrema el paralelismo, pese a que éste reaparecerá varias veces a modo de moderna recreación de la dialéctica cervantina : sanchización de Don Quijote y qui jotización de Sancho. Hay empero otro rasgo que revela claramente el propósito del autor de reelaborar el mito de Cervantes. Toda la obra aparece presidida por la « epidemia del malentendido », y éste subrepticamente se origina en la contradicción entre unas normas morales, una concepción de la vida ya en desuso y unas relaciones humanas, sociales y económicas de nuevo tipo. Finalmente, el desenlace de la obra bastaría para despejar toda posible desconfianza frente a la validez de la interpretación aquí insinuada. Cuando en el capítulo final Pedro declina su ilusoria libertad —la capital, el Instituto, su vocación de investigador— para trasladarse a una remota ciudad de provincias a « diagnosticar pleuritis, pericarditis, pancreatitis, prurito de ano » ; a cazar : « se puede cazar, cazar es sano... », etc. ; a jugar al ajedrez : « podrás jugar al ajedrez. A ti

siempre te ha gustado... » etc.; vale decir, cuando el Pedro que había **elegido** acaba « maniatado por el medio, alienado (se ha cumplido, en virtud de la poderosa habilidad del medio, la alienación de la indiferencia; o más aun, la alienación de la aspiración a la indiferencia »¹⁰); todo este sacrificio, en suma, de la libertad anterior en el espejismo de una burguesa sensatez, ¿no remite casi instintivamente a la imagen de Don Quijote muriendo, curado ya de ilusorios idealismos, en « olor de cordura y sensatez »? Luis Martín Santos, como antes Cervantes, narra la derrota de sus personajes, el naufragio de una ilusoria libertad frente a la compulsividad de un medio hostil a todo género de empresas ingenuamente reformadoras, y hoy como ayer la amargura del narrador se carga de feroz ironía para impedir que la lucidez del lector naufrague en un estéril sentimiento de piedad. Alienado en un destino que creía obra suya y que no era sin embargo más que una imposición de su medio, Pedro, como antes Don Quijote, ha fracasado. La razón de su fracaso, en consecuencia, radica en lo ilusorio de su elección. Sólo « convertido de esclavo de su destino en inventor de su proyecto —viene a decirnos Luis Martín Santos—, el hombre deviene un ser trascendente »¹¹. El fracaso de Pedro, pues, se convierte en factor de conciencialización de la alienación del propio lector. Es este aspecto de la obra, en el cual la ironía cumple una función bastante próxima al distanciamiento brechtiano, lo que hace que, bajo tanto aparente negativismo, **Tiempo de silencio** revele su paradójica condición de ejemplaridad moral.

A lo largo de la obra se encontrará, como ya se ha observado, una constante en su criticismo solapado del feroz individualismo español y su negativa a tomar en consideración las experiencias ajenas. Este criticismo se originará, básicamente, en el hecho de que Luis Martín Santos, tanto por formación como por vocación, era ya un europeo, vale decir, un español universalista que silenciosamente reivindicaba su derecho a participar de la herencia de la cultura occidental. Su saña satírica se centra así sobre todos aquellos que de algún modo son responsables por esta situación de aislamiento. Su lucidez, empero, le impide confundir causas con efectos. Su frase amplia, recargada, sus extensos periodos tan complejamente elaborados, son habitualmente una sorprendente mezcla de alusiones diversas que a menudo trascienden el contexto español. Ya desde las primeras páginas, donde su ataque a las inhibiciones científicas de la sociedad española alcanzan una mayor intensidad, las referencias al galardón sueco ofician a modo de hilo conductor a través de una caleidoscópica sucesión de alusiones a falta de recursos para la investigación, unas muchachas toledanas embarazadas, perros con fémures de polivinilo cuyo horrible sufrimiento paradójicamente origina una irónica exclamación de falso alivio, porque aquí, al menos, « las desteñidas vírgenes no cancerosas, no usadas, nunca sexualmente satisfechas, anglosajonas, no existen

10. Félix Grande: *Op. cit.*, p. 50-51.

11. Luis Martín Santos: *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial*, Barcelona, 1964. p. 204

para proyectar el rencor insatisfecho sobre la Sociedad Protectora », etc., todo ello trabado en una perfecta unidad de impresionante solidez. Curiosamente, aquí el único común denominador está dado por el estilo, por la reducción al orden formal del anárquico torrente conceptual. Pero esta referencia a forma y estilo hace necesaria una nueva digresión.

En efecto, para determinar la existencia de un estilo, convendrá examinar hasta qué punto las formas y el contenido se segregan, condicionan y complementan recíprocamente, y hasta qué punto se da en ellas un fenómeno de mera yuxtaposición. Precisar, en un palabra, si la relación es dialéctica o mecánica. Esta dialéctica interactiva no excluye, por supuesto, la investigación de las formas en cuanto aspecto particular susceptible de análisis e interpretación, pero las subordina, en última instancia, a un problema general de estructura, de estilo, en el cual estas mismas formas se realizan y adquieren pleno sentido. En el primero de los casos mencionados, cuando esta dialéctica existe, aquello que el ensayista italiano Galvano Della Volpe denomina « centro problemático profundo » es intrínseco a la obra : está en el particular sistema de tensiones que configuran la estructura. En el segundo, cuando hay una mecánica, en el caso del arte combinatorio, este centro es extrínseco a la obra : se identifica con la omnisciencia del autor. Estas categorías contrapuestas de dialéctica creadora y mecánica compositiva tienen sus correlatos, normalmente, en un estilo y una retórica. Ejemplo de lo primero se encontrará en **Tiempo de silencio**, de Luis Martín Santos ; ejemplo de lo segundo en **La familia de Pascual Duarte**, de Camilo José Cela.

Hay por supuesto, matices, estadios verbales intermedios, que recorren toda la gama de posibilidades verbales. El problema no es sencillo, y estas coordenadas tienen por objeto solamente establecer una perspectiva general válida para su análisis en profundidad, cosa que momentáneamente excedería los límites provisionales de estas notas. Quede, sin embargo, en pie una verificación inicial : en **Tiempo de silencio** hay una dialéctica creadora y también un estilo que se organiza a través de la formulación verbal, de una estructura estética. Fue paradójicamente no un escritor, sino un escultor, Rodin, quien definió con la mayor precisión esta contradicción reseñada : « Cuando usted quiera modelar una estatua en pie, al trabajar con este pie proceda a separarlo de la masa para que, teniéndolo en la mano, pueda usted ocuparse en analizar y plasmar los relieves musculares de la planta del pie, aunque aparentemente ese trabajo quede perdido, pues la tal planta ha de quedar oculta al reposar el pie en el suelo. Porque, si no lo hace así, luego los músculos de la parte superior del pie le bailarán ». ¿ No fue acaso observar en **Ulysses** una cierta cualidad de este orden lo que indujo a Edmund Wilson a definirla como una novela densa « como una ciudad » ? ¿ No está en la sistemática aplicación de este principio esencial la razón última de la asombrosa densidad de la creación joyceana ? Esto, por lo demás, implica, entre otras cosas, la defunción de aquel degenerado vástago de la retórica iluminista conocido como literatura « de mensaje » y es en tal sentido, y al igual que **Ulysses**, **El Siglo de las**

Luces o A la recherche du temps perdu, que la novela repoetizada de Luis Martín Santos participa de la más genuina clasicidad de nuestra época¹².

Llegados a este punto, convendría reproducir aquí un fragmento de **Tiempo de silencio** en que, al par que las virtudes creativas del autor, el lector podrá observar ya más claramente las peculiaridades reseñadas de su estilo. He aquí el fragmento en cuestión: « La mañana era hermosa, en todo idéntica a tantas mañanas madrileñas en las que la cínica candidez del cielo pretende hacer ignorar las lacras estruendosas de la tierra. Por las calles recién lavadas por la brigada municipal, relucientes los granitos trasladados desde la lejana Sierra y hechos trozos cuadrangulares por ejércitos de incansables canteros, colocados después mediante técnica difícil con ayuda de agua, arena y una barra de hierro (más tarde, llegada la decadencia del oficio, también con algo de cemento líquido en los intersticios), discurría una abundante turba de individuos de diversos oficios todos ellos mal vestidos y sólo algunos afeitados recientemente. Los trajes de los viandantes de colores indefinibles entre el violeta pálido, el marrón amarillento, el gris verdoso, aparecen en esta ciudad de tal modo desvaídos y lacios que no puede atribuirse su deslucido aspecto únicamente a la pobreza de los moradores —con su consecutiva, escasa y lenta renovación de guardarrropa— sino también a los efectos purificadores de índole química de un aire especialmente rico en ozono y a los de índole física de una luminosidad poco frecuente, persistente durante un número de horas apenas soportable para individuos de raza no negra. Realmente, los ciudadanos de referencia deberían utilizar algodones made in Manchester de color rojo rubí, azul turquí y amarillo alhelí de grandes manchas y dibujo guacheado con los que la turgencia de las indígenas quedaría mejor parada y la tez cetrina de los hombres alcanzaría todo su plástico contraste. Esto iba meditando D. Pedro sin comunicar tales pensamientos a Amador que quizá no hubiera podido elevarse a la consideración de tales leyes cromático-geográficas sino que hubiera sugerido más simplemente el consumo de adecuados líquidos reparadores de la fatiga en cualquiera de las numerosas tabernas que se abrían invitadoras a su paso a través del paisaje urbano. Pero aun parecía lejos esta idea del caletre científico y Amador resolvió suspender la sugerencia hasta ver llegado el momento oportuno bajo las especies de sutiles gotas de sudor en la frente del sabio o un resoplido más pesado en su alentar todavía inaudible. Las gentes —casando mal con la proverbial idea de su incuria y pereza— se agitaban rápidas bajo la cúpula mentirosa », etc.

Esta descripción, escogida un poco al azar, que no es la más representativa ni tampoco, en absoluto, la más compleja y elaborada de su autor, permite sin embargo vislumbrar la naturaleza de su estilo. El lector puede observar la perfecta concatenación de los distintos planos entre sí: social, inte-

12. Esto no encierra una valoración. Ciertamente, **Tiempo de silencio** no alcanza en absoluto la incomparable perfección de las tres obras mencionadas, pero participa de su aire de familia, tiene profundas y complejas raíces en esta clasicidad de nuestra época.

lectual, científico, caracterológico, estético, geográfico. Semejante capacidad de reproducción e integración de los distintos planos de la realidad en un mismo nivel —el de la imaginación creadora— resulta totalmente inédito en la narrativa de la postguerra. Se trata de una prosa preñada de contrastes, que recoge la más legítima herencia del barroco, de una genuina **dialéctica de contrastes** aplicada a la representación de una realidad **intersticialmente** contradictoria. El novelista, en suma, no aplica su talento a la invención de contrastes arbitrarios (lo cual era característico todavía en Cela); registra los que la realidad le ofrece, y se vale de ellos como vía de acceso a estratos más profundos de la realidad y a contradicciones que, en muchos casos, pertenecen no ya a la sociedad sino al individuo.

Puede también advertirse, como en Joyce, la preocupación del autor por superar el punto muerto del embotamiento de la sensibilidad naturalista. Mientras Pedro y Amador emprenden esta azarosa excursión a la chabola del Muecas, en vez de emociones el autor va registrando detalles sobre la calidad del empedrado de las calles madrileñas; en vez de sensaciones, acumulando datos sobre la composición química del aire y la conductibilidad del calor en los trajes de los viandantes. Aun así, sólo muy superficialmente podría encontrarse en esto un humorismo gratuito, puesto que no es otra cosa que una caricatura de los denominados procedimientos objetivos, vástagos corrompidos del naturalismo zoliano y su ingenua pretensión de regular científicamente la actividad representativa de la imaginación creadora. Pero esto no es todo: dos alusiones nada equívocas a los « indígenas » (madrileños), insinúan la pretensión de proseguir el paralelismo entre el conglomerado urbano y las tribus del Africa central, motivo ya esbozado en páginas precedentes que definirá posteriormente una de las facetas alegóricas de la obra. Si hoy se recuerda a Zola, no es por sus periclitadas hipótesis y su documentación científica, sino seguramente por la suprema energía con que simbolizó no pocos de sus temas. Consciente de ello, el autor no se abandona a las tentadoras opciones del análisis caracterológico o el criticismo moralizante; convierte estos ocasionales subtemas en soportes de la alegoría en la cual finalmente se integrarán, pero es ésta, la alegoría como estructura, la que proyecta su sentido sobre la realidad y realiza su contorno. El criticismo, pues, se define como opción del lector sobre una estructura orgánica y polisignificativa, que no se agota por supuesto en aquél. La naturaleza dialéctica de la obra se revela así en su múltiple virtualidad, y el lector opta por su personal criterio de interpretación. La leerá como conjunto de peripecias, como análisis caracterológico, como sátira de los estilos o manierismos tradicionales, como ensayo sociológico o como investigación de la angustia. La leerá, en suma, como libremente lo escoja. La dialéctica de la novela, su condición de obra genuinamente abierta, permite éstas y aun otras posibilidades, pero todas a partir del más absoluto respecto a la estricta literalidad de la expresión. Múltiple y diversa, compleja y a la vez de una cristalina transparencia, la novela cumple así

su función de esclarecer dialécticamente la realidad sin renunciar a su cualidad de universo en sí y desde sí comprensible. Volviendo al pasaje reproducido, y presidiendo los tres aspectos señalados —a) humorismo; b) caricatura de los procedimientos objetivos; y c) pretensión alegórica—, restaría señalar un cuarto matiz revelador de otra característica central de la obra. Está en dos frases: «mañanas... en las que la cínica candidez del cielo pretende hacer ignorar las lacras estruendosas de la tierra», y «las gentes... se agitaban rápidas bajo la cúpula mentirosa». Como se puede advertir, el escritor no dedica al «escenario» del fragmento, una calurosa mañana estival, más que estas dos escuetas menciones, las ya reseñadas, y esto para denunciar su condición de espejo deformante de la propia realidad. Hay aquí, pues, una recurrencia al método presentativo (mera descripción) y simultáneamente una crítica de las insuficiencias del mismo. El autor refiere la narración al universo fenoménico, pero con entera conciencia de que «si la novela quiere permanecer fiel a su herencia realista y seguir diciendo cómo son realmente las cosas, tiene que renunciar a un realismo que, al reproducir la fachada, no hace sino ponerse al servicio del engaño obrado por ésta»¹³. Hay, pues, simultáneamente una recurrencia a —y un rechazo de— la realidad fenoménica, pero siempre el rechazo proviene de su inicial aceptación y la demostración de sus insuficiencias radicales. El autor, en consecuencia, no renuncia a la realidad, prodiga su mirada sobre ella, pero con astucia y cautela. Identifica sus falacias, restituye un nuevo ordenamiento a un mundo aparentemente ordenado y reivindica el carácter dialéctico del conocimiento y la expresión. Esto lo ubica en los antípodas del objetivismo naturalista de su generación, vinculándolo, por el contrario, a la dialéctica simbólica de un Joyce o a la alegoría dialéctica de un Kafka. La palabra pierde ingenuidad para cobrar una avasalladora intensidad expresiva cuyo secreto en España desde hace ya muchas décadas se había perdido.

Este fragmento, a la vez, posibilita la identificación de una de las más graves limitaciones del autor. Una cierta tendencia a la abstracción se encarga de recordar constantemente cómo Luis Martín Santos llegó a la novela por el camino de la filosofía y el psicoanálisis, y es esto seguramente lo que, pese a la profusión y exactitud de los detalles, impone la sensación de unos materiales naturalistas pródigamente acarreados con la finalidad de ilustrar un principio o llenar unos esquemas. Esto es así en no pocos pasajes de la novela, y notoriamente visible en aquellos en que el autor se obstina en multiplicar hasta el infinito sus propósitos alegóricos. Las dos tendencias que se combinan en la obra, simbolismo y naturalismo, no se funden en una ambivalencia perfecta. El simbolismo se hace por momentos excesivamente difuso y la atmósfera de la novela se distiende, su intensidad se diluye, incluso incidentalmente amenaza con desdibujarse, pero siempre la realidad acude en su auxilio como factor de equilibrio que lo rescata en la frontera misma de la disolución. La parábola narrativa del

13. Theodor W. Adorno: *Notas de literatura*, Barcelona, 1962, p. 47.

autor parte de la localización madrileña para alcanzar la riqueza cosmopolita universal, pero el lector a menudo experimenta la sospecha de que para penetrar en la obra resulta necesario transitar el camino en dirección opuesta. Esta falsa sospecha se origina en el juego constante de ambivalencias. Madrid es Madrid y también la Megalópolis; la tauromaquia es un popular deporte y también un rito sangriento e incluso el laberinto cretense. Pedro mismo es, por momentos, Galileo, otras veces un pobre diablo y ocasionalmente Teseo. El burdel es el averno y las tres mujeres de la pensión son las tres parcas. La calle de Atocha y el laberinto de Creta integran un mismo sistema de referencias y funcionan dialécticamente en una suerte de abstracción trascendente. Sin embargo, todo este juego de ambivalencias revela a la larga su notoria inconsistencia. Cuando luego de algunas reflexiones sobre la tauromaquia el novelista retoma la descripción de la prisión y desliza una intencionada alusión al laberinto cretense, de pronto el lector recuerda al Minotauro, la necesidad de los exorcismos liberadores y muchas otras cosas. El mito, sin embargo, no está en el contexto, sino como simple alusión, y existe por tanto sólo para quien se obstina en encontrarlo. Otro tanto pasa con la simbología del burdel o de las tres parcas. El burdel impresiona mucho más como cuadro naturalista que como símbolo, y algo similar ocurre con las tres generaciones de la pensión. Esta confusión se origina en que, si bien el tratamiento simbólico está normalmente dado a nivel del lenguaje y no del concepto, ocasionalmente las premisas se invierten, y el lector puede experimentar la tentación de considerar estas esporádicas heterodoxias como categorías de aplicación universal. Para interpretar, pues, para entender plenamente **Tiempo de silencio**, desterrando a la vez toda clase de ilusorias y equívocas sospechas, habrá que comenzar por reivindicar el respeto a la más absoluta literalidad de la expresión.

Plurivocidad semántica y naturalismo de los temas: el ritmo épico realza, con su nota de universalidad, lo que de otra forma pudo haber resultado un relato inconexo y descolorido, y es en virtud de esta palabra épica que la chata novela naturalista se convierte en epopeya burlesca. Lo presente está dado —y tratado— como disfraz o caricatura del pasado; la visión cosmopolita, a la vez, prodiga un comentario irónico de la realidad. La vida no es menos real por marchar ahora disociada de antiguos esplendores. Pocos escritores de imaginación, a partir de Cervantes, según ha demostrado Teodor W. Adorno, se han preocupado por revestir a su época de una aureola de gloria. Shakespeare pudo escribir que nuestras vidas están tejidas por el mismo hilo de los sueños. Hoy convendría modificar esta sentencia: nuestras vidas están tejidas del mismo agobio de la rutina cotidiana. El impulso lírico se ha desvanecido; la cotidianidad cobra vigor. Entre Shakespeare y nuestra época median Cervantes, Flaubert y la tradición de la novela realista, con su reconversión de la novela en instrumento de expresión de la cultura y la sensibilidad de la clase media. En Luis Martín Santos cristaliza la reacción contra este nuevo estereotipo. Obra maestra del sarcasmo, en **Tiempo de silencio** se refleja la cólera, la

justa indignación con que el novelista habiase enfrentado a su sociedad. Tal vez sólo en el mejor Valle Inclán se encuentre, en la narrativa española de este siglo, la consumación de otro ataque tan feroz y despiadado contra los petrificados e insolventes mitos de la sociedad y la cultura tradicionales, con la diferencia de que lo que en Valle aun era producto de una afortunada intuición, aquí ya ha devenido lúcido proyecto de la conciencia creadora. Su programática voluntad de transformación recuerda, conjuntamente, a Dostoyewsky y a Marx, porque si en éste aprendió a dilucidar el carácter dialéctico de los procesos históricos, en aquél, el apasionado investigador de las miserias y flaquezas humanas, aprendió que toda rebelión es fundamentalmente un acto de comprensión y humildad, vale decir, de amor.

En Luis Martín Santos resultan igualmente llamativos su sorprendente originalidad y su profundo sentido de la tradición. La obra está llena de reminiscencias estilísticas o temáticas de filiación reconocible, y desmontar y analizar todas las piezas de su arquitectura narrativa y registrar sus antecedentes implicaría realizar una incursión por gran parte del pasado artístico no sólo español, sino ya europeo (pero tal investigación, que alguna vez tendrá que ser realizada, excedería por ahora los límites de estas notas). Toda la escena que sigue al fracasado aborto de Florita y su terrible muerte, por no citar más que un ejemplo, remite a la tradición peninsular de los **plantos**, de la cual se encontrarán notables exponentes en el Arcipreste de Hita y —más modernamente— en Valle Inclán (el más famoso en **Divinas palabras**), su más inmediato predecesor en numerosos aspectos. Nihil novum: en Luis Martín Santos están recreados muchos motivos de la literatura anterior. Paradójicamente, es en gran medida esta inmersión, esta constante referencia a la tradición lo que dinamiza su narrativa y acrecienta su originalidad. Al leer los comentarios de Matías, verbigracia, sobre el encuentro de Pedro con Dorita después de la visita policial, puede recordarse al cínico Svidrigailov fisgoneando otra escena similar entre Sonia y Raskolnikoff en **Crimen y castigo**. Las reminiscencias abundan. De Joyce están, posiblemente, entre otras, el burdel y el periplo nocturno; de Dostoyewsky, el protagonista alucinado, errabundo y monologante, lúcido para verificar la existencia de sus propios problemas aunque encerrado en la imposibilidad de superarlos; de Lawrence el sarcasmo, la despiadada resolución antiintelectual, el carácter demoníaco de ciertos azares cotidianos y la esperanza de rescate por la autenticidad; de Quevedo, la escatología del lenguaje y no pocos recursos estilísticos; de Lawrence también un cierto determinismo sexual; de Joyce su propensión a contrastar lo cotidiano sobre un fondo mítico; y de Valle Inclán un distanciamiento a través de la ironía bastante próximo al famoso efecto brechtiano. Esta condición verdaderamente enciclopédica de la obra, que se define por la obstinación del autor en dar cabida a **todos** los temas y someter a revisión **todos** los estilos, suministra otra clave para interpretar las causas de algunos de sus más resonantes fracasos. En efecto, como se recordará, toda la aludida escena entre Sonia y

Raskolnikoff fisgoneada por Svidrigailov impresiona por sí misma, pero a poco que se observe se descubrirá cuánto debió esforzarse el novelista ruso para dar en el contexto la situación en que aquélla se origina. En Luis Martín Santos, por el contrario, todo resulta demasiado provisional, la escena es llamativa pero oblicuamente gratuita, y carece por lo mismo de la desbordante humanidad de aquella tan magistralmente diseñada por su ocasional predecesor. Otro tanto ocurre con Lawrence, cuyo novela **Women in love** ofrece numerosos puntos de contacto con **Tiempo de silencio**. La escena de la tertulia en el café Gijón supera posiblemente a aquella otra descrita por Lawrence en el capítulo VI de la novela mencionada, **pero sólo como cuadro en sí**. La tertulia del novelista anglosajón está también justificada, sólidamente trabada en el contexto de la obra. Su aparición reviste una cierta **inevitabilidad**, cosa que no pasa con la de Luis Martín Santos, y algo similar ocurre con no pocas escenas más. Hay unas páginas especialmente sugestivas: son aquellas que el novelista consagra al análisis de la tauromaquia. Este breve capitulillo resulta independiente de la trama, se justifica solamente porque no rompe la unidad del estilo, aunque en abstracto debiera conspirar contra la unidad del relato. Por lo mismo bien puede ser que este pasaje resulte doblemente ilustrativo del por qué de estas limitaciones. Luis Martín Santos se preocupó por dotar a su novela de una unidad acorde con la naturaleza de su talento: una unidad verbal, y no cuidó mayormente acerca de la discontinuidad y anarquía del orden estructural. Vertió en ella todas sus preocupaciones, confiado absolutamente en el poder unificador de las palabras. Pero las palabras son signos, y allí donde el ritmo épico decae las diferencias de la concepción se hacen visibles. Esto, sin embargo, no es enteramente imputable al autor. En el fondo de sus fracasos yace como desiderátum la ineficacia (o la ausencia) de una verdadera tradición. Luis Martín Santos es, a la vez, el Kafka, el Lawrence y el Joyce de la narrativa peninsular, y también, inevitablemente, el predecesor de sí mismo. Precursor de sus propios aciertos, epígono de sus propios fracasos, su obra rinde tributo a su talento y simultáneamente lo paga al estado de la cultura en que su obra se gestó.

En realidad, **Tiempo de silencio** cubre una etapa que el calificativo de transición define mejor que el de fundación o renacimiento. En la tradición de Quevedo y Goya (o incluso del mejor Valle Inclán), Luis Martín Santos se esfuerza por reanudar los extremos del lirismo y la realidad, pero no a modo de precaria simbiosis, de imperfecta fusión, sino para contrastarlos con violencia. Sobre esta básica contradicción reposa la dialéctica de la obra. Conforme transcurra el tiempo y nuestra perspectiva se enriquezca, seremos capaces de entender, cada vez mejor, cuánto comportaba de riesgo esta curiosa elección. La ironía es el producto de este violento contraste. Habiéndose propuesto, como se propuso, redactar con su novela una suerte de compendio de la moderna conciencia española, Luis Martín Santos debió estar sobre aviso de la necesidad de dotar a su novela de una unidad que no podía ser la de la trama. La unidad, aquí, se consuma

en el estilo. Luis Martín Santos comprendió lúcidamente la realidad cultural de su momento: el agotamiento de una tradición, el desgaste de una palabra machacada, devaluada por el uso, y la precariedad de toda renovación que no se diera a partir de un contexto español. Fue un renovador; a la vez, pugnó por permanecer insólitamente fiel a su país y a la tradición. Esta es la razón de su grandeza y la explicación de su fracaso, puesto que éste no es más que el resultado de ese estado de desintegración cultural que experimentó con tanta agudeza y expresó con tan luminosa intensidad. Ningún novelista anterior (incluido el Cela de *La colmena*) fue tan lejos en su minuciosa e implacable descripción de las realidades cotidianas. Su extremismo escatológico es el mismo de Quevedo o Goya. A la vez, ningún esteticista ha tejido estructuras verbales más complejas y perfectas. Lírico y realista, escatólogo y estilista, Luis Martín Santos reasume la tradición y la dinamiza. Funda el porvenir.

Pasajes como aquel de la reflexión sobre la urbe madrileña, el monólogo de la viuda del « héroe de buen ver », librada al arbitrio de los acontecimientos con una hija madura y soltera y una nieta bella e ilegítima, la incursión de Pedro y Amador por el feudo del « gentleman-farmer Muecas-thone », la descripción de una tertulia del Gijón o el relato de las peripecias del aborto y muerte de Florita, es probable que dejen en la mente del lector un recuerdo imborrable. Inversamente, hay momentos en que su misma facilidad frustra al novelista en un humorismo trivial, como el de la escena en el atelier del pintor informalista. Aquí ya la ironía resulta demasiado gruesa, la multivocidad semántica cede el paso a una univocidad indigente y el sostenido vigor paródico se diluye en el umbral de un humorismo de sainete. Algo similar ocurre en la escena del diálogo entre Matías y la Charo (una prostituta anciana y « jubilada ») en el burdel de Doña Luisa y, ocasionalmente, en no pocas páginas más. Y es esto precisamente, esta discontinuidad incidental en el relato, estos bruscos descensos en la temperatura narrativa, lo que revela mejor que nada cómo Luis Martín Santos era todavía un escritor haciéndose, el conato esporádico de una genialidad difusa pugnando por inventarse un sendero propio, original e intransferible, a través de la maraña de frustraciones y naufragios de la narrativa de su país en estas últimas décadas. Frustrada su vocación en plena juventud, a nivel de una novela primigenia, aun así la validez de su legado permanece indiscutible, y tal vez convengan para definirla aquellas mismas palabras que el profesor Harry Levin escribiera a propósito de Joyce: « Ha aumentado enormemente las dificultades de la labor del novelista » (Cf. Harry Levin: *James Joyce: a critical introduction*). Epitafio del realismo de su generación, *Tiempo de silencio* es a la vez una superación y una condena, no un modelo a imitar pero sí una conducta para reverenciar y proseguir.

Vietnam ●

Estados Unidos de América

● Pablo VI

José Angel Valente

Las legiones romanas

Juan Tomás de Salas

Vietnam : ¿Paz como sea o guerra para imponer la paz? II : Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967

Chandler Thompson

La «subcultura» norteamericana

Santos Juliá Díaz

Pablo VI y la guerra del Vietnam

Julio E. Miranda

Florilegio vietnamita

José Angel Valente

« ... toda la fuerza enemiga ha sido puesta fuera de combate. ¿Quién lucha entonces? »

Interpelación de un senador

Las legiones romanas

Las legiones romanas aún se batan
desde hace dos mil años
en los pantanos y los arrozales.

Un Buda tuerto de mirarla pasa
errabundas consignas al loto y la tortuga.

El enemigo ha sido aniquilado
cuatro mil veces en tantos dos mil años
y las legiones aún se batan
contra los mismos muertos.

¿ Cómo ?

Nadie recuerda cómo fue el comienzo
ni quién tuvo la culpa
ni por qué la victoria no saluda
a las heroicas águilas que caen, caen, caen.

Un pato chapotea en poca agua,
el bambú es inflexible,
secreto el limo en los cañaverales.

Arriban nuevas águilas que manda
remoto el Capitolio, gomitas pompeyanas
para mascar (costumbre de este pueblo
de sutiles colosos), sexo en latas
y un gran dólar inflexible
de nueva fabricación o cuño nuevo
para todo el imperio, imperio
sacro, por los siglos
de los siglos.

Salud.

Novedad Ruedo ibérico

Stanley G. Payne

Los militares y el poder político en la España contemporánea

Prefacio ; Introducción. La debilidad institucional de la España moderna ; 1. El fin de un orden ; 2. La era de los pronunciamientos : 1814-1868 ; 3. El derrocamiento de la primera república ; 4. El ejército durante la restauración : 1875-1895 ; 5. El desastre colonial ; 6. Las consecuencias de la derrota ; 7. El protectorado de Marruecos : 1908-1918 ; 8. Las juntas de defensa ; 9. La guerra del Rif ; 10. El pronunciamiento de Primo de Rivera ; 11. Primo de Rivera y Marruecos ; 12. Primo de Rivera y el ejército ; 13. El colapso de la Monarquía ; 14. Las reformas de Azaña ; 15. La Sanjurjada ; 16. El ejército en el bienio negro ; 17. El golpe militar de 1936 ; 18. La rebelión ; 19. La implantación de la dictadura de Franco ; 20. El ejército nacionalista en la guerra civil ; 21. La represión ; 22. El ejército de Franco ; Conclusión. Las bases del poder del ejército en la España moderna. Apéndice A : Datos bibliográficos de Francisco Franco. Apéndice B : Bajas falangistas y carlistas en 1937-1939. Notas. Bibliografía. Índice onomástico.

496 páginas

39 F

Vietnam

¿Paz como sea o guerra para imponer la paz? II

I. Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967

La guerra de Vietnam ha provocado una crisis política grave en Estados Unidos; ha erosionado hasta límites insospechados la popularidad y los apoyos con que llegó al poder no hace más de cuatro años el «presidente de la guerra», Lyndon Baines Johnson, está a punto de causar una irremediable escisión en el seno del Partido Demócrata en el poder; ha incitado a capas cada vez más amplias de la juventud estadounidense a abandonar el panfilismo bien pensante y lanzarse a la rebelión civil; ha agudizado hasta el paroxismo la guerra civil negra y, lo que es peor y sumamente paradójico, ha hecho que Lyndon B. Johnson perdiera el apoyo de los hombres de negocios que «habían sido, según la revista *Time*, sus más tenaces aliados».

Tan fuertes han sido las presiones en el interior de la sociedad norteamericana para poner fin a la guerra (haciendo abstracción por el momento de la crisis internacional del dólar y de las presiones internacionales en favor de la paz) que el mismo presidente de la guerra —quizá como simple maniobra— se vio obligado últimamente y con reticencia a encabezar la oleada pacifista, por miedo a que ésta lo arrollara a su paso.

Una explicación bien pensante vería en esta oleada de protestas contra la guerra la acción de dos grupos sociales: la clase obrera —por definición— y «capas democráticas antimonopolistas» —sin definición posible.

La verdad, sin embargo, es que un conglomerado de fuerzas en donde coinciden, lo quieran o no, conscientes o no, el senador Robert Kennedy, *Wall Street Journal* (órgano de la alta finanza estadounidense), la revista *Newsweek*, el gobernador Nelson Rockefeller, el senador Fulbright, el difunto Martin Luther King y otros líderes negros más extremistas, el sindicalista Walter Reuther, la juventud dorada de las «diez grandes» universidades gringas, la jerarquía religiosa de todos los colores y los «desconfiados hombres de negocios», no puede calificarse de clase obrera más «capas antimonopolistas».

Para mayor paradoja, nada sería más injusto que tildar a la clase obrera norteamericana de pacifismo, al menos si se tienen en cuenta sólo las declaraciones de sus representantes sindicales. La gran central sindical AFL-CIO que maneja el inefable George Meany y sus acólitos, no sólo es anticomunista a ultranza, no sólo votó una moción vitoreando a Johnson

cuando éste inició los bombardeos contra Vietnam del Norte en 1965, sino que hasta ahora —aunque con un « desencanto creciente » de la base obrera— continúa siendo uno de los baluartes del « presidente de la guerra ». Más adelante se verá que la clase obrera se aparta de sus líderes progresivamente en este punto y va adoptando una postura cada vez más pacifista, pero baste por ahora anotar que la clase obrera sindicalizada en cuanto tal no rompió aún con Johnson ni su política de guerra.

Al mismo tiempo, calificar de « capa anti-monopolista » a las fuerzas representadas por **Wall Street Journal** o por la gran prensa o por los políticos que adoptaron cada vez más una actitud antibélica o incómodamente neutralista ante la guerra, sería pecar de miopía teológica.

Una situación sumamente contradictoria aparece así: amplias capas del capitalismo imperialista norteamericano se oponen o « desconfían » de la guerra imperialista, al menos a corto plazo.

Para explicar esta paradoja sólo hay un camino: analizar los efectos de la guerra sobre la economía norteamericana y las clases sociales del país. Un análisis de este tipo permitirá descubrir —a corto plazo— quiénes se benefician y quiénes salen perjudicados con la guerra y explicará así por qué capas cada vez más amplias del capitalismo gringo se oponen a la continuación de la guerra.

La primera parte de este análisis —efectos de la guerra sobre la economía norteamericana— fue expuesta en un artículo anterior sobre este tema: **(Vietnam: ¿ paz como sea o guerra para imponer la paz?, Ruedo ibérico, nº 13-14, p. 118-133, verano de 1967)**, y objeto de este segundo artículo es analizar el otro aspecto del problema: efectos de la guerra sobre las clases sociales de Estados Unidos.

El primer artículo reveló que el aumento

de los gastos de guerra desde fines de 1965, en 1966 y 1967, provocó una crisis económica de cierta gravedad en Estados Unidos.

—En un momento en que la economía norteamericana —fines de 1965 y 1966— estaba produciendo casi al límite de su capacidad, el aumento de los gastos de guerra provocó y agudizó la inflación.

—En el verano de 1966, la financiación de los gastos de guerra y las medidas monetarias adoptadas para contener la inflación provocaron un pánico monetario grave.

—Las medidas deflacionarias, compensadas por gastos militares crecientes, instalaron a la economía norteamericana en la recesión en los primeros meses de 1967, sin que desapareciera por ello la inflación.

La conclusión de este análisis fue la siguiente: en periodo de auge la extensión de la guerra forzó a reducir las raciones de mantequilla y beneficios y **tendió** a expropiar a los capitalistas en general de una parte de sus beneficios (aumentando al mismo tiempo, claro, los beneficios de las industrias de guerra y derivadas).

Esta conclusión explicaría el por qué de la aparente contradicción anotada más arriba, el por qué de la oposición de ciertos monopolios imperialistas a la guerra imperialista. Un análisis más detallado de las consecuencias de la guerra sobre los beneficios capitalistas es objeto de la segunda parte de este artículo.

Antes de entrar en el asunto hay que hacer una observación. La crisis económica, la « expropiación » de los capitalistas en general llevada a cabo por un gobierno capitalista en un país capitalista, sólo puede explicarse como resultado de las presiones de un grupo capitalista cada vez más poderoso en la sociedad norteamericana —el núcleo industrias de guerra militares, especialmente— que comenzó a defender sus intereses insolidariamente y

a intentar arrebatar la plusvalía de que se apropiaban una gran cantidad de capitalistas norteamericanos. El sistema capitalista norteamericano parece así haber iniciado una transformación; sectores de ese capitalismo parecen dispuestos a quebrar el **statu quo** en el sistema y mejorar radicalmente su posición a la hora de repartir las plusvalías. La paz o la guerra en Vietnam dependen en gran parte de la estrategia y poder de este grupo para imponer sus intereses sobre los demás capitalistas.

El papel desempeñado por la clase obrera norteamericana —analizado en la tercera parte de este artículo— es bien sencillo. Si grupos capitalistas combaten entre sí

por tajadas del pastel de plusvalías, todos están de acuerdo en aumentar el pastel en bloque agudizando la explotación de los obreros. De la actitud de la clase obrera —según se preste o no a una ulterior explotación— depende así en gran parte que la guerra en Vietnam se gane o se pierda, que la revolución sea posible o sea un suicidio. Si se opone a una nueva expropiación el combate entre los dos sectores capitalistas enfrentados será más encarnizado y probablemente acabe —a corto plazo, al menos— con la victoria de los más a la hora de las elecciones, es decir con la victoria de la alternativa pacifista en Estados Unidos.

2. Contradicciones entre los capitalistas en general y la política de guerra en 1966-1967.

Este problema va a ser abordado aportando primero algunos datos sobre las reacciones y beneficios de las distintas capas burguesas; en segundo lugar intentando explicar las causas lógicas del conflicto; después señalando sus límites; por último, valoraremos las consecuencias políticas del conflicto.

La revista **Time** (30 de diciembre de 1966) resume así este aspecto de la crisis: «Johnson perdió la confianza de los hombres de negocios que, hasta entonces, habían sido sus más tenaces aliados». Lo que interesa ahora es ver con más detalle cómo funcionó el mecanismo de «pérdida de confianza».

1.1. Capital industrial versus Johnson

Desde el punto de vista del capital industrial en general, la inflación dentro de ciertos límites tuvo que provocar un aumento de beneficios. Y ello es lo que ocurrió en el primero y segundo trimestre de 1966. El índice Dow Jones señala un

aumento del 12% de los beneficios de las empresas industriales en el primer trimestre de 1966 en relación con el mismo periodo de 1965. En el segundo trimestre el aumento fue aún considerable: 10,9% respecto a 1965 (**The New York Herald**, 22 de febrero de 1967).

En este periodo, por tanto, el capital industrial en general no pudo estar descontento con la política de guerra de Johnson. Pero cuando la inflación pasó el límite tolerable y el gobierno tomó medidas deflacionarias, el capitalismo industrial en general no pudo dejar de salir perjudicado. La subida del precio del dinero, de las materias primas y de los salarios en un momento en que las medidas gubernamentales tendían a disminuir la demanda privada y con ello a controlar la subida de precios, tuvo que tender también a reducir el aumento de los beneficios industriales.

El índice Dow Jones demuestra que las cosas realmente ocurrieron así. Los beneficios industriales siguieron subiendo, en relación con los de los mismos periodos

del año anterior, pero ya mucho más despacio. En el tercer trimestre de 1966, los beneficios aumentaron sólo en 4,3 %; en el cuarto trimestre en 4,2 %, en relación con los mismos periodos de 1965.

En el primer trimestre de 1967, la crisis —desde el punto de vista de los beneficios industriales— se agravó drásticamente. Los beneficios, por primera vez en muchos años, descendieron en un alarmante 7 % en comparación con el mismo periodo del año anterior. Y si se los compara con el último trimestre de 1966, los beneficios de las empresas industriales en el primer trimestre de 1967 disminuyeron en un « inquietante 15 % », según escribió la misma revista **Newsweek** (3 de julio de 1967).

Estas cifras explican elocuentemente la paradoja de un capitalismo imperialista que protesta ante la guerra imperialista; protesta porque la guerra le perjudica en el punto que más duele a un capitalista —imperialista o no: los beneficios.

Y durante todo el año 1967, los beneficios industriales continuaron sin recuperarse enteramente. Según el boletín económico de marzo de 1968 del First National City Bank, en 1967 los beneficios de la industria norteamericana disminuyeron en un 1,1 % respecto a 1966, « a pesar del considerable impulso registrado en el cuarto trimestre ». Si se tiene en cuenta que la inflación erosionó en ese mismo periodo el valor adquisitivo de la moneda en un 3 %, la disminución en los beneficios industriales en general durante todo el año 1967 fue de alrededor de 4 % en comparación con el año anterior.

En esas condiciones, nada tiene de raro que los capitalistas sean neutrales o protesten cada vez más ante la guerra que, según los teólogos, debía coincidir exactamente con sus intereses. Especialmente si se tiene en cuenta algo que las cifras globales de beneficios no permiten entre-

ver: que los beneficios además de disminuir en bloque, se trasladaron en flujo irresistible desde los capitalistas fabricantes de artículos de « paz » a las arcas de las industrias de guerra. Decenas de miles de pequeños y medios industriales no sólo vieron disminuir sus beneficios en un 4 % sino que sufrieron graves pérdidas, quebraron o salieron del mercado. En cualquier caso, « perdieron la confianza » en Johnson y, lo quisieran o no, pasaron a formar parte de los potenciales pacifistas del país.

Pero no sólo fueron los pequeños y medios industriales los que pagaron parte de los gastos de guerra en 1966-1967 con sus beneficios. Ramas enteras de la industria se vieron perjudicadas, especialmente las productoras de bienes para el consumo. Algunos ejemplos mostrarán la realidad del problema.

Un caso notable lo constituye la industria del **automóvil** en la que los beneficios disminuyeron alarmantemente. La General Motors, por ejemplo, tuvo 100 millones de dólares de beneficios en el tercer trimestre de 1966, mientras que en el mismo periodo de 1965 sus beneficios habían sido de 265 millones. A los ojos de la General Motors —primera empresa industrial del país por el valor de su producción— este hecho debió aparecer casi como la pérdida de 165 millones de dólares que esperaba ganar y se esfumaron.

En 1967 la situación continuó empeorando. Los beneficios de la industria automovilística norteamericana fueron inferiores en un 21 % a los de 1966. El caso de la Ford fue más dramático aún: sus beneficios disminuyeron en 1967 en un 86,4 % en relación con 1966. (**Time**, 1 de marzo de 1968).

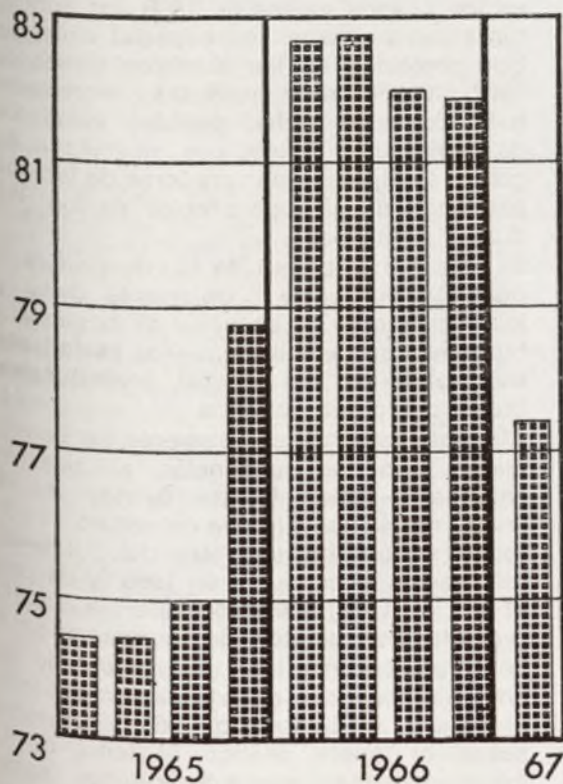
La American Motors perdió, en los primeros meses de 1967, 21,6 millones de dólares. « El peor periodo de su historia » (**Business Week**, 6 de mayo de 1967).

También en el primer trimestre de 1967, la General Motors vio reducirse sus beneficios en 34 % y Chrysler en 71 %.

En la industria del **cobre** las ganancias en 1967 se redujeron en un 39 % respecto a 1966. La industria **química** —a pesar de la pólvora, la dinamita y el napalm— tuvo también en 1967 beneficios menores que en el año anterior, según el informe del First National City Bank.

En la industria **textil** la crisis se dejó sentir desde mediados de 1966. La Du Pont de

Cuadro 1. Beneficios de las empresas (antes de pagar impuestos, tasa anual). En miles de millones de dólares.



Fuente: *Newsweek*, 3 de julio de 1967, basada en un informe del consejo de asesores económicos de la presidencia de Estados Unidos.

Nemours en 1966 tuvo beneficios 5 % más bajos que en 1965, y en el primer trimestre de 1967 sus beneficios se redujeron de nuevo en un 4 % en relación con el mismo periodo de 1966.

La industria de aparatos electrodomésticos, la construcción y otras también vieron como se reducían sus beneficios.

Estos datos, aunque incompletos, permiten darse cuenta de la situación y comprender las razones de esa « desconfianza » de los hombres de negocios hacia Johnson. Desconfianza porque los expropiaron de parte de sus beneficios.

El cuadro 1 permite hacerse una idea más clara de la evolución de los beneficios de las empresas norteamericanas en general —no sólo de las industriales— en los últimos años.

Los beneficios, antes de pagar impuestos, crecieron espectacularmente durante el último trimestre de 1965 y primero de 1966. En el segundo trimestre de 1966 se estancaron prácticamente y a partir de esa fecha comenzaron a disminuir.

La baja más dramática se produjo en el primer trimestre de 1967 cuando, según el consejo de asesores económicos del presidente, los beneficios de las empresas fueron sólo de 77 400 millones de dólares, según índice anual, comparados con 82 800 millones en el segundo trimestre de 1966 o con el total de beneficios en 1966 que alcanzó la cifra de 82 300 millones. Es decir, una disminución de 5 000 millones de dólares.

Es cierto, según muestra el cuadro 1, que los beneficios continuaban siendo más elevados que en 1965 —en dólares de cada año, es decir sin tener en cuenta la depreciación del valor del dinero en 1966 y 1967—, pero también es cierto que esta baja de beneficios se produjo después de seis años seguidos de beneficios en alza. Las cifras globales ocultan además el hecho de que unas pocas empresas —las

relacionadas con el esfuerzo de guerra— vieron multiplicarse sus beneficios, mientras que las demás sufrieron una disminución muy superior a la indicada por las cifras globales, muy superior a los 5 000 millones de dólares que la guerra absorbió del conjunto de los capitalistas. En esas condiciones, por tanto, no es de extrañar que una gran cantidad de capitalistas norteamericanos dé señales de inquietud y desconfianza ante la política de Johnson.

1.2. Pequeña burguesía versus Johnson

La inquietud de la pequeña burguesía norteamericana viene agravándose en estos últimos años. El mito de una sociedad en la que el trabajo permitía alcanzar la cúspide se ha esfumado conforme la estructura del capital monopolista se ha hecho más estable y jerarquizada. La pequeña burguesía ha empezado así a « desconfiar » de un sistema que la condena a permanecer como lo que es : capa intermedia entre la burguesía y el proletariado. Aún sin pretender clasificar tan a la ligera un proceso que tiene raíces más hondas, la agitación estudiantil de estos últimos años en Estados Unidos puede ser en parte expresión de esa « desconfianza » de la pequeña burguesía en general.

Los efectos de la crisis de 1966-1967 sobre la pequeña burguesía han debido ser muy variados. Los **pequeños industriales** salieron perjudicados en general con la inflación —incapaces de repercutir, a partir de cierto nivel, sobre sus precios las alzas de los salarios y materias primas—, con la deflación que les privó del crédito y con la semirrecesión que les privó de la demanda abundante.

Los **pequeños y medios agricultores** debieron beneficiarse en los primeros meses de la inflación ya que fueron los precios de los productos alimenticios los que primero tendieron al alza. Pero, cuando la inflación

se generalizó y luego se dictaron las medidas deflacionarias, los agricultores salieron aún más perjudicados que los pequeños industriales o comerciantes.

Por lo pronto, la subida de salarios en la industria, provocó un « éxodo rural de amplitud inusitada » (Informe de la OCDE) que llegó a causar una disminución de la producción de leche y otros productos. La subida de precios industriales les perjudicó así en un momento en que tenían que hacer frente a una escasez de mano de obra y a una reducción de la producción. No es extrañar por ello que, cuando la demanda para el consumo se estabilizó en los últimos meses de 1966, los agricultores reaccionaran con especial violencia. Sus protestas en los primeros meses de 1967 fueron muy ruidosas —granjeras bañándose en leche, pueblos inundados de mantequilla, boicot con dinamita a las grandes empresas compradoras de leche— exigiendo un alza de precios de los productos agrícolas.

Si este fue el efecto de la crisis sobre la pequeña burguesía propiamente dicha y los agricultores, la situación de la pequeña burguesía por asimilación —los **asalariados no proletarios** en general, profesionales, etc.— debió ser parecida.

Algunos sectores seguramente se beneficiaron con las tendencias al alza de salarios —especialmente fuertes en el sector servicios—, lo que es seguro es que todos soportaron esa alza del 3,8 % de las precios al consumo en 1966 (y de casi el 3 % en 1967) alza anormal en la historia reciente del capitalismo norteamericano. Las protestas muy bien organizadas de las amas de casa, que se extendieron por todo el país a mediados de 1966 y pusieron sobre el tapete político el tema de la inflación, deben ser interpretadas como expresión de la irritación de amplios sectores de las clases medias frente a la política de Johnson.

2. Causas del conflicto entre los capitalistas norteamericanos en general y la política de guerra

Los datos anteriores y los presentados en el primer artículo sobre este problema (*Ruedo ibérico*, número 13-14) parecen probar la existencia de una contradicción entre la política de guerra de Johnson y los intereses de los capitalistas norteamericanos en general en los años 1966 y 1967.

El senador Robert Kennedy en un discurso reciente (10 de marzo de 1968) ha reconocido que la guerra en Vietnam perjudica a las más amplias capas de ciudadanos norteamericanos. El periódico conservador y representante de los intereses financieros *Wall Street Journal*, rompió su apoyo a la política de guerra de Johnson a principios de 1968 para declarar que ésta estaba provocando graves desajustes en la economía norteamericana y era la principal responsable de la seria crisis internacional del dólar.

Y sin embargo, hasta ahora, el gobierno norteamericano, la prensa y los demás bien pensantes de Estados Unidos y occidente han procurado encubrir el papel perjudicial desempeñado por los gastos de guerra crecientes en la crisis de la economía norteamericana de estos dos últimos años.

Reconocer que los capitalistas norteamericanos en general estaban saliendo perjudicados con la guerra, hubiese obligado **ipso facto** a poner fin a la guerra en un país capitalista. Pero la inercia, más poderosos intereses dentro del mismo sistema, cuyos enormes beneficios dependen de la guerra, han obligado a minimizar las consecuencias perjudiciales —para los capitalistas— de la política de guerra.

De ahí ha brotado una curiosa explicación de esa «desconfianza» de los hombres de negocios hacia Johnson. Desconfían de él, según esta explicación, no porque

Johnson al aumentar los gastos de guerra en periodo de auge redujo inexorablemente al mismo tiempo los beneficios capitalistas en general (aumentando sólo y escandalosamente los beneficios de la industria de guerra), sino porque Johnson no hace la guerra como es debido: la contradicción lógica queda así reducida a mero error de táctica. Conviene desmontar esta explicación.

La revista *Time* y los demás bien pensantes —incluido *The Economist*— consideran que «la desconfianza de los hombres de negocios» hacia Johnson ha sido provocada exclusivamente por su «impericia» o «incompetencia» o «populismo» que le impidieron tomar las medidas oportunas —alza de impuestos en este caso— para financiar la guerra sin inflación.

Esta explicación de la crisis quiere decir que no hubiera habido crisis si Johnson hace la guerra como es debido o, lo que es más importante, esta explicación niega toda posibilidad de conflicto entre los intereses de los capitalistas en general y la política de guerra; sólo acepta una cierta contradicción entre los intereses capitalistas y la incompetencia expresada en el ciclo inflación - deflación - recesión, más la crisis monetaria que ha aquejado a la economía norteamericana en los dos últimos años.

Esta explicación del conflicto parece sin embargo incompleta. El problema que se le ha planteado a Johnson desde fines de 1965, ha sido el de procurarse los recursos necesarios para la guerra en el interior de un sistema económico que estaba funcionando casi al límite de su capacidad. Johnson lo hizo aumentando el déficit presupuestario y agravando —o provocando— con ello la inflación. Se le acusa de no haberse procurado esos recursos de

una manera más ortodoxa: aumentando los impuestos. Y se olvida con ello que el ciclo inflación-deflación opera exactamente igual que un alza de impuestos. Con una diferencia: ningún gobierno no fascista del mundo sería capaz de aplicar un alza de impuestos tan regresiva como la que lleva a la práctica el ciclo inflación-deflación. (La inflación grava proporcionalmente más a todos los débiles de la sociedad; pesa más sobre los asalariados que sobre los capitalistas, más sobre los bajos salarios que sobre los altos, más sobre los pequeños capitalistas que sobre los grandes, etc.)

¿De qué se quejan entonces los « hombres de negocios » norteamericanos? ¿De qué « incompetencia » hablan? ¿No hubieran protestado mucho más si un alza de impuestos « honorable » les hubiese hecho pagar con sus beneficios una porción mucho mayor de esos 25 000 millones de dólares anuales que Johnson necesita para su guerra en Vietnam?

La explicación bien pensante de **Time** no es válida. El conflicto no se planteó entre los capitalistas norteamericanos en general y los **métodos** de financiar la guerra en 1966-1967, sino entre los capitalistas en general y la política de guerra. Sólo el « patriotismo » de los capitalistas norteamericanos y de la prensa bien pensante impide plantearse el problema correctamente.

El conflicto funcionó de la siguiente forma. Gracias al aumento de los gastos militares, los capitalistas norteamericanos se encontraron desde fines de 1965 en capacidad de utilizar al máximo el aparato productivo, de realizar en el mercado el valor total de la producción, de acumular un excedente económico en aumento constante y de invertirlo en condiciones de rentabilidad. Este fue el momento idílico de la guerra. Gracias al aumento en los gastos militares el excedente económico global realizado

por la sociedad aumentó y, aunque también aumentó la parte del excedente de que se apropiaba el Estado, los capitalistas vieron cómo se aumentaba su parte en el pastel de plusvalía, como crecían sus beneficios. La subida de precios, además, tenía la ventaja de reducir el valor real de los costos en mano de obra y, con ello, los beneficios aumentaban y las perspectivas rentables de invertir eran sumamente halagüeñas.

La situación cambió radicalmente a partir del segundo trimestre de 1966. En ese momento, como la capacidad productiva estaba utilizada al máximo, el excedente apropiado por los capitalistas no podía aumentar más rápidamente que el ritmo físico de aumento de la capacidad productiva gracias a la entrada en funcionamiento de las nuevas inversiones. Ni siquiera era posible ya en ese momento aumentar el excedente económico en manos de los capitalistas a base de reducir el valor real de los salarios, ya que las presiones al alza de salarios eran muy fuertes, el desempleo bajo, y la utilización extrema de la capacidad productiva estaba obligando a la industria a pagar una gran cantidad de horas extraordinarias a un nivel mucho más alto de salarios.

En ese momento, por tanto, el excedente económico realizado por los capitalistas sólo podía aumentar en términos reales al mismo ritmo en que aumentaba la capacidad de producción. Y en ese momento precisamente es cuando los gastos del Estado comenzaron a aumentar a ritmo cada vez más rápido, en ese momento es cuando el Estado comenzó a apoderarse de una parte creciente del excedente económico a ritmo más rápido que el de creación de nuevo excedente. En ese momento, por tanto, el Estado comenzó a confiscar a los capitalistas una parte del excedente económico ulterior que éstos estaban generando.

CUADRO 2. EXPANSION DE LA DEMANDA EN ESTADOS UNIDOS.
AUMENTOS DE VOLUMEN EN PORCENTAJES, TASAS ANUALES
CORREGIDAS ESTACIONALMENTE

	1965 repartición en %	2º trimestre de 1964 al 2º trimestre de 1965	2º trimestre de 1965 al 1º trimestre de 1966	1º trimestre de 1966 al 2º trimestre de 1966	2º trimestre de 1966 al 3º trimestre de 1966
Consumo privado	64,49	5,7	7,1	— 0,6	6,1
Inversiones fijas	14,49	7,8	10,7	— 1,3	— 4,9
Material y Equipo	7,03	10,6	15,3	11,7	18,8
Construcción no residencial	3,53	14,8	16,3	— 11,0	— 6,6
Construcción residencial	3,92	— 1,6	— 1,1	— 14,0	— 41,1
Exportaciones netas, en % del PNB.	1,03	1,2 ¹	0,9 ¹	0,7 ¹	0,6 ¹
Demanda del Estado	18,57	— 0,1	6,1	7,3	13,6
Administración Federal Estados y Administraciones locales	9,41	— 4,0	7,3	10,3	20,9
y Administraciones locales	9,16	4,3	4,8	4,2	6,3
Variación de las existencias de las empresas en % del PNB.	1,43	1,2 ¹	1,3 ¹	1,8 ¹	1,4 ¹
Producto Nacional Bruto	10,00	5,1	7,2	1,9	3,6

1. Porcentaje para el último trimestre.

Fuente: Survey of Current Business.

El informe de la OCDE permite darse cuenta de cómo se produjo este cambio de situación en las relaciones entre los capitalistas y el Estado. El informe dice que, desde septiembre de 1965 hasta marzo de 1966, la producción industrial aumentó a un ritmo anual del 14 % gracias al aumento en la utilización de la capacidad productiva ya instalada. Este aumento se producía al mismo tiempo que los gastos estatales aumentaban a un ritmo del 6,1 % anual. Eso quiere decir que un aumento en 6 % de la porción del excedente económico de que se apropia el Estado permitió un aumento global del 14 % del excedente económico total generado por la industria¹. Este es por tanto el momento idílico en las relaciones entre los capitalistas y los gastos de guerra.

Pero, a partir de marzo de 1966, el informe de la OCDE pone de relieve que la producción industrial redujo su ritmo de crecimiento a un 6 % anual, aproximadamente igual al ritmo de crecimiento de la capacidad de producción que la OCDE calcula en 7 % anual. Y en ese momento es cuando los gastos del Estado aumentan su ritmo de crecimiento, crecen al 7,3 % en el segundo trimestre de 1966 y al 13,6 % en el tercer trimestre (gracias al aumento de los gastos militares que aumentan al 10,3 % en el segundo trimestre y al 20,9 % en el tercero). En este momento, por tanto, es cuando el Estado comenzó a apoderarse del excedente económico más deprisa que los capitalistas lo generaban. Aún aceptando que los costos reales de la mano de obra se mantuvieron constantes en este periodo, los capitalistas estaban aumentando su excedente económico al ritmo del 6 % anual mientras el Estado aumentaba su parte del excedente a un ritmo del 7,3 % primero, y del 13,6 % después. La confiscación de los capitalistas comenzó así en marzo de 1966 y se fue agravando durante el año.

El informe de la OCDE permite darse cuenta de este mecanismo de confiscación desde otro punto de vista, desde el punto de vista de la demanda (cuadro 2). En el primer momento, desde julio de 1965 a marzo de 1966, el aumento de los gastos del Estado tuvo un efecto beneficioso sobre el sistema. La demanda para el consumo aumentó —ello quiere decir que la clase obrera también se benefició objetivamente de la guerra— y la demanda para la inversión también y mucho más deprisa —ello quiere decir que el excedente económico realizado fue más grande que antes y que las perspectivas de inversión rentable eran sumamente halagüeñas. La confiscación empezó más tarde. En el segundo trimestre de 1966 los gastos militares continuaron creciendo y a un ritmo aún más rápido. Y en este periodo la demanda privada en conjunto no sólo dejó de crecer sino que disminuyó; la demanda para el consumo se redujo y también la demanda para la inversión. El excedente económico a disposición de los capitalistas y listo para la inversión no sólo dejó de crecer sino que disminuyó en este momento. La confiscación empezó por los más débiles —los consumidores por efecto de un alza parcial de impuestos y la industria de la construcción—, mientras el excedente realizado e invertido en el resto de la industria continuó aumentando aunque más despacio que antes.

En el tercer trimestre de 1966, la confiscación de los capitalistas fue mucho mayor. Los gastos estatales aumentaron mucho más deprisa, la demanda para el consumo se recuperó (lo que debe indicar subidas de salarios) y, como es natural, cogidos entre estas dos tendencias, los capitalistas vieron como se reducía su excedente económico realizado e invertido en casi un 5 %. (Este fue el momento en

1. Haciendo abstracción por el momento de las alzas de salarios y precios de las materias primas.

que la reducción de la oferta monetaria y la suspensión de la « ley del 7 % de crédito a la inversión », forzó a los capitalistas a encajar la reducción que les había sido impuesta en la parte del excedente económico a su disposición.)

En 1967, « los gastos del gobierno, encabezados por los gastos militares, continuaron creciendo rápidamente » durante el primer semestre (Informe de la OCDE, diciembre de 1967), precisamente en momentos en que la producción industrial se estancaba y las existencias se apilaban en el sistema. Como por otro lado el montante total de lo recaudado en forma de impuestos durante este primer semestre se mantuvo casi estacionario (148 600 millones de dólares en el primer semestre de 1967 contra 147 100 millones en el segundo de 1966 [OCDE]), debido al estancamiento general de beneficios de las empresas e ingresos de los particulares, el déficit presupuestario aumentó desorbitadamente. (Véase el cuadro 3.)

Aun sin un análisis detallado de las consecuencias del aumento de los gastos militares en 1967, basta con recordar como funcionó en 1966 el mecanismo de expropiación de los capitalistas en general y tener en cuenta que en 1967 los beneficios de las empresas disminuyeron, para comprender que la contradicción entre los gastos de guerra y los beneficios capitalistas en general se agravó aún más en 1967. (En 1966 los beneficios comenzaron a crecer más despacio; en 1967, disminuyeron.)

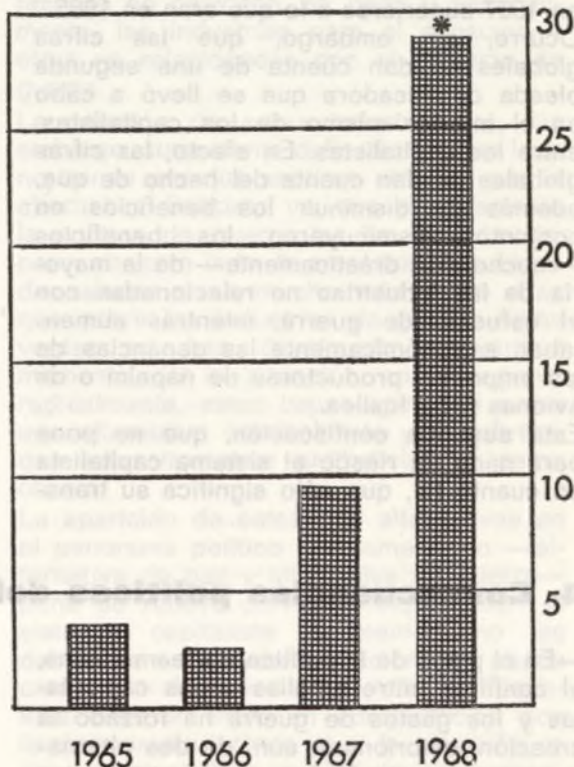
Esta parece ser la verdadera causa de esa « desconfianza de los hombres de negocio » de que habla *Time*, desconfianza porque les confiscan. Su conflicto con Johnson no es porque Johnson les administra mal los negocios sino porque, administrándolos muy bien, Johnson roba una parte del negocio. El mecanismo inflación-deflación no les molesta, lo que

les molesta es que, aun empleando el medio más suave de expropiarles —es decir la inflación-deflación—, les expropie de una parte de sus beneficios.

Si Johnson hubiese financiado su guerra aumentando los impuestos les hubiese hecho sin ninguna duda pagar más; pero

Cuadro 3. Déficits del presupuesto de Estados Unidos (en miles de millones de dólares). Años fiscales (de junio a junio).

* Estimado.



Fuente: *Newsweek*.

aun pagando menos, los capitalistas norteamericanos en general están irritados con un Estado al que se encontraron como temible competidor en el mercado monetario cuando querían invertir; se lo encontraron disminuyendo el número de obreros

cuando querían emplear mano de obra; se lo encontraron reduciendo la oferta monetaria cuando era rentable prestar; se lo encontraron a todos los niveles como lo que era, como un temible ladrón de plusvalías.

3. Límites del conflicto entre los capitalistas norteamericanos en general y la política de guerra en 1966-1967

Los límites del conflicto son obvios. La expropiación de los capitalistas en general fue sólo conyuntural y no muy grave. El sistema no salió gravemente perjudicado: los beneficios globales continuaban siendo en 1967 superiores a lo que eran en 1965.

Ocurre, sin embargo, que las cifras globales no dan cuenta de una segunda oleada confiscadora que se llevó a cabo en el interior mismo de los capitalistas, entre los capitalistas. En efecto, las cifras globales no dan cuenta del hecho de que, además de disminuir los beneficios en conjunto, disminuyeron los beneficios —mucho más drásticamente— de la mayoría de las industrias no relacionadas con el esfuerzo de guerra, mientras aumentaban astronómicamente las ganancias de las empresas productoras de napalm o de aviones o de fusiles.

Esta segunda confiscación, que no pone para nada en riesgo al sistema capitalista en cuanto tal, que sólo significa su trans-

formación progresiva en un capitalismo de guerra, produjo sin embargo efectos políticos inmediatos. Produjo especialmente esa « desconfianza » hacia Johnson que se ha contagiado cada vez a capas más amplias de capitalistas norteamericanos, que ha alcanzado al mismo corazón del sistema (la Bolsa saluda cada iniciativa de paz de Johnson con un alza considerable) y que ha socavado objetivamente las bases sociales del « presidente de la guerra ».

Ocurre además que si los gastos de guerra continúan aumentando, si la guerra en Vietnam continúa o se agudiza o se propaga a otros lugares, las tendencias a la confiscación de beneficios de los capitalistas norteamericanos en general serán mucho más fuertes —si no se pone en pie una economía de guerra con control de salarios y precios y disminución de los gastos civiles del Estado, es decir, si no se hace pagar a los asalariados la factura entera de la guerra.

4. Consecuencias políticas del conflicto

—En el plano de la política norteamericana, el conflicto entre amplias capas capitalistas y los gastos de guerra ha forzado la creación, embrionaria aún, de dos alternativas igualmente lógicas para resolver a corto plazo.

Alternativa bélica

Por un lado, una ala derecha, ultramontana, republicana y democrática a la vez, ha hecho su aparición en la escena política. Sus ataques contra el « Estado-nodrizca »

parecen ser la expresión adecuada de la irritación de amplias capas burguesas norteamericanas ante la expropiación de plusvalías en 1966 y 1967.

Lo curioso de esta tendencia, que tiene su sede hoy por hoy en los Estados del sur y del oeste (bases de las industrias de guerra), es la que se presenta a la vez como belicista y enemiga del Estado. El contenido de clase de este movimiento derechista es obvio.

Significa la reivindicación del grupo de las industrias de guerra presentada en el punto donde se sintetizan los intereses de estas industrias con los intereses del capitalismo norteamericano en general. Por ello se pide a la vez: 1) agravación de la guerra y con ello beneficios recrecidos de las industrias de guerra; 2) reducción de los gastos civiles del Estado —el gobernador Reagan, de California, uno de los portavoces de esta tendencia, dio la pauta reduciendo los fondos de las universidades y los servicios sociales— para que no aumente así la porción que del excedente económico global se apropia el Estado; 3) mano dura con la clase obrera —tanto con los sindicatos como con los «ultraproletarios» de la sociedad norteamericana, es decir los negros— para forzar a los trabajadores a pagar la factura entera de la guerra.

Estas tres reivindicaciones del embrión fascista norteamericano son así profundamente lógicas y pueden canalizar a su favor el descontento de amplias capas burguesas ante la expropiación de plusvalías por el «Estado-nodrizo» y la irritación de las clases medias ante la subida de precios (subida de precios que se achaca, claro, a la desmedida codicia de los obreros y a la «blandura y estupidez» de la administración demócrata que quiere llegar a la luna, pintar de blanco a los negros, enseñar a los idiotas y dar de comer a los vagos).

Alternativa de paz

En segundo lugar, como consecuencia del conflicto capitalistas-política de guerra, una alternativa pacifista pugna por tomar cuerpo en el país, encarnada por personajes tan poco sospechosos de «anti-monopolismo» como el senador Robert Kennedy, el senador Eugene McCarthy, el gobernador Rockefeller o aún, en cuanto sea cierto, por el mismo y gran malabarista Lyndon Johnson. La alternativa pacifista puede canalizar a su favor el descontento, la neutralidad irritada ante la guerra, de amplias capas capitalistas que se vieron perjudicadas por los gastos bélicos y a las que la solución cripto-fascista no conviene, es decir y especialmente, las industrias para el consumo y otras no relacionadas con el esfuerzo de guerra.

La posición de estas industrias es, sin embargo, sumamente delicada. Por un lado no tienen por qué sentirse atraídas por la alternativa belicista ya que precisamente la política de guerra las ha perjudicado, pero, por otro lado, la amenaza de subidas de salarios pesa mucho más sobre ellas que sobre las industrias de guerra cuyas ventas no han disminuido en ningún momento. Si la situación no se agrava radicalmente, estas capas apoyarán antes una alternativa semibelicista y antiobrera, que una alternativa antibelicista y semiobrera.

La aparición de estas dos alternativas en el panorama político norteamericano —alternativa de paz y alternativa de guerra— pone de relieve un hecho inquietante: el sistema capitalista norteamericano se debate ya en una contradicción que puede conducirle al fascismo. La política imperialista exterior entró en contradicción con la democracia interna y, si la situación se agrava, el sistema capitalista norteamericano puede resolver esa contradicción

imponiendo simultáneamente imperialismo ruera y fascismo dentro.

El reverso de este hecho es optimista: la contradicción, en caso de agravarse, puede resolverse ampliando la democracia interna y poniendo fin al imperialismo exterior. La balbuciente revolución norteamericana podría así comenzar a dar sus primeros pasos.

—Desde el punto de vista de la lucha contra el imperialismo, la enseñanza fundamental de los análisis anteriores sobre la contradicción entre amplias capas capitalistas y los gastos de guerra, es de mostrar que la capacidad del sistema norteamericano para extender la guerra contrarrevolucionaria es bastante reducida en periodo de auge económico. A partir de un límite bastante cercano, el aumento de los gastos militares —sin reducción paralela de los gastos civiles del Estado— pone en marcha un proceso de confiscación de beneficios que hace saltar la unanimidad capitalista en apoyo de la política de guerra.

Esta vulnerabilidad del sistema norteamericano en la situación actual permite asimismo plantearse el problema de la guerra de Vietnam en términos optimistas. Los revolucionarios vietnamitas no están condenados inexorablemente a la derrota —como sostienen ciertos panegiristas de la omnipotencia de Estados Unidos—, sino que sus golpes alcanzan en el talón de Aquiles al gran coloso norteamericano. En

esas condiciones —de igual a igual— la negociación es posible, pero también es posible para los revolucionarios de Vietnam o de cualquier otro lugar del mundo proseguir y extender la guerra revolucionaria sabiendo que un aumento de los gastos militares norteamericanos provocará graves dificultades al gobierno Johnson o a su sucesor.

—Otro elemento puesto de relieve por el análisis anterior sobre el conflicto entre capitalistas y gastos de guerra en periodo de auge, es el papel fundamental desempeñado por la clase obrera de Estados Unidos —proletarios blancos y subproletarios negros. Por el puesto que ocupa en la producción, cualquiera que sea su mentalidad o ideología, proclame o no su anticomunismo a ultranza, la clase obrera norteamericana, al defender sus intereses materiales frente a los intentos de expropiación planeados por los capitalistas norteamericanos, objetivamente ayuda a la revolución vietnamita de la manera más eficaz posible. Rechazar la expropiación es negarse a financiar los gastos de guerra, pedir aumento de salarios es pedir disminución de ametralladoras, presentar un frente unido y potente es desalentar a las fuerzas que pudieran optar en otro caso por la alternativa fascista.

Analizar con más detalle los efectos de la crisis de 1966-1967 sobre la clase obrera norteamericana es objeto de la última parte de este artículo.

II. Contradicción entre la clase obrera norteamericana y la política de guerra

La consecuencia más importante derivada de la contradicción coyuntural entre el sistema norteamericano y la extensión de la guerra en 1966-1967, fue la de agudizar la contradicción clásica del capi-

talismo entre capitalistas y trabajadores en general.

La guerra del Vietnam, acontecida en periodo de auge (véase **Cuadernos del Ruedo ibérico**, nº 13-14), obligó al gobierno

norteamericano a elegir, quizá de la manera más dramática en la historia reciente, entre los cañones y la mantequilla. El gobierno Johnson optó por los cañones y el mecanismo inflación-deflación se encargó de reducir automáticamente las raciones de mantequilla. Los gastos de guerra obligaron además al gobierno y al Congreso a reducir los gastos civiles del Estado, especialmente, claro, en las partidas destinadas a la lucha contra la pobreza.

Ocurrió además que, entre las medidas que tenía a la mano el gobierno para financiar la guerra del Vietnam —reducción de los gastos civiles o subida de impuestos o inflación—, la más regresiva, la que pesa más sobre los asalariados es la inflación. No es de extrañar, por tanto, que esta guerra norteamericana en periodo de auge provocará de inmediato una agravación seria de la lucha de clases en Estados Unidos.

Para abordar este problema de la contradicción entre la clase obrera y la guerra se van a tocar varios puntos. En primer lugar, se va a describir el funcionamiento del mecanismo inflación-deflación, en 1966 y primeros meses de 1967, que expropió a los trabajadores. En segundo lugar, se va a considerar la agravación de la lucha de clases motivada por esa expropiación. En tercer lugar se analizará el carácter de la contradicción. Y por último se van a anotar las consecuencias políticas de este proceso.

1. Expropiación de los asalariados en 1966-1967

La inflación significó en 1966 un alza de los precios para el consumo del 3,79 % según el informe de ese año de la OCDE². (Los productos alimenticios, que pesan proporcionalmente más en el presupuesto obrero, subieron en un 5,45 % desde

diciembre de 1965 a octubre de 1966.)

Esta alza inusitada —para Estados Unidos— de los precios para el consumo mide exactamente la expropiación sufrida en principio de todos los asalariados norteamericanos, es la expresión de la mantequilla que perdieron para pagar cañones. Los salarios fueron reducidos así automáticamente en casi un 4 %³.

El auge del primer semestre de 1966 ocultó, sin embargo, a la clase obrera en general el alcance real de la expropiación. En ese momento de auge las posibilidades de trabajo eran grandes y muchas las horas extraordinarias que la industria contrataba a un tipo de salario mucho más alto que lo normal. De esta manera, buena parte de la clase obrera debió aumentar sus ingresos semanales gracias a un aumento en el número de horas trabajadas, y ello disimuló la devaluación del valor real de los salarios.

Las medidas deflacionarias, cuando comenzaron a producir sus efectos recesivos en el segundo semestre de 1966 y primeros meses de 1967, pusieron fin a esta ilusión. El número de horas extraordinarias contratadas por la industria disminuyó drásticamente; el índice de desempleo aumentó también. (En la industria del automóvil, por ejemplo, disminuyeron a la vez las horas extraordinarias y el número de obreros empleados.)

En ese sentido, por tanto, el resultado de

2. En 1967 el alza de los precios al consumo fue de un 3 %. En enero y febrero de 1968 los precios al consumo aumentaron a una tasa anual del 4 %.

3. No todos los asalariados, sin embargo, salieron perjudicados en esa medida. Por lo pronto, la « aristocracia obrera » sindicalizada (que representa sólo un 18,6 % de la mano de obra del país) estuvo en mejores condiciones para resarcirse de la expropiación que los millones de trabajadores del campo y los no sindicalizados en general. Dentro de la aristocracia obrera, los obreros muy calificados —técnicos de aviación, por ejemplo, que lograron un alza de salarios del 5 % en 1966— pudieron resarcirse mejor que los demás.

las medidas deflacionarias fue realizar prácticamente la expropiación de los trabajadores. Frente a la inflación, la clase obrera encontró cierta compensación trabajando más. La semirrecesión desbarató esa compensación y obligó a los asalariados a consumir con el jornal original bienes cuyos precios habían aumentado. El informe de la OCDE de 1966 aceptó de refilón esta expropiación indudable. El informe reconoció « que los costos de mano de obra han aumentado más despacio que los precios ».

Una evaluación incompleta de la expropiación sufrida por la clase obrera en general en 1966, fue publicada en febrero de 1967 por la Oficina de Estadística del Trabajo (BLS) de Estados Unidos. Según esta fuente, el ingreso medio —descontados los impuestos— de un obrero industrial con tres personas a su cargo fue de 99,33 dólares a la semana en 1966 frente a 96,78 dólares el año anterior. Sin embargo, a causa de la inflación, la misma fuente informa que el ingreso « real » del mismo obrero, en dólares de 1957-1959, fue sólo de 87,82 dólares a la semana en 1966, en comparación con 88,06 dólares en 1965. Una microscópica expropiación de los obreros industriales norteamericanos —es decir, los que estaban en mejores condiciones para resarcirse de la inflación con alzas de salarios— fue así reconocida por las autoridades del país.

La revista **Business Week** (8 de abril de 1967) admitió también esa expropiación de los obreros industriales en 1966 al decir que « los precios subieron el año pasado más deprisa que los aumentos « escalonados » de los salarios —aumentos escalonados son las subidas automáticas de salarios que los patronos conceden a cambio de los convenios colectivos a largo plazo— y que así realmente « pellizcaron » a los obreros que no consiguieron alzas de salarios en 1966 ».

Las cifras anteriores ocultan, sin embargo, la gravedad del problema. En primer lugar, se refieren sólo a los obreros industriales que son precisamente aquellos entre los que se recluta la mayoría de la aristocracia sindicalizada. Si los obreros industriales en general salieron perjudicados, los demás —agricultura, servicios, empleados estatales (1/6 de la mano de obra del país)— debieron salir más perjudicados aún.

En segundo lugar, los ingresos semanales utilizados por la Oficina Estadística del Trabajo ocultan el hecho de que los obreros trabajaron más horas en 1966 que en 1965... para ganar menos al final.

En tercer lugar, aun entre los obreros industriales, aquellos cuyos convenios vencieron durante el año o en general los muy especializados, pudieron compensarse en mayor o menor grado de la expropiación —lo que indica que otros obreros —la mayoría— sufrieron una reducción real de sus ingresos mucho mayor.

Finalmente, hay un hecho coyuntural que ocultan las cifras de conjunto para 1966, pero que tuvo mucha importancia para provocar la irritación de la clase obrera a fines de 1966 y en los primeros meses de 1967. Se trata de que, al decaer la actividad industrial en ese periodo, disminuyeron drásticamente las horas extraordinarias. Resultado de ello fue que el salario semanal medio por obrero industrial fue en febrero de 1967 más bajo que en los siete meses anteriores. Resultado inmediato fue también que los obreros norteamericanos se dieron cuenta con irritación creciente de que estaban siendo expropiados.

Las observaciones anteriores permiten darse cuenta de la expropiación sufrida en 1966-1967 a causa de la guerra de Vietnam, aunque no permiten medir su cuantía exacta ni definir con precisión cuales

fueron los grupos que la sufrieron en mayor o menor proporción. Pero el hecho de la expropiación está ahí y eso es lo que importa a este nivel.

Para los asalariados norteamericanos, acostumbrados a un auge de varios años sin subida visible de precios, la experiencia de 1966-1967 ser decepcionante. Trabajaron más todos, ganaron más algunos, pero, de repente, un mecanismo económico en apariencia automático los expropió al final de todas sus ganancias ilusorias y los dejó peor que en 1965. Inflación-deflación, el mago Johnson repitió al revés el milagro de los panes y los peces: donde antes había pan y medio ahora queda sólo un panecillo y un cañón⁴.

2. Consecuencias de la expropiación: agravación de la lucha de clases en Estados Unidos en 1967

No es de extrañar ante este mecanismo que el año 1967 fuera « el peor año en el frente laboral de que se tiene memoria », según anotó la revista **Newsweek** (23 de octubre de 1967). En los cuatro primeros meses del año, hubo 1 470 huelgas que afectaron a más de 754 000 trabajadores. Esa cifra, según el Ministerio de Trabajo norteamericano fue la más alta en los últimos 15 años. En octubre, el número de huelgas había ascendido hasta 3 200 afectando a 2 300 000 obreros.

Los obreros de ferrocarril, a pesar de todas las presiones del presidente y del Congreso, realizaron una huelga de dos días que paralizó las líneas férreas de costa a costa. La peor huelga en ese sector en 21 años.

Los Teamsters, sindicato de camioneros, realizaron varias huelgas parciales a las que respondieron los patronos con un **lock-out** general que paralizó casi totalmente los transportes por carretera a principios de 1967 y puso en peligro la pro-

secución de la guerra de Vietnam. El conflicto terminó con un alza de salarios calculada en un 6 %.

100 000 maestros participaron en 75 huelgas, triplicando así al menos el record de paro en ese sector en los últimos 27 años. En la construcción los obreros lograron alzas del 8 %. Los obreros de la prensa de Nueva York, tras una empecinada huelga, obtuvieron una subida del 21 % en tres años.

Pero la huelga que marcó el panorama laboral en 1967 fue la realizada contra la Ford, que terminó el 30 de octubre de 1967, tras 49 días de paro que le hicieron perder a la compañía 1 000 millones de dólares de ventas. Walter Reuther, presidente del sindicato del automóvil que cuenta con un millón y medio de afiliados, logró tras esa huelga « el convenio laboral más ventajoso en la historia », según anotó con irritación la revista **Time** (3 de noviembre de 1967). Se calcula que las alzas conseguidas fueron del orden del 7 %.

Tras la victoria de los 157 000 obreros de la Ford, las otras « dos grandes » del automovilismo (Chrysler, con 95 000 obre-

4. Como ya se anotó en el primer artículo sobre este tema, la diferencia entre la guerra de Vietnam y la guerra de Corea o la segunda guerra mundial, fue substancial desde el punto de vista de la clase obrera. En condiciones de depresión económica, los gastos de guerra sacaron a la economía norteamericana de la crisis y significaron un aumento general del nivel de vida y del empleo que coincidió con la época de guerra. En esas condiciones —Corea o segunda guerra mundial— la alternativa que se presentó antes los obreros norteamericanos fue la de « o mantequilla y cañones » o « ni mantequilla ni cañones ». Había un tercer camino, el de la revolución, que hubiese dado « mantequilla sin cañones », pero lo cierto es que la clase obrera eligió el camino oficial de los « cañones con mantequilla ». En Vietnam, sin embargo, la situación fue radicalmente diferente. En periodo de auge la alternativa ante la clase obrera fue la de « o mantequilla o cañones » y el mecanismo inflación-deflación se encargó automáticamente de reducir las raciones de mantequilla para aumentar el número de cañones.

ros, y General Motors con 380 000) suscribieron convenios semejantes con Reuther. La victoria del sindicato del automóvil obligó a muchos otros líderes sindicales, presionados por la base, a aumentar sus exigencias frente a los patronos.

45 000 obreros de la industria del cobre protagonizaron por su parte « la huelga más larga de la historia » de ese sector. En marzo de 1968, la huelga seguía tras siete meses y medio de paro que pusieron en peligro la prosecución de la guerra y propinaron un rudo golpe a la balanza de pagos norteamericana. Los Estados Unidos gastaron la « horrenda » suma de 113 millones de dólares en importaciones de cobre en el mes de enero de 1968, mientras las cuatro grandes compañías cupríferas norteamericanas estaban totalmente paralizadas.

No hay que olvidar, al tratar de la agravación de la lucha de clases en Estados Unidos en 1967, la virulencia sin par de la **sublevación negra** en el verano de ese año que afectó a decenas de ciudades en el país, sacudió a Newark y Detroit hasta los cimientos y puso las bases para la revolución del « Poder Negro » y la revolución a secas. Es obvio que si los obreros industriales organizados salieron perjudicados con la política de guerra, los negros en general —verdadero proletariado dentro del proletariado— salieron literalmente esquilados. Aun sin entrar con más detalle en la situación de los negros en Estados Unidos, baste ahora con recordar que en el « cálido verano » revolucionario de 1967, que afectó a 31 ciudades y causó 86 muertos y 2 056 heridos sólo en julio y agosto, representó la peor sublevación civil que se recuerda en el país.

—En el terreno del movimiento obrero y de su organización, la expropiación de 1966-1967 produjo inmediatamente sus efectos. El más importante, hasta el momento, fue la amenaza de escisión del

ala izquierda del movimiento sindical encabezada por Walter Reuther. A principios de 1967, el presidente del sindicato del automóvil (1 500 000 miembros) decidió renunciar a su puesto en el consejo ejecutivo de la AFL-CIO, como primer paso hacia la escisión pura y simple.

Walter Reuther no ha ocultado en sus declaraciones su intención en caso necesario de separarse definitivamente de la central sindical. Se preguntó especialmente si su sindicato debía seguir pagando un millón de dólares anuales a la AFL-CIO para que « siga sentada, inmóvil, indiferente, complaciente ». Una asamblea del sindicato del automóvil reunida en Detroit a principios de abril de 1967 autorizó a su presidente a salirse de la central sindical « si ello era necesario y apropiado para sacar al movimiento laboral de su punto muerto ».

Esta radicalización de la izquierda sindical ha puesta así en peligro el poder del veterano y reaccionario Georges Meany que ha reinado hasta ahora sobre la AFL-CIO (14,3 millones de afiliados) como señor absoluto. El ultraconformismo de Meany —de quien se dice está en demasiadas buenas relaciones con la CIA— es ya legendario: « hablando francamente, nosotros, los sindicalistas norteamericanos amamos al sistema capitalista » (*Le Monde*, 7 de febrero de 1967). Su sectarismo anti-comunista es también estrambótico y le ha llevado, desde boicotear a los buques de las naciones que comercian con Cuba, hasta felicitar al presidente Johnson cuando éste dio la orden de bombardear por primera vez al Vietnam del Norte. En esa ocasión Meany hizo adoptar una moción por el comité ejecutivo de la central sindical en la que se condenaban « los bombardeos salvajes y sin piedad de la población civil por los comunistas » (*Le Monde*, 7 de febrero de 1967).

En estas condiciones de paroxismo dere-

chista en los sindicatos se produjo la expropiación de 1966-1967, e inmediatamente variaron todos los datos del problema. Resumiendo lo ocurrido puede citarse una frase significativa de la revista *Time*: « Los líderes sindicales moderados esperan tener gran dificultad en calmar a sus turbulentos hombres de base » (30 de diciembre de 1966). Y la turbulencia ha sido tanta que en 1967 la base rechazó uno de cada siete convenios negociados por sus líderes y les obligó a aumentar sus exigencias. La « rebelión de los jóvenes » obreros se convirtió también en un tópico durante todo el año.

Walter Reuther, sintiendo la marejada que conmovía a la base obrera, radicalizó su posición para ponerse al frente de lo que llamó « fermento de protesta en el país y en los sindicatos ». Las principales críticas de Reuther a la política de la central sindical fueron: racismo, que impide la sindicación de gran parte de la clase obrera de color; incapacidad de atraer y sindicarse a los « trabajadores de corbata » cuyas asociaciones aumentan continuamente al margen de la AFL-CIO, mientras el número de obreros industriales se mantiene casi estacionario; negativa a encabezar la lucha por los derechos civiles, por la renovación urbana y otros problemas candentes tales como la guerra en Vietnam; por falta de estas perspectivas más amplias, el movimiento obrero norteamericano se ha convertido, según Reuther, en un estrecho grupo de presión para la defensa de intereses particulares. La última crítica de Reuther fue la « falta de democracia » en la central unificada.

La inquietud de la base obrera obligó además al mismo Georges Meany a radicalizar su postura a la hora de exigir alzas de salarios —aunque sus opiniones políticas siguieron siendo tan reaccionarias como siempre. El comité ejecutivo de la AFL-CIO, reunido a mediados de febrero

de 1967 en un lujoso hotel de Miami —reunión a la que por primera vez no asistió Walter Reuther— dio a la publicidad una declaración en la que prometió no atenerse a los consejos de moderación del gobierno ni tener en cuenta el límite oficial del 3,2 % para las subidas de salarios.

« Los beneficios extraordinarios de los últimos años y el aumento de la productividad permiten un alza del poder real de compra de los trabajadores sin necesidad de aumentar los precios », concluyó demagógicamente el comité ejecutivo de la AFL-CIO enfrentándose a los consejos de moderación del gobierno.

El mismo Meany, ante la irritación creciente de los capitalistas por las « desmesuradas » alzas de salarios pedidas durante el año, declaró en agosto de 1967 que iba a lanzar una campaña « para que sean nacionalizadas todas aquellas industrias que aseguran ser tan vitales a la nación que sus obreros no debían tener derecho a ir a la huelga ».

Todos estos hechos permiten darse cuenta de lo que fue el año 1967 en el frente laboral: el **Big Year** de las huelgas y las protestas y la radicalización de los obreros industriales organizados a los que la guerra obligó a reducir sus raciones de manteca. Esta misma expropiación produjo en el frente racial un estallido de violencia revolucionaria que socavó los cimientos de la sociedad.

3. Carácter de la contradicción entre la clase obrera y la política de guerra en 1966-1967

Un primer punto está claro: la extensión de la guerra en 1966-1967, coincidiendo con un periodo de auge de la economía norteamericana, obligó automáticamente a reducir el valor real de los salarios. El aumento de la demanda del Estado en

momentos en que el sistema estaba trabajando más o menos al límite de su capacidad, produjo una subida de precios generalizada que « pellizcó » a todos los asalariados.

Pero, en segundo lugar, esta contradicción entre los intereses de la clase obrera y la política de guerra, no apareció directamente así. La contradicción se presentó convertida en otra: convertida en la contradicción clásica del capitalismo entre capitalistas y asalariados en general.

Los capitalistas, a los que el aumento de gastos militares tendió primeramente a confiscarles una parte del excedente económico a su disposición, trasladaron su confiscación a los asalariados automáticamente a través del alza de precios. Los asalariados entonces, especialmente la clase obrera industrial sindicalizada, trató, y en muchos casos lo logró, repercutir sobre los capitalistas la expropiación a que se veía sometida. Inmediatamente, la contradicción entre la guerra por un lado, y los capitalistas y asalariados por el otro, se transformó en una lucha de clases exacerbada.

No obstante, el papel antimperialista desempeñado por la clase obrera norteamericana en 1966-1967 es evidente, a pesar de las opiniones de sus miembros o de los líderes sindicales. Oponerse a la expropiación, exigir alzas de salarios del 6, del 7 y del 8%, implicó negarse a financiar la guerra, negarse a fabricar ametralladoras⁵.

La virulencia de la lucha de clases en 1967 obligó además a los capitalistas norteamericanos a reaccionar frente a la política de guerra —consciente o inconscientemente. Incapaces de repercutir íntegramente sobre los asalariados el costo de la guerra, los capitalistas norteamericanos en general —con excepción, claro, de las industrias de guerra y derivadas— vieron como sus beneficios tendían a reducirse.

Ello les hizo perder la confianza en Johnson, adoptar una incómoda neutralidad frente a la política del « presidente de la guerra » y con ello, lo quieran o no, se den cuenta o no, socavaron las bases mismas de la política de guerra.

En estas condiciones, una agravación de la guerra contrarrevolucionaria en Vietnam multiplicaría la virulencia de la lucha de clases en Estados Unidos y conduciría a la paz o el fascismo. Por primera vez de manera tan clara, el imperialismo internacional de Estados Unidos entró así en contradicción con la democracia burguesa interna.

4. Consecuencias políticas del conflicto entre la clase obrera y la guerra

La expropiación motivada por los gastos de guerra produjo inmediatamente efectos políticos entre la clase obrera. Según reconoció la prensa norteamericana, después de la « luna de miel » de varios años entre la clase obrera organizada y la administración Johnson, un « desencanto creciente » se apoderó de los sindicatos en 1967.

Ese desencanto produjo de inmediato la semiescisión del ala izquierda sindical encabezada por Walter Reuther y ello fortaleció la posición anti-Johnson y antibélica de algunos políticos. Durante 1967 la prensa habló sin ambages de que « Walter Reuther planea [...] una poderosa alianza político-laboral con el senador

5. El diputado de Ohio, Charles Vanek, declaró en julio de 1967 que « lo único que puede impedir un alza de impuestos (pedida por Johnson y negada por el Congreso) es una gran huelga en la industria del automóvil ». La huelga tuvo lugar y el Congreso se negó hasta ahora a autorizar la subida de impuestos, privándole así al presidente Johnson de los medios necesarios para financiar la guerra. Una vez más, la lucha de los obreros norteamericanos por mejorar sus condiciones de vida se convirtió así en lucha antimperialista.

Kennedy; [...] es bien conocido el desprecio de Kennedy y Reuther por los « belicistas » de la AFL-CIO; [...] Reuther está en condiciones de proporcionar a Kennedy la masa obrera que necesita [...] [para derrotar a] Johnson y a Meany que ahora caminan cogidos del brazo ». (*The New York Herald*, 16 de marzo de 1967).

Las victorias de la alternativa pacifista del senador McCarthy, la entrada en liza reciente del senador Kennedy, la no aparición en el panorama electoral norteamericano hasta ahora de una coherente alternativa bélica, las « maniobras » circenses del mismo Johnson, no serían explicables sin este « desencanto creciente » de la clase obrera norteamericana que cada vez se encamina más decididamente a una oposición a rajatabla a la guerra en Vietnam.

Prueba de esto último es que, a pesar de las opiniones de Meany, 450 líderes sindicales se reunieron en diciembre de 1967

Conclusiones

Los datos y observaciones anteriores demostraron: 1) que los capitalistas en general —salvo las industrias de guerra y derivadas— salieron perjudicados en sus beneficios por el aumento exagerado de los gastos militares en periodo de auge económico; 2) los asalariados en general fueron forzados por la inflación-deflación a pagar con sus jornales los costos de la guerra; 3) estas dos acciones agudizaron la lucha de clases en Estados Unidos —en el frente negro hasta el paroxismo— y privaron al « presidente de la guerra » de los apoyos sociopolíticos con que contaba; 4) una alternativa pacifista hizo inmediatamente su aparición en la escena política del país y recibió cada vez mayores

en Chicago y repudiaron tajantemente la política de guerra. Si la guerra se agudiza, el reinado « bélico » de George Meany terminaría bien pronto en el desastre.

En cuanto a las consecuencias políticas de la sublevación negra en 1967 y lo que va de 1968, solamente hay que decir que los incendios de Chicago, Detroit, Newark, o donde sea, causaron probablemente mayores derrotas a la política de guerra, que muchos de los combates militares en Vietnam.

La relación entre la sublevación negra y la guerra de Vietnam quedó puesta en evidencia por una frase muy repetida el último año en Estados Unidos, frase que el senador Kennedy utiliza ahora como consigna en su campaña electoral por la presidencia: « Los 30 000 millones de dólares gastados anualmente en Vietnam son necesarios en Estados Unidos para poner fin a la guerra interior de los ghettos negros ».

apoyos, mientras una alternativa fascizante tomaba forma también como una amenaza para el futuro.

En esas condiciones dos conclusiones parecen atinadas: 1) la revolución en Vietnam, o en otro lugar del mundo, es posible porque hoy por hoy el imperialismo norteamericano es mucho más un « tigre de papel » de lo que parece; 2) si nuevos acontecimientos dramáticos no hacen su aparición, si los grupos partidarios de la guerra en Estados Unidos no recurren a métodos imprevisibles de violencia, la paz en Vietnam es inevitable, Johnson o su sucesor deberá firmar la paz porque continuar o agravar la guerra le conducirá irremediamente al desastre político.

Daniel Artigues

el opus dei en españa

La primera visión de conjunto de una asombrosa aventura : cómo el modesto grupo religioso de 1928 se ha convertido en una poderosa organización que ha marcado profundamente la evolución ideológica y política de España después de 1939.

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

184 páginas

21 F

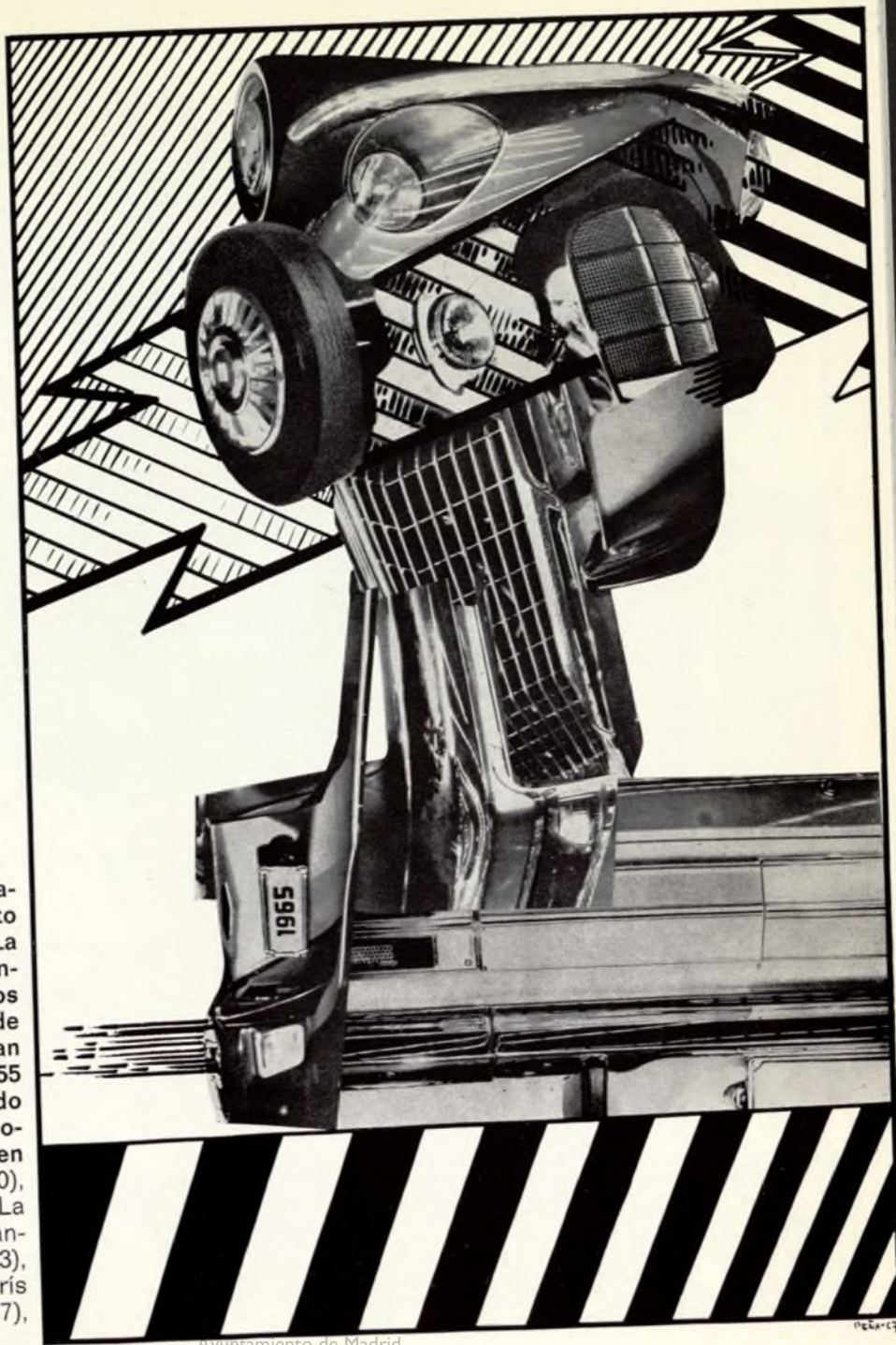


Editions Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid

40

4 montajes de Umberto Peña

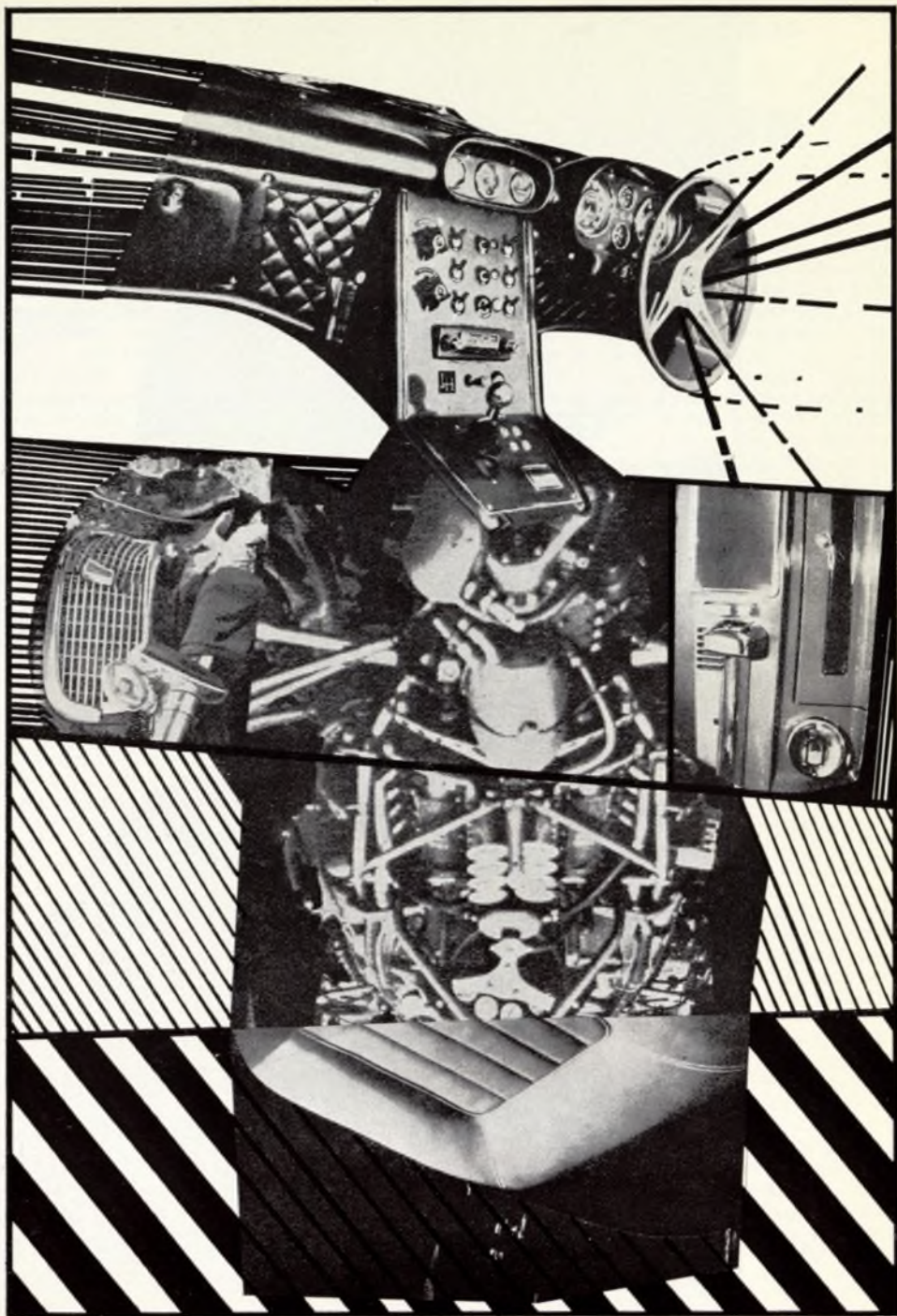


Pintor, grabador y grafista cubano, Umberto Peña, nació en la La Habana en 1937, donde hizo sus estudios en la Academia de Bellas Artes de San Alejandro entre 1955 y 1958. Ha presentado numerosas exposiciones y participado en otras: México (1960), Sao Paulo (1961), La Habana (1962), Santiago de Chile (1963), Tokio (1964), París (1967), Roma (1967), Cracovia (1968).

into
ira :
reli-
tido
ción
da-
gica
ués

univer-
rivá de
studios
onal de
rá y su
o de la
señanza
Consejo
átedras
espíritu.
Instituto
il Opus
ros del
roto de
lembros
er y la
Acción
cano II.
isqueda
le 1951.
rero de







Ch

En 1
otros
en la
recre
algo
tamie
deja
espa
El to
rico
fraza
me
Esto
dos,
y cu
los
Poc
Unic
nort
mun
esta
hipó
tecn
A el
nort
raci
en
que
Per
elen
crec
trad
de
actu
de
inta
De
la
y
inte
Has
sien
tien
esc
nort
per
Lo
sub
otro
poli
pre

Chandler Thompson

La «subcultura» norteamericana

En 1960 y 1961, cuando yo vivía en Madrid, veía a otros norteamericanos —los de las bases militares— en las calles, en los clubs de jazz y demás lugares recreativos. Muchos españoles les dirigían miradas algo despectivas, algo celosas. Aunque su comportamiento ruidoso y a la vez bastante reservado dejaba mucho que desear, era visible la añoranza española hacia una vida similar.

El tono de voz al decir, «tienen ustedes un país tan rico», siempre revelaba lo que las palabras disfrazaban: quisiera tener lo que usted tiene, y no me gusta que lo tenga usted y yo no.

Estos sentimientos me parecen perfectamente ciertos, pero superficiales. Sin caer en lugares comunes y cursilerías hay que examinar el precio que pagan los Estados Unidos por su riqueza.

Pocos españoles u otras personas fuera de Estados Unidos han comprendido el porqué del interés norteamericano ante los estilos de vida del tercer mundo. Siendo tan acomodados, los observadores estadounidenses tienden a parecer absurdos y hasta hipócritas al mostrar interés en las culturas menos tecnificadas.

A ello hay que añadir que la indiferencia del gobierno norteamericano frente a sus propios problemas raciales y sociales es ya notoria y que el genocidio en Vietnam no es índice de ningún valor humanitario que vaya más allá de la psicosis anticomunista.

Pero esta apariencia de Estados Unidos oculta un elemento importante: hay en el país un descontento creciente de la juventud que rechaza casi todas las tradiciones paternas. Esta juventud provocó la crisis de confianza que aflige al gobierno norteamericano actual y simpatiza mucho más con las aspiraciones de los oprimidos que con la necesidad de mantener intacto el sistema dominante.

De esta situación ha surgido lo que suele llamarse la «subcultura». Las ideas de ésta sobre el futuro y sus quejas contra el pasado pueden ser de interés.

Hasta ahora el descontento juvenil ha acompañado siempre al logro del bienestar material. Los rusos tienen sus **stilyagi**, los ingleses sus **teddy boys**, los escandinavos ciertas variaciones sobre los dos y los norteamericanos toda una panoplia de desviaciones peregrinas.

Lo que haré aquí es dar un cuadro breve de la subcultura estadounidense con la esperanza de que otros puedan sacar conclusiones o valoraciones políticas que en mi descripción yo no intentaré presentar.

Dentro de la subcultura norteamericana de hoy hay tres tendencias principales (las llamo tendencias porque no han logrado aún la cohesión necesaria para ser movimientos): los **hippies**, la **New Left** (nueva izquierda) y el **Black Power** (poder negro).

El hecho clave para entender a los dos primeros es que sus integrantes son sobre todo hijos de la clase media, provienen de lo que suelen llamarse «buenos hogares», son casi siempre la causa de una angustia paternal tan intensa que muchas veces resulta cómica. Se distinguen por haber «optado fuera» de la gran sociedad que los rodea. Muchas veces forman colonias en los barrios pobres de las principales ciudades o en las zonas periféricas de las grandes universidades. Se caracterizan por un desdén hacia los bienes materiales —meta ofrecida por el mundo de afuera— y por una gran preocupación por la espontaneidad. Todos, de una u otra manera, a veces conscientemente, a veces por implicación, buscan la manera de construir, de hacer evolucionar, de dar a luz una sociedad mejor, más libre y menos paralizada por sus propios «hang-ups», o sea obsesiones compulsivas y neuróticas. A veces llegan incluso a formar comunidades que en su conjunto comienzan a calificarse de subcultura.

Los hippies

Siendo los que han recibido la mayor atención de la prensa, los **hippies** son tal vez los habitantes más visibles de la subcultura. En términos generales puede decirse que los **hippies** ganaron su lugar al sol debido al uso del LSD y a la música popular, desde los Beatles en adelante.

El mundo de los **hippies** muchas veces es llamado la «drug culture» (cultura de la droga), y la música de grupos como «The Jefferson Airplane», «The Grateful Dead» (los muertos agradecidos) y «The Mothers of Invention», es conocida bajo el nombre de «música psiquedélica», o sea música influida por las fantasías provocadas por el «ácido» (LSD), el «pot» (marihuana) o la «speed» (methedrina).

Pero cabe subrayar que el uso de las drogas no es más que un pequeño elemento de la ética y modo de vida de los **hippies**. De hecho se considera que sólo hay necesidad de recurrir a las drogas como medio para ampliar la conciencia cuando la sociedad

dominante esta neuróticamente obsesionada con la posesión y producción de bienes *ad infinitum*, como fines en sí. Se usan porque la experiencia alucinatoria, la sensación de una pérdida de los poderes intelectuales ante el flujo de la subconciencia, puede ser una especie de gran despertar para los habitantes de la cultura incapaces de contemplar la vida en términos más profundos que los de una ecuación matemática.

Los que no son meros turistas de la subcultura, sino que participan seriamente en la vida de los **hippies** en el Lower East Side de Nueva York, en el distrito de Haight Ashberry en San Francisco o en el campo (por ejemplo en Drop City en Colorado o en ciertas zonas rurales del Estado de Nuevo México, donde se han constituido comunidades campesinas de **hippies**), insisten en que las drogas no son más que el paso inicial hacia un modo de vida diferente y más significativo.

Un lema común que describe muy cabalmente lo que se intenta hacer es: «tune in, turn on and drop out». Es decir, sintonizarse (con el mundo no burgués), prenderse (fumando marihuana, tomando píldoras, actos mecánicos similares al encendido de una lámpara) y caer fuera (dejarse ir fuera de la sociedad grande para salir a flote en un medio donde el espíritu entero pueda existir libremente sin estar sometido eternamente a la disciplina del intelecto).

Se admite, sin embargo, que el estado de conciencia abierta, expandida, puede lograrse por muchos medios y que, lógicamente, al lograrlo, una persona sensata no hará uso excesivo de las drogas. En cuanto al peligro de acostumbrarse a las drogas, se le considera más bien como un mito de la sociedad burguesa, ya que la heroína, las anfetaminas y demás drogas adictivas son bien conocidas. Las personas enteradas no confunden unas drogas con otras y, en general, lo que dice la gran prensa sobre la adhesión de los **hippies** a las drogas suele ser propaganda anti-hippy.

Si la vida **hippy** se inicia con las drogas, adquiere su calidad distinta a través de la música, modas de vestir más o menos peregrinas y la artesanía individual.

Un baile **hippy** en el Electric Circus de Nueva York o en el Avalon o el Filmore Ballroom de San Francisco, resulta lo que suele llamarse una «experiencia total». La música es electrónica —guitarras, voces, batería, todas amplificadas, variadas y mezcladas a través de un equipo muy complejo de micrófonos y altavoces; las letras de las canciones están cargadas de un significado pocas veces hallado en la música ordinariamente considerada popular (If you hear the song I sing/ you will understand/ you can hear the mountains ring/ right in your trembling hand... Si oyes la canción que canto/ com-

prenderás/ puedes oír a la cordillera/ justo en tu mano temblorosa).

Las salas de baile parecen más bien cavernas, sin muebles ni adornos. Dejan las paredes lisas (el Filmore es un antiguo cine cuyas paredes fueron limpiadas a propósito de todos los adornos) para proyectar en ellas colores, transparencias y hasta películas, en una especie de sancocho visual que recibe el nombre de «light show» (espectáculo de luces). He aquí entonces una penumbra habitada por toda clase de fantasmagorías resucitadas por una música a todo volumen que descarta por completo la posibilidad de oír otra cosa.

Los artistas generalmente prefieren no actuar en un escenario elevado para poder entremezclarse libremente con el público, que baila, o si quiere se sienta o acuesta en el suelo. Dicho público se viste con ropa económica pero de muchos colores, ropa alterada muy a menudo de acuerdo con el gusto individual. Es común ver pantalones Levis adornados con diseños muy complejos y de muchos colores: hay mucha afición por capotes grandes, medallas, collares, pulseras, sandalias de cuero repujado. Los hombres se adornan tanto como las mujeres entre los **hippies** y lo pueden hacer sin provocar la menor duda en cuanto a su masculinidad o falta de ella. La verdad es que las preferencias sexuales se consideran un asunto exclusivamente personal y nadie tiene derecho de hacer comentarios despectivos sobre el prójimo.

Además de expresarse en la música y en la ropa, los **hippies** tratan de realizar parte de su vida a través de la artesanía. Los jóvenes contraen un compromiso más o menos serio con la subcultura tienden mucho a interesarse en trabajos en cuero o metal, en la fabricación de instrumentos musicales o de cosas tan sencillas como muñecos. Ocurre que, tras varios años de estupefacción social (proceso que recibe el nombre de educación en la mayoría de los colegios y universidades norteamericanas), los que tienen el coraje de rebelarse sienten un deseo de hacer una inmersión en lo inmediato, en lo táctil y lo sensual, en fin, en todas aquellas cosas que sólo se pueden gozar en el presente, un presente que las convenciones del sistema suelen proscribir en nombre de unas compensaciones supuestamente más sublimes pero siempre relegadas a un futuro que nunca llega.

La relación entre los **hippies** y los que ellos mismos llaman el «straight world» (el mundo recto o rígido) es más bien precaria. Hay que tener en cuenta que los **hippies** son en su mayoría de menor edad que sus hermanos de la Nueva Izquierda o del movimiento del Poder Negro. Muchos han «optado fuera» en su primer año de universidad o hasta en el bachillerato y es frecuente que no tengan más de 18 o 19 años, o aun menos. Forman parte de la

primera generación norteamericana que ha conocido la televisión desde la infancia y esa influencia es muy notable sobre ellos.

La visión que del mundo tienen los **hippies** puede parecer sumamente irrealista al observador exterior. Habiéndose criado en hogares materialmente acomodados, conocen la comodidad sin asociarla a trabajo alguno. También generaciones anteriores nacieron en la comodidad relativa, pero no recibieron esta impresión reforzada por una dieta de continuo entretenimiento fácil que presupone el bienestar material como condición natural de la vida. De esta manera el **hippy** actual de 19 años puede mendigar en las calles de San Francisco o Nueva York o recibir fondos de sus padres, sin sentir la menor inquietud moral o emocional.

Si los padres, por su parte, suelen quejarse, la inmensa mayoría de ellos da algún subsidio, bien sea por un sentido de responsabilidad por la buena salud de sus hijos, o bien porque saben que mientras den dinero el hijo volverá a pedir más; si se lo niegan, es posible que se pierda de vista. Testimonio de esto se ve comúnmente en periódicos como el **East Village Other**, de Nueva York, o en el **Oracle** de San Francisco, cuyas columnas de anuncios están llenas de avisos como «Joey Smith, por favor llama a casa. Te amamos y perdonamos todo. Papá y mamá». Mientras tanto Joey está mendigando, haciendo algún trabajillo (a pesar de los varios miles de dólares invertidos en su educación), vendiendo sandalias si es que sabe hacerlas de una calidad suficiente o simplemente gozando del colectivismo que es un elemento importante de la subcultura en todos sus aspectos.

Este colectivismo se manifiesta de diversas maneras. En el nivel más elemental, varias personas arriendan conjuntamente un piso o hasta una casa; luego, cualquiera que se encuentre sin techo puede albergarse allí, contribuir con lo que quiera y valerse de unos cuantos metros de suelo para depositar sus cosas y para sí mismo.

Los **hippies** tratan también de tomarse en serio refranes tan comunes y cursis en inglés, tales como «es mejor dar que recibir». Recuerdo muy bien una caminata que di por la Haight Street de San Francisco. Sintiendo hambre, entré en una tienda y compré allí un muslo de pavo cocido. Iba por la calle comiendo y, cuando se me acabaron las monedas sueltas, ofrecí mordiscos de pavo a los que me pedían dinero. Varios **hippies** reaccionaron ofreciéndome dulces, sorbos de coca cola o cualquier otra cosa que tuvieran a mano. Lo importante es compartir, poder dar y recibir, y la comunicación que se establece así entre las personas. Comparada con las actitudes de sospecha que parecen parte intrínseca entre los habitantes de la moderna socie-

dad burguesa, debo notar que la experiencia fue sumamente placentera.

Un fenómeno aislado pero muy característico de los **hippies** es un grupo, o tal vez deba calificarse de antigupo, llamado los **Diggers**. Tomaron su nombre de una asociación medieval inglesa de ayuda mutua, y el grupo de los **Diggers** se fundó en una ceremonia en la que se procedió al entierro simbólico del dinero. Los **Diggers** salen todas las mañanas en busca de verduras rechazadas en los mercados, carne que no pasa la inspección en las carnicerías y lo preparan todo para que sea comestible. Después de ello sirven comidas gratis de «cocido **Digger**» en un parque que colinda con el barrio Haight-Ashberry de San Francisco.

Tienen los **Diggers** además proyectos de abrir tiendas de ropa gratis y hasta han ido a pueblos abandonados en el Estado de Nuevo México para establecer granjas y dedicarse a la agricultura. Los **Diggers** no creen en el principio de organización y por ello cualquiera puede integrarse a ellos. El fin del antigupo es dar a cada uno la oportunidad de hacer lo que le venga en gana (Tu tienes que hacer tu propia cosa, es una frase tan común entre los **Diggers** como entre los demás **hippies**). Lo significativo aquí es que mientras la sociedad institucionalizada da por supuesta la pereza de los individuos, los **Diggers** han podido demostrar que un joven dejado en total libertad termina haciendo cosas útiles por propia voluntad y con mucha alegría. El hombre no es, por tanto, un ser ocioso.

Las deficiencias de los **hippies** parten de una serie de paradojas superficialmente sorprendentes. Estos jóvenes, hijos del televisor como de sus padres, se orientan en la vida con casi la misma rigidez que sus contemporáneos dentro de la sociedad de masas. Sus costumbres exigen una conformidad casi tan rígida como la de una oficina de la burocracia gubernamental. En primer lugar, es opinión admitida del **hippy** que cualquier persona que viste chaqueta y corbata y frecuenta su barrio, es con toda seguridad un «Fed», es decir un miembro del FBI. (Por un lado esta sospecha está justificada porque los Feds, siguiendo las huellas de las drogas, o utilizando las drogas como pretexto, parecen tener el don de la ubicuidad; pero cuando la sospecha **hippy** se extiende automáticamente a cualquier compañero universitario o persona que tenga más de 25 años, la cosa comienza a adquirir caracteres de paranoia.)

Igualmente paradójico es el hecho de que el mismo joven que es capaz de probarse racionalmente que los valores de su mundo son falsos, es capaz sin embargo de aceptar al mismo tiempo los prejuicios generales contra cualquier forma de comunismo, socialismo o ateísmo. Esto, como se verá más ade-

lante, ha sido la desesperación de muchos organizadores de la Nueva Izquierda.

Además de esto, los **hippies** tienden a ser sumamente ignorantes, o al menos a leer muy poco. He conocido a muchos de 20 o 21 años, con buena inteligencia natural, que sólo con dificultad podían identificar a autores nacionales tan conocidos como Hemingway o Faulkner. Aunque son relativamente pocos los que tienen un interés serio por la religión, casi todos profesan una creencia en dios. Estéticamente tienden a tener lagunas semejantes. Aunque han percibido lo nociva que es la propaganda comercial, su concepto de belleza se aparenta mucho con los letreros de neón, una arquitectura moderna sin personalidad alguna y los colores eléctricos. Aunque hay que defender cierta hermosura extraña y hasta extraterrestre que estos elementos prestan a ciertos sectores de Estados Unidos, debe lamentarse la existencia de jóvenes inteligentes y sensibles que están limitados a esta forma de belleza y que no saben superar el resultado estético del sistema que lo produce —sistema cuyo carácter absurdo los **hippies** están bien dispuestos a reconocer.

La nueva izquierda

En comparación con los **hippies**, la Nueva Izquierda es un conglomerado de tendencias altamente intelectuales y politizadas. Sus integrantes suelen ser de una edad un poco mayor y muestran un profundo respeto por la historia y los libros. Aunque ambos grupos tienen como antepasado a la llamada «Beat Generation» (generación beat) de los años 50 (poetas como Allen Ginsburg y Gregory Corso, novelistas como Jack Kerouac y William Burroughs), el activismo de la Nueva Izquierda data concretamente de un solo fenómeno: el movimiento de lucha por los derechos civiles de los negros que tanto caracterizó los primeros años de la década actual. Casi todos los izquierdistas que ahora tienen entre los 25 y 30 años de edad participaron en las manifestaciones contra la discriminación y muchos fueron detenidos por sus esfuerzos. Por eso están bien enterados de las tácticas de la resistencia pacífica y se sienten muy identificados con los grupos desprivilegiados de la sociedad a pesar de sus orígenes burgueses.

En contraste con los **hippies** que suelen proceder de las zonas rurales y de las ciudades de tamaño medio, una gran parte de la juventud conscientemente radical en política procede de los grandes centros de población. Muchos son hijos de padres que en los años treinta militaban en el ala izquierda del Partido Demócrata o formaban parte del Partido Comunista que entonces estaba en auge. Debido a ello, estos jóvenes radicales han podido desen-

maskar la hipocresía de aquellos radicales de los años 30 que más o menos disfrazadamente se vendieron al capitalismo y sienten asimismo una desconfianza muy marcada hacia los tradicionales procesos políticos del país.

En un sentido bastante amplio, los integrantes de la Nueva Izquierda bien podrían ser considerados los hijos del desencanto. Desencantados por los resultados del movimiento de los derechos civiles, desencantados por la «guerra contra la pobreza» de Johnson que sólo ha sido una seudoguerra, desencantados por las esperanzas suscitadas y nunca realizadas por la presidencia de Kennedy, desencantados por las reacciones del «establecimiento» (término que utiliza la Nueva Izquierda para referirse a las clases dirigentes) ante los motines de la universidad de California en Berkeley y ante los motines de los barrios negros de Watts en Los Angeles y en otras ciudades, y desencantados sobre todo por los procesos supuestamente democráticos que tan poco han servido para poner fin al genocidio en Vietnam.

La Nueva Izquierda puede caracterizarse a grandes rasgos como una fracción cada vez más grande de la juventud estudiantil, bastante segura de sus propios valores políticos y morales pero un poco en las tinieblas en cuanto a las formas institucionales (o antinstitucionales, en el léxico de ellos mismos) para articularlos.

Tal vez la mejor manera de describir a grandes rasgos la faz de la Nueva Izquierda sea trazar su historia desde el gran despertar de la juventud norteamericana que los observadores actuales suelen situar en el año 1960.

En aquel año, la gran siesta comenzada ocho años antes con Eisenhower como una especie de niñera nacional llegó a su fin. John F. Kennedy hizo su campaña electoral a base de la promesa de reanimar al país, y ganó la presidencia. Entonces, a los pocos meses, se formaron los Cuerpos de Paz cuyo objetivo era dar a la juventud norteamericana un compromiso entrañable con los desposeídos del mundo. La Alianza para el Progreso reconoció al menos la obligación moral de no ayudar a aquellos gobiernos que se oponían a la reforma agraria, u otras no menos urgentes en sus propios países. Brotó una conciencia incipiente de que existían dentro de los mismos Estados Unidos grandes focos de miseria y descontento. Como resaca del régimen anterior hubo la invasión de Playa Girón en Cuba, que debió contribuir a aumentar la desconfianza ya grande de Kennedy hacia los consejeros militares y los gurus civiles heredados de Eisenhower y altamente identificados con los elementos bélicoindustriales del país.

Ese fue el panorama nacional que se presentó ante un estudiantado preocupado por los derechos civiles.

iniciándose ya en el activismo político por medio de sit-ins (sentadas de protesta) y demás tácticas de resistencia pasiva y afligido por el sentimiento del absurdo y lo superfluo de una sociedad basada en la ética de la superabundancia. Con un nuevo presidente que representaba un punto de partida de rebelión contra el pasado inmediato, por un breve periodo se extendió la ilusión de que iba a transformarse el oficialismo establecido.

En el verano de 1962 se formó Students for a Democratic Society (Estudiantes en pro de una sociedad democrática), un grupo que ha desempeñado un papel clave en la evolución de la Nueva Izquierda. Su carta de fundación declaró que los valores imperantes en las universidades norteamericanas eran los de un físico esbelto y el pelo bien cortado (*the values of the slim-hipped and the bullet-headed*). Declaración de Port Huron, publicada por el SDS) y que el objetivo de la nueva organización era revitalizar a la juventud nacional igual que Kennedy se proponía revitalizar al gobierno. Pero, mientras Kennedy se contentó con una revitalización, los estudiantes reunidos en Port Huron (Michigan) pregonaron abiertamente la necesidad de ir más allá, de radicalizarse políticamente. Los miembros del SDS en aquellos momentos —en su mayor parte blancos veteranos de las Marchas por la Libertad en el sur del país— se dieron cuenta de que la inmensa clase media norteamericana, dispuesta en cierto grado a conceder los **derechos civiles** a los negros, no está dispuesta ni mucho menos a realizar los sacrificios necesarios para extender los **derechos sociales** a los desprivilegiados del país, cualquiera que sea el color de su piel.

Si en esos momentos de principios de la década hubo algunas esperanzas de reforma o reconciliación, desaparecieron por completo con la muerte del presidente Kennedy. Al principio no se vio claramente que las cosas eran así, pero un año después de la muerte de Kennedy era ya obvio que no quedaba nada que esperar.

Bajo Kennedy el ímpetu hacia el cambio había sido lo bastante como para inquietar a los elementos conservadores del país. Pero el instinto de Johnson le conduce hacia el poder establecido y bajo el taldio de sus palabras los principales dirigentes financieros, industriales y laborales del país, ocupaban lugares destacados. Pronto dejó el gobierno federal de inspirar a nadie; solamente reaccionaba ante las demandas de quienes tenían poder para articular y defender sus intereses dentro del **statu quo**.

Cuando la guerra contra la pobreza declarada por Kennedy dio señales de debilitar en lo más mínimo al Partido Demócrata al incomodar a sus mecenas financieros, dicha guerra se convirtió en una esca-

ramuza de opera bufa. Había, por ejemplo, campañas serias para mejorar las condiciones de vivienda en algunas barriadas, pero terminaban en cuanto algunos dueños de fincas raíces en ciudades como Nueva York o Chicago o Pittsburg se mostraron renuentes en verter sus contribuciones anuales a las arcas del Partido Demócrata. Desde ese momento, las huelgas de pago de alquileres y las sentadas de protesta se convirtieron en clases de costura para señoras o jardines de infancia. Si los centros locales que recibían fondos de la Oficina de Igualdad de Oportunidades (OEO) no se conformaban con este cambio, se les suprimían los fondos.

Este frenazo a nivel nacional a las tareas de renovación iniciadas por Kennedy hizo que muchos jóvenes que salieron de las universidades con la intención de ser trabajadores sociales, se consideraran pronto agitadores y se integraran en la Nueva Izquierda.

En agosto de 1965 ocurrió (o antiocurrió) el incidente del golfo de Tonkin. Desde entonces la tasa de conscripción militar ha sufrido un aumento notable, mientras los programas de lucha contra la pobreza se debilitan cada vez más. Esto produjo un cambio en las actividades de la Nueva Izquierda. La lucha contra la guerra se convirtió en otro de sus objetivos. Dentro de las universidades protesta contra la guerra y la conscripción e intenta conseguir para el estudiantado mayor voz en la administración académica. Fuera de la universidad continúa trabajando en algunos barrios pobres de las grandes ciudades, pero al mismo tiempo se opone a la guerra en otros ámbitos.

Sobre los resultados de estas actividades en los barrios conviene recordar que durante los motines de Newark del verano de 1967, los actividades del Newark Community Union Project fueron de los pocos blancos que podían pasear por el barrio sin ser atacados. Lo mismo ocurrió en Detroit y otras ciudades.

Durante su historia relativamente breve, la doctrina de la Nueva Izquierda —o más bien su falta de doctrina— ha ido completándose y adquiriendo un contenido más radical al enfrentarse con los problemas concretos.

Entre los primeros brotes de actividad que tendieron a definir al movimiento, está la huelga estudiantil de Berkeley, universidad de California, en el otoño e invierno del curso 1964-1965.

La protesta inicial que provocó la huelga fue una queja contra la limitación de la libertad de palabra. Unos congresistas del Estado de California habían decidido que era excesivo el activismo izquierdista en Berkeley y las autoridades universitarias intentaron limitarlo ante la amenaza de una reducción del presupuesto (Berkeley es una universidad oficial del Estado de California). El motín estudiantil contra

esos intentos se inició alrededor del Movimiento en pro de la Libertad de Palabra (**Free Speech Movement**), pero rápidamente se convirtió en una acción de mucho mayor alcance. De ser simple defensa de las libertades básicas, la protesta pasó a ser un grito de protesta de un estudiantado harto de la «multiversidad» de Clark Kerr (el rector). Por primera vez en los Estados Unidos tuvieron lugar reacciones en masa contra las clases de 3.000 alumnos dictadas por televisión, contra exámenes corregidos por máquinas IBM, contra un sistema que insistía en la despersonalización del individuo. La universidad de California, aducían los estudiantes, no se maneja en favor de los estudiantes ni en pro de los profesores, es una corporación controlada por y para sus propios administradores.

La experiencia de Berkeley en combinación con experiencias en otros lugares formó un punto clave en el pensamiento neozquierdista: la rebelión contra una sociedad basada en la conveniencia administrativa.

Mucho de lo que ha pasado desde entonces puede explicarse como un esfuerzo de la juventud radicalizada por restablecer la responsabilidad personal dentro de un sistema despersonalizado. Si las instituciones creadas para el bien de un grupo determinado dejan de funcionar, si todas las iniciativas se pierden dentro de la burocracia, entonces las personas perjudicadas tienen derecho a parar el sistema por los medios más convenientes, bien sea con huelgas o desobediencia o por insurrección civil. El activismo se propone establecer de nuevo la responsabilidad personal, o sea provocar una confrontación humana capaz de borrar la indiferencia burocrática. Si esto resulta imposible, la gente abandonada por sus propias instituciones tiene derecho a pararlas, desmontarlas e incluso reemplazarlas por «instituciones paralelas».

Esta visión de una relación dinámica entre la sociedad y el individuo caracteriza al pensamiento de lo que ahora se llama «democracia participativa». Es así una línea política flexible, reformista o revolucionaria según las circunstancias. Reformista si los líderes institucionales están dispuestos a aceptar la participación del pueblo en las funciones gubernamentales y se pliegan a las necesidades del pueblo; revolucionaria, cuando las clases dirigentes tienden a cerrar los ojos ante el clamor popular. En la situación actual de Estados Unidos, dadas las circunstancias, el movimiento es fundamentalmente revolucionario.

Las ideas de la democracia participativa hacen hincapié en dos cosas que el oficialismo norteamericano prefiere ignorar. Primero, la democracia verdadera presupone un compromiso existencial entre el gobierno y el pueblo. Por lo tanto, requiere células sociales de un tamaño y una naturaleza que

permitan a cada uno intervenir en los asuntos de su interés. Segundo, los partidos políticos que son aglomeraciones de intereses de grupo suelen pervertirse en instrumentos de coerción, haciendo que las elecciones en las que se enfrentan tales partidos tengan la misma validez política que un concurso de belleza. Puede que se vote por la menos fea entre las feas o la más bonita entre las bonitas, pero esas elecciones son absurdas en una sociedad cuyas microestructuras son antidemocráticas; es como nutrir al cuerpo social con el equivalente político de los alimentos predigeridos para bebés. Están muy bien para los lectores burgueses de **Time** o **Newsweek**, pero para las personas que formaron su personalidad madura luchando por sobrevivir en la jungla asfaltada de las barriadas urbanas, el asunto es menos que substancial. El mismo sentimiento brota en el hijo del lector de dichas revistas, después de pasar sus vacaciones de verano en la cárcel de Mississippi u organizando manifestaciones contra la conscripción.

Dada esta visión del proceso electoral estadounidense, la Nueva Izquierda en los dos últimos años ha dado un paso más en su evolución. Donde antes apoyaba candidaturas independientes o populares en elecciones para concejales municipales o representantes estatales, ahora la tendencia es hacia una agitación constante con fines concretos. Se habla de la política como vocación y no como actividad ocasional y se trata de organizar a los estudiantes y a los desposeídos para defender sus propias necesidades. Si una escuela vecinal parece inadecuada a sus alumnos, se organiza una huelga para parar la escuela hasta que responda a las demandas de los padres y los alumnos. Si los decanos permiten a la Dow Chemical Company, principal productor de napalm, el reclutar personal en las universidades, se organiza una manifestación, manifestación que paraliza las actividades del representante de la Dow.

Esta «política constante» se contraponen al sistema electoral vigente en Estados Unidos, donde la vida política es hueca y moribunda, a la espera de las elecciones y, se anima durante la campaña electoral, al cerrarse los colegios electorales suelen desorganizarse las campañas y volver a la inercia anterior. Además, luchar contra los medios propagandísticos del oficialismo norteamericano en su mismo terreno —en las esporádicas elecciones— se parece demasiado a un intento de nadar en un río de caramelo. La Nueva Izquierda intenta así batirlo en otros terrenos, en los terrenos que tiene totalmente abandonados.

La Nueva Izquierda representa, pues, una radicalización de la conciencia moral y política de la juventud norteamericana. Es un intento de establecer la identidad y el valor del individuo en una sociedad

que responde a la necesidad humana con tales estadísticas sobre la producción en masa. Ocurre también que, en el país más organizado del mundo, la Nueva Izquierda aborda, con profundas aprensiones el problema de su propia organización. Una reunión del SDS o de cualquier grupo activista en una universidad se convierte frecuentemente en un debate interminable sobre la manera de actuar sin estructurarse. ¿Cómo dejar al organismo surgir del hecho? ¿Cómo evitar el vicio capital del oficialismo, el crear esqueletos burocráticos incapaces de contener carne vital?

Dichos debates, aunque necesarios, rechazan también a mucha gente. En los centros estudiantiles se oye a menudo que la Nueva Izquierda no hace más que hablar. Para la persona que necesita hechos palpables, acostumbrada al examen que certifica el valor de sus conocimientos, al automóvil que confirma su status como elemento participante en la buena vida, hay algo de superfluo en este esfuerzo por revitalizar el ambiente humano. Sin embargo, los estudiantes conformistas siguen sintiéndose inquietos, afligidos con neurosis cada vez menos explicables dentro de su visión del mundo, precisamente hasta que cambien su visión del mundo. Y en la medida en que muchos de ellos la han cambiado, aumenta el número de manifestantes contra la guerra en Vietnam y el de jóvenes lo bastante desencantados con su mundo como para preferir marcharse al Canadá antes que ingresar en el ejército.

Los estudiantes de Stanford e Iowa, dos universidades importantes, eligieron a la presidencia de sus consejos estudiantiles a candidatos de orientación neozquierdista el año pasado y, dicho sea de paso, los choques de los presidentes con el oficialismo radicalizó aún más a la masa estudiantil. El presidente del consejo de Stanford renunció a los seis meses con una denuncia del obstruccionismo de la administración universitaria; el de Iowa fue impugnado y relevado en una elección nueva muy dudosa, organizada por dirigentes universitarios amedrentados con la posibilidad de un recorte en los fondos entregados por la legislatura estatal a la universidad.

El Poder Negro

El **Black Power** (Poder Negro), como los hippies y en contraste con la Nueva Izquierda, cuenta con numerosos elementos no universitarios. El término **Black Power** comenzó a oírse en la primavera de 1966. Al llegar el verano era ya el mote predilecto de la burguesía blanca y negra para tildar, con un halo de extremismo, a todo movimiento que intentara cambiar la situación actual de los negros. Las fuerzas que encontraron su representación en el **Black Power** estaban latentes en la situación creada

—esperanzas más brutalidad policiaca— por el movimiento de los derechos civiles. Cada vez era más grande la presión para abandonar la vía pacífica de lucha. Los jóvenes negros del Student Non-Violent Coordinating Committee (SNICK, Comité estudiantil no violento de coordinación) se sentían cada vez más decepcionados. El Congreso federal había aprobado una serie de reformas legislativas, pero sin tocar para nada el problema de la desigualdad social de grandes masas de color. La frustración de los organizadores negros fue en aumento. Sintomático del momento fue un artículo aparecido en la revista **Greenwich Village Voice** en el otoño de 1965. El reportero entrevistó a un miembro del Snick y, respondiendo a una pregunta sobre la eficacia de sus tareas en el sur, éste dijo: «En los últimos tres meses he asistido a los funerales de 23 amigos... veintitrés... Hombre, esos son demasiados funerales».

De esta situación de violencia unilateral a una de violencia recíproca hay un paso muy corto. Y ese paso fue dándose a partir de 1966. Comenzaron a circular rumores de que grupos como el Snick, el Core (Congreso para la Igualdad Racial) y el Ram (Movimiento de Acción Revolucionaria), estaban adquiriendo armas. Frases como «la violencia defensiva» y «el derecho de las minorías a auto-definirse», hicieron su aparición.

Así se fue elaborando una doctrina, la del Poder Negro, que se basa en unas cuantas ideas claras: los negros siempre habían actuado conforme a los conceptos e ideas blancos, hora era de que buscaran sus propios conceptos e ideas; el negro sufría una crisis de identidad y tenía que descubrir una posición intrínsecamente suya; separarse de la sociedad blanca y crear sus propios valores, como único método en que la comunidad negra podrá negociar luego con la comunidad blanca sobre una base de igualdad. La idea fundamental era pues un ataque contra el movimiento de integración racial y contra la colaboración de blancos y negros en ese movimiento: primero descubrir e independizar al negro como tal —para lo cual sobran los blancos cualquiera que sea su conciencia social— y luego pactar con los blancos en condiciones de igualdad —en lo que pueden ayudar mucho los blancos radicales, convenciendo a sus propios hermanos de raza.

El Snick fue tal vez el elemento clave en la formulación de esta nueva doctrina. Trazar rápidamente su historia puede quizá aclarar el movimiento. El Snick, que había nacido como rama estudiantil del Southern Leadership Council de Martin Luther King, evolucionó rápidamente hasta convertirse en una organización autónoma. Dirigente del Snick en 1965 era el carismático Bob Parrish, persona con grandes preocupaciones cristianas. Añoraba un

cristianismo primitivo, natural, orgánico y casi anarquista. Solía decir que le inquietaba la existencia del Snick como entidad estructurada, tanto como su derecho a encabezarlo. Bob Parrish usaba el apellido de su madre porque el de su padre —Moses (Moisés)— hacía que el campesinado del sur del país le tomase por una figura bíblica. Cuando renunció a la jefatura del Snick, se fue a Mississippi donde sigue trabajando de acuerdo con su propia visión, una especie de pacifismo militante.

El año 1965 fue un periodo de transición para el Snick, pero en el verano hubo brotes de violencia urbana. Sobre todo éste fue el año de la gran insurrección en el barrio negro de Watts, en Los Angeles. Las cámaras de televisión mostraron gráficamente en esa ocasión la especial brutalidad que reservaban las fuerzas del orden blanco para los sublevados negros: patadas, garrotazos y fusiladas, todo ello reforzado por el odio racial. La prensa nacional y la «gente decente» dieron muestras de mucha más compasión por los comerciantes blancos cuyas tiendas fueron violentadas, que por la frustración negra cuya gravedad pusieron dramáticamente de relieve los motines. Las legislaturas estatales y el Congreso federal se lamentaron emocionadamente por las destrucciones en la propiedad privada, pero mostraron poco afán en corregir la injusticia y la explotación que habían conducido a los negros a amotinarse. Además la guerra que de veras apasionaba ya al oficialismo era la guerra de Vietnam.

Este es el trasfondo que permitió al **Black Power** hacerse visible meses más tarde. Habiendo sido el grupo más eficazmente no violento, el Snick se convirtió en la tendencia más amargada y frustrada. En esas condiciones James Foreman, el jefe que había sucedido a Bob Parrish, fue rebasado por la realidad, no fue lo bastante militante, y a comienzos de 1966 fue elegido jefe del Snick un hombre nacido en la isla de Trinidad y que, tras una niñez vivida en uno de los tugurios peores de Nueva York, había sacado un título de filosofía en la universidad de Howard, en Washington. Se llamaba Stokeley Carmichael. Stokeley comenzó a hablar ya oficialmente de aplicar la violencia defensiva, aunque seguía apoyando las tácticas no violentas, mientras fueran eficaces. Stokeley fue además el primer orador negro, fuera de Martin Luther King, capaz de inspirar a las masas. Su dialéctica y su técnica del debate le permitieron enfurecer a los reporteros blancos, y su agresividad y determinación aterrorizaron a los blancos.

En el verano de 1966, los grupos como el Snick concentraron sus ojos con especial interés en los focos de descontento del norte del país. Descubrieron también la contradicción entre la guerra de Vietnam y la guerra contra la pobreza o, más gene-

ralmente, entre la guerra y los intereses de los desposeídos en la sociedad norteamericana. Notaron también que un alto porcentaje de los soldados rasos en Vietnam eran negros y que el índice de muertos y heridos entre ellos mucho más elevado que el índice blanco.

Hubo unos momentos de indecisión, mientras buscaban una táctica eficaz para luchar en las circunstancias nuevas de las grandes ciudades del norte del país. Comenzaron así a colaborar con la Nueva Izquierda con la intención de formar partidos locales (partidos Pantera Negra) capaces de ganar elecciones locales de juntas de educación o de las llamadas juntas de los pobres establecidas por la Oficina de Igualdad de Oportunidades. Los partidarios del **Black Power** no fueron los organizadores de los motines del 66, como el oficialismo intentó hacer creer, pero tampoco los condenaron. Su opinión era que si los motines servían para algo en la lucha por crear una sociedad negra coherente, tanto mejor.

La intervención del **Black Power** y del Snick en los motines de 1967 fue ya mucho más decidida, intentaron darle un contenido político a la lucha desesperada de los habitantes de los barrios desheredados. Ayudó en esta nueva radicalización del Snick el hecho de que su jefe el año pasado fuera Rap Brown, cuatro años más joven que Stokeley Carmichael, mucho más truculento y menos filosófico que éste y, si fuera posible, hasta más brusco con la prensa blanca.

Aunque está de moda que los universitarios negros se declaren partidarios del **Black Power**, el movimiento en sí ha rebasado los círculos académicos y ha perdido carácter estudiantil. Ahora el Poder Negro es asunto de los barrios, de las escuelas públicas y de los comités de defensa vecinal que van armándose (algo quijotesicamente) frente a las amenazas policíacas. Desde este punto de vista tiene raíces y una vitalidad de que carecen tanto los hippies como la Nueva Izquierda.

Y sin embargo, teóricamente al menos, el Poder Negro es quizás menos revolucionario que los otros dos movimientos de la subcultura norteamericana. Hablando con los activistas del **Black Power** se nota una cierta inseguridad en cuanto a sus propias metas. Todos quieren una vida mejor, una identidad negra orgullosa y fuerte, pero hasta el momento el **Black Power** no ha producido ningún pensador tan analítico o tan visionario como un Carl Oglesby o un Tom Hayden, pertenecientes a los Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS).

Mientras los dos grupos se muestran fascinados por Cuba, los del **Black Power** se encuentran más o menos en el camino entre Moncada y la Sierra Maestra, mientras la Nueva Izquierda se interesa más en la revolución como etapa superior en la

evolución histórica.

El **Black Power** habla de la guerrilla urbana y hace analogías para justificar esta línea política que parecen no excesivamente convincentes. La Nueva Izquierda, aunque comprende las razones del radicalismo extremo de la comunidad negra, duda de la aplicación de tales tácticas a la realidad norteamericana.

La Nueva Izquierda, y en eso está de acuerdo con los **hippies**, tiende a creer que la revolución interna se producirá después de una crisis —que hay que acelerar— que pondrá en entredicho todas las antiguas formas sociales, especialmente el mito moderno de la producción **ad infinitum**. La Nueva Izquierda cree también en la necesidad y eficacia de la desertión de las formas sociales que ya no cumplen su cometido. Esta táctica puede llegar a ser tan violenta como la misma insurrección civil, como fácilmente se advierte al considerar la reacción oficialista frente a la resistencia contra la guerra en Vietnam.

Resumiendo este panorama de la subcultura norteamericana hay que hacer una primera constatación: en contraste con la situación de hace diez años hoy existen focos de descontento bastante fuertes dentro de los Estados Unidos, especialmente, pero no exclusivamente, entre la juventud.

Por un lado están los **hippies** cuya visión de la sociedad ideal parece sumamente utópica: vida comunal, desprecio de la propiedad privada, la creatividad contrapuesta al consumo, la no violencia, libertad antes que autoridad y rechazo total de los gobiernos tales como se conciben en la actualidad. Estas reclamaciones implican una línea política obvia, aunque sus mismos adherentes renieguen de la política.

Por el otro lado están el **Black Power** y la Nueva Izquierda. El **Black Power** actualmente opera especialmente en la organización de grupos de presión en las barriadas pobres, en política electoral a base de candidaturas negras independientes y en la resistencia a la conscripción militar y la brutalidad policiaca. La Nueva Izquierda también trata de organizar a los grupos desposeídos de la sociedad norteamericana sobre todo a los blancos pobres que existen en gran número en algunas ciudades del medio oeste y en las zonas mineras de los Apalaches (Kentucky, oeste de Virginia, Tennessee y Pennsylvania), forma la columna vertebral del movimiento contra la guerra de Vietnam en casi todas sus formas, agita reclamando cambios radicales en el sistema universitario y organiza las llamadas « universidades libres ».

Como resultado de todos estos acontecimientos, se

organizó en Chicago en septiembre del año pasado una Convención Nacional para una Nueva Política. Asistieron a ella varios grupos negros, grupos neozquierdistas y hasta algunos liberales. Durante sus reuniones lograron coordinar hasta cierto punto sus actividades contra la guerra y en pro de las comunidades desposeídas, y se mostraron dispuestos por lo menos a considerar la idea de prestar su apoyo de conjunto a un candidato presidencial en las elecciones de noviembre de 1968 que proteste contra el **statu quo** en Estados Unidos. Lo más importante de todo no fueron, sin embargo, los acuerdos de principio a que se llegaron, sino el hecho de que 4 000 líderes radicales de todo el país hubieran logrado reunirse por primera vez para tratar de esos problemas. Fue un testimonio sumamente elocuente del sentido de la crisis del sistema imperante y lo más probable es que haya más reuniones a gran escala y protestas mejor organizadas en el porvenir, como resultado de esta colaboración.

Pero tal vez más indicativo de la crisis espiritual por que atraviesa la sociedad norteamericana actual —especialmente su juventud— son los comentarios recientemente publicados por un estudiante de la universidad de Berkeley que pasó 90 días en la cárcel por su participación en los motines de 1964. Dijo que ahora hay dos revoluciones en Norteamérica: una, tradicional, de los oprimidos contra sus explotadores; y la otra, tan insólita, que ni siquiera tiene aún nombre ni caracteres claros a pesar de que estamos forzosamente inmersos en ella. En este sentido, dijo el estudiante de Berkeley, los detenidos por el uso de las drogas son tan prisioneros políticos como los mártires del **Black Power** o quienes rehusan ir al ejército.

Algunos círculos han comenzado a llamar a esta segunda revolución, la revolución cibernética, la de la automatización y la superabundancia. Los recursos están a la mano, técnicamente existe ya por primera vez la posibilidad de alimentar y dar techo a toda la humanidad. El **Black Power** lo sabe, pero tiene por delante aún como tarea la revolución tradicional por mejorar el nivel de vida de las masas negras superexplotadas. Lo sabe también la Nueva Izquierda a la vez que se da cuenta que es imposible vivir en el sistema norteamericano si se quiere ser humano, recto, y no oportunista. Quizás sea también un hecho nuevo que minorías cada vez más amplias de los países « desarrollados » se rebelen violentamente contra el sistema imperante, demostrando así palpablemente que no sólo de pan vive el hombre y que, además de productor, el hombre es también un ser humano.

Nosotros, sacerdotes católicos, delegados al Congreso Cultural de La Habana, convencidos :

De que el imperialismo constituye en la actualidad y particularmente en el Tercer Mundo un factor de deshumanización que destruye los fundamentos de la dignidad individual, atenta contra la libre manifestación de la cultura, impide las formas auténticas del desarrollo humano y propicia situaciones de subdesarrollo cada día más agudas y oprimentes ;

De que pese a las divergencias existentes entre el cristianismo y el marxismo sobre la interpretación del hombre y del mundo, es el marxismo el que proporciona el análisis científico más exacto de la realidad imperialista y los estímulos eficaces para la acción revolucionaria de las masas ;

De que la fe cristiana implica amor traducido en servicio eficaz a todos y cada uno de los hombres ;

De que el sacerdote Camilo Torres Restrepo, al morir por la causa revolucionaria dio el más alto ejemplo de intelectual cristiano comprometido con el pueblo.

NOS COMPROMETEMOS con la lucha revolucionaria ant imperialista, hasta las últimas consecuencias, para lograr la liberación de todo el hombre y de todos los hombres.

POR TANTO condenamos el bloqueo económico y cultural que el imperialismo norteamericano tiene establecido a la República de Cuba, primer territorio libre de América ; condenamos la guerra de los Estados Unidos al Vietnam, como el atentado más monstruoso del imperialismo contra la libertad de un pueblo situado en el área del Tercer Mundo ;

Rechazamos cualquier forma de colonialismo y neocolonialismo por ser producto del imperialismo alienante y deshumanizante.

Monseñor Germán Guzmán (Colombia) ; Paul Blanquart (Francia) ; Alberto de Ecurdi (México) ; Carlos Zaffardi (Uruguay). Ponencia presentada al Congreso Cultural de La Habana, enero de 1968. Este texto fue leído por Fidel Castro en su discurso de clausura del Congreso, el 12 de enero de 1968.

Pablo VI y la guerra de Vietnam

1. Las razones de la intervención

Siempre que el papa habla del Vietnam comienza con un lamento sobre la falta de paz en nuestros « atormentados tiempos ». Todo lo que el papa diga, todo lo que analice, todo lo que proponga, lo hará en función de la paz. Por ello, creo que un análisis de la intervención del papa en la guerra de Vietnam, tiene que ir precedido de una exposición del concepto pontificio de paz y del papel que el papa quiere jugar en la búsqueda de esa paz.

En la homilia de Cova de Iria¹ (un mal sitio para habar de paz, evidentemente), Pablo VI dice que al estar el mundo en peligro, nosotros debemos pedir a Dios el don de la paz « porque esta paz, sí, es un don de Dios, que supone la intervención de su acción [...] un don que no es siempre un don milagroso ; es un don que realiza sus prodigios en el secreto de los corazones ». Estamos ya aquí ante una manera peligrosa de meter a Dios en los asuntos de este mundo. Si la paz no existe es que nosotros no somos dignos de este don de Dios : reformémonos, pues, reformemos nuestras costumbres, nuestro espíritu, nuestro corazón : si todos reformamos nuestro corazón la paz vendrá del cielo. El papa nos recomendará que seamos « buenos, sabios, abiertos a la consideración del bien general del mundo », que no pensemos « en proyectos de destrucción y de muerte, de revolución y de subversión ».

Esta manera moralizante de considerar la paz le llevará de la mano a afirmar que la verdadera causa de la guerra « es que los espíritus no están unidos »². En lugar de acabar con las verdaderas causas económicas, sociales y políticas de la guerra, el papa cree que lo que hace falta es algo que aglutine los espíritus, algo que les dé esa unidad de base, algo que, estando por encima de los espíritus y, a la vez, en el interior de cada uno, acabe con todas las diferencias, los egoísmos en las relaciones internacionales, los proyectos de dominación, etc. Es evidente que ese algo sólo puede ser la religión católica : « el verdadero fundamento sociológico de la paz entre los hombres reside en la unidad que establece la religión cristiana »³. Nada importa que no se pueda ofrecer como ejemplo los gloriosos tiempos en que, realmente, la religión cristiana era el fundamento sociológico de la sociedad europea. Nada importa el recuerdo de las guerras de religión. A pesar de eso sigue siendo cierto que la cristianización de la sociedad es previa a la consecución de la paz.

Si la paz es un don que Dios regala a los hombres, si su fundamento es la unidad que la religión cristiana proporciona a los espíritus y a la sociedad, su definición más acertada será la de « reflejo del orden querido por Dios »⁴. Ahora bien, elucidar cuál sea el orden querido por Dios en la tierra, un asunto de la Iglesia. Los hombres y en general la sociedad humana, impotentes por sus propios medios para llegar a la consecución de este orden querido por Dios y, por tanto, impotentes para conseguir la paz, tendrán necesidad de recurrir a la Iglesia para que ésta les indique el camino y les trace las líneas fundamentales tanto del orden como de su reflejo. El papa, preocupado por la obtención de uno y de la otra (del orden y de la paz) dedicará todos sus esfuerzos a ayudar a los hombres en esta empresa. Desde el primer discurso de su pontificado el papa se propuso como meta « realizar todos sus esfuerzos para el mantenimiento de la paz entre los hombres »⁵. Nadie duda que esta ayuda que el papa quiere aportar a los hombres es « sincera y desinteresada »⁶ y « no inspirada por intereses particulares »⁷.

La desnaturalización del problema de la paz y de la guerra y de sus relaciones con la sociedad, la ética y la religión está, pues, en la base de la intervención pontificia. Un problema sociopolítico es moralizado, el moral debe ser un reflejo, una realización, de lo revelado por Dios. La Iglesia es la guardiana de la revelación de Dios en la tierra... Por consiguiente, el jefe de la Iglesia debe intervenir en los problemas sociales y políticos.

Una vez planteado así el problema, la defensa de la paz se convierte automáticamente en la defensa del orden social en el que la Iglesia, representante de Dios en la tierra, cumpla una misión social o, para emplear el lenguaje pontificio, sea el fundamento sociológico de la unidad entre los hombres. La confusión que de aquí se deriva es evidente: la defensa de la paz pasa a ser la defensa de la « civilización cristiana occidental » slogan de todos los totalitarismos; la defensa de la paz es la condena de todo movimiento revolucionario al que se designa con el despectivo calificativo de « terrorista ». Confundidos todos los planos, la Iglesia dedicará todos sus esfuerzos a la defensa de un determinado orden social que pasa por ser más conforme con la ley natural y con la revelación.

Únicamente presentando así, el problema es como los papas podrán ofrecer su colaboración, es decir, de hecho, justificar su intervención. Utilizando a la Iglesia como soporte de la sociedad, esta intervención pontificia, y las modalidades que revestirá, no proviene ya de su cualificación como Pastor máximo de una comunidad religiosa, sino más bien de su calidad de jefe del Estado Vaticano. De esta forma, actuando como un jefe político cualquiera, todo su interés será que los católicos de todo el mundo actúen, ante los problemas que él examina, según las directivas que emanan de un poder político-religioso. El papa es consciente de la fuerza que en un momento determinado puede tener una actuación común de todos los católicos⁸.

Se ha producido así una peligrosa confusión que los cristianos tenemos

obligación, contra viento y marea, de deshacer. La utilización de Dios como explicación del mundo es debida únicamente a la imposibilidad que el mundo tenía de explicarse a sí mismo. Esa utilización era resultante, y causa, del dominio y la confusión de la Iglesia sobre la sociedad civil. Las fronteras de la sociedad eran las fronteras de la Iglesia y el solo hecho de entrar a formar parte de la sociedad civil, el solo hecho de nacer, estaba ya cargado de consecuencias religiosas, significaba la entrada en la Iglesia. Hoy estamos ya en condiciones de deshacer estos equívocos : Dios no explica nada ; no es la justificación de nuestras impotencias ; no es la necesidad, realizada en sí, de nuestros deseos imposibles, de nuestras nostalgias de paraísos perdidos. La fe en ese Dios no puede imponer una visión determinada del mundo, unas opciones concretas, un análisis trascendente de la sociedad mundana. Y por ello los que comulgan en esa fe, la Iglesia, no tiene ninguna misión que cumplir como tal respecto a la sociedad.

Esto no quiere decir que nuestra fe, como nuestra pertenencia a esa Iglesia, no nos imponga una ética. En realidad, la fe cristiana es en sí misma una ética : el reconocimiento de la supremacía del ser humano, del carácter inviolable de la persona ; el reconocimiento del absoluto que es el otro que está frente a nosotros. Por ello, el hombre de fe, igual que todo hombre que crea, que opte, por el hombre, no puede silenciar los ataques, las explotaciones y las opresiones de ese « otro » al que él concede un valor absoluto. Pero este hablar en nombre de la fe no puede ir más allá de una denuncia : dondequiera que el hombre es oprimido el cristiano, por un doble título, tiene que denunciar al opresor. No puede callarse por no sé qué razones de estrategia o de eficacia. Su fe le exigirá también, indudablemente, actuar, « dar la vida por los hermanos », pero cuando intenta saber qué camino escoger en su actuación el creyente no puede esperar que su búsqueda sea ahorrada por las directivas de una supuesta revelación que le indicaría el camino. Por su fe él no sabe si la solución a un determinado problema sociopolítico, en el que se juegan los destinos del hombre, es ésta o aquella. Su fe es una exigencia para la búsqueda, pero en el punto de partida de esa búsqueda como en su punto de llegada la fe no le regala nada : lo que encuentre lo habrá encontrado en tanto que hombre y, por mucha autoridad política o moral que posea, no podrá imponerlo a los otros, no es ésta su misión. Entre otras cosas porque su fe no le asegura la veracidad de su búsqueda.

No es el objeto de este artículo tratar de la relación entre fe, ética y sociedad. Estas breves indicaciones deben bastarnos para comprender que el papa al confundir, siguiendo una vieja tradición, los campos ; al confundir Dios y explicación del mundo, Iglesia y sociedad, utilizará su persona y su cargo no para hablar, la mayoría de las veces, en nombre de la fe que él y nosotros profesamos. El pensará que es necesario « hacer política », analizar los fenómenos, indicar sus causas, proponer una solución, esbozar unas condiciones de compromiso. Y, abandonando su misión de denuncia profética, caerá en la tentación de ser personalidad política.

Los papas (todos lo sabemos) hace ya mucho tiempo se dedican a la política. Nosotros, un buen número de cristianos, creemos que no es esa su misión. Ellos, sin embargo, lo hacen. Al denunciar aquí esa intrusión en un terreno que no le corresponde, queremos también denunciar la manera, el modo de hacer esa política. Porque una vez más, desgraciadamente, los análisis y las proposiciones pontificias concuerdan con las tesis que sostienen los opresores, o al menos se les acercan peligrosamente. Al criticar, en este artículo, esta manera determinada de política pontificia, quisiera que quedara bien claro que esta crítica la haría también si el papa en nombre de su fe quisiera imponernos soluciones « progresistas ».

2. Caracterización de la guerra de Vietnam

El análisis de la guerra de Vietnam que han hecho los obispos americanos, solos o en conjunto, parte de la tesis de que se trata de una situación « compleja »⁹. No nos podemos detener aquí en el examen de las posiciones del episcopado americano; sólo señalar que el examen pontificio supone también esta misma apreciación de fondo. La situación vietnamita es, por lo pronto, compleja. Esa complejidad es la causa de que los caminos de solución, que después examinaremos, aparezcan siempre « difíciles » a Pablo VI. Y esta tesis de la complejidad explica también la multitud de circunloquios que el papa emplea para caracterizar la guerra: así, entre otros, « el conflicto vietnamita », « el trágico espectáculo [...] de hermanos que combaten a los hermanos »¹⁰, « el conflicto sangriento », « la guerra encarnizada ». Ya desde ahora podemos notar que el papa no emplea jamás para caracterizar esta guerra la expresión de Ho Chi-Minh: « agresión »¹¹.

El intento de definición más preciso es ofrecido en el radiomensaje de Navidad de 1966¹². « Se trata al mismo tiempo de una lucha ideológica, de una guerra civil, de una batalla en la que participan unos ejércitos; el conflicto afecta a un punto neurálgico del equilibrio entre las naciones; las trampas, los medios puestos en obra y las pérdidas se multiplican; este afrontamiento concierne inevitablemente a las grandes potencias; trazos todos ellos que hacen esta guerra a la vez tan típica, trágica y amenazadora [...] »

Esta precisión no llegará, de todas formas, a definir con exactitud a los combatientes. Después de recorrer los múltiples textos pontificios no se sabe en realidad quienes son los participantes en esta lucha ideológica, en esta confrontación de ejércitos. Una orientación nos la podría dar los mensajes que el papa envía a los que de alguna manera cree comprometidos en la lucha. Así, una vez ha dirigido mensajes a Johnson, Thieu, Ho Chi-Minh, Podgorny y Mao Tse-Tung; otra vez se limitó a los tres primeros y una nueva vez a los « jefes de los dos Vietnam ». Podría parecer que la lucha ideológica tiene, unas veces, cinco participantes; otras, tres y, en fin, otras veces sólo dos. Dejando estas conjeturas, el papa define a los ideólogos « de un lado y del otro », hay « dos partes en

presencia ». Estas dos partes están luchando (aunque U Thant no lo cree así) por motivos ideológicos y porque Vietnam, un pobre pueblo de campesinos que tiene la desgracia de poseer muchos kilómetros de costa, es un « punto neurálgico » de la estrategia mundial. El gran mito del « mundo libre » en lucha contra las ideologías cuyo sistema es la opresión política y social vuelve, pues, a tomar cuerpo. Es el telón de fondo de la preocupación pontificia.

No podemos seguir investigando qué hay detrás de esos « dos lados en presencia ». No podemos, por **a priori** injustificado, hacerle decir al papa lo que él no dice. Y en el estudio de la caracterización de esta guerra lo que nos parece más importante es precisamente lo que el papa no dice.

Así, el papa no menciona jamás la existencia del FNL. El es el gran ignorado, el ausente; a él nunca se le dirige un mensaje, nunca se le invita a sentarse en la mesa de negociaciones. Es indudable que el papa sabe su existencia y de ahí que hable de una « guerra civil », pero sin mencionarlo jamás explícitamente su existencia queda reducida a « los elementos subversivos, las guerrillas », palabras mágicas cuyos ecos inspiran al papa una instintiva reacción de condena, aunque no fuera más que por su intento sacrilego de transformar el orden querido por Dios. Contrariamente a algunos observadores realistas americanos, cuyo número aumenta a partir de la última ofensiva general, el papa parece subestimar la representatividad real, el arraigo popular y la fuerza de los despectivamente conocidos con el nombre de « terroristas ».

Pero así como no se habla nada del ejército popular del FNL, tampoco se menciona nunca la existencia de un ejército extranjero que ha invadido, en número superior a los 500 000 hombres, el Vietnam del Sur. El papa sabe, sin embargo, que hay soldados americanos en Vietnam porque ha intercedido cerca de la RDV para que los aviadores prisioneros fueran tratados según las reglas de humanidad¹³. No se dice que la presencia de este ejército ha impedido la realización de unas elecciones libres previstas en unos acuerdos internacionales, por el solo hecho de que, según los servicios americanos de información, estas elecciones iban a ser ganadas por los comunistas, y esto es contrario a la libertad y a la democracia. No se dice, contrariamente a lo que piensan influyentes senadores americanos, que el gobierno legítimo, al que los católicos deben obedecer siguiendo las indicaciones del episcopado vietnamita¹⁴, no duraría « ni un solo día » [R. Kennedy] si le faltara el sosten de un ejército extranjero. Se ignora que la presencia americana se debe, según un cínico reconocimiento del presidente de los Estados Unidos, a los intereses políticos de un país extranjero: « la clave de todo lo que hemos hecho es nuestra propia seguridad »¹⁵; se ignora que ningún pueblo, por muy seguro que quiera sentirse, tiene derecho a invadir a otro. Se silencia que la presencia americana es anterior a la « invasión del sur por el ejército del norte ». Nada de esto es recordado en los análisis pontificios.

La objeción más sencilla que se me podría hacer es recordarme que un papa no tiene por qué analizar una situación política controvertida y que

es, en realidad, difícil de describir. Es lo que yo creo. Pero ya que el papa analiza, si lo hace debe decirlo todo. Esto es, si quiere meterse en política y a la vez salvaguardar su imparcialidad, aún a costa de su misión denunciante, que analice imparcialmente, que exponga las tesis de ambos « lados », en lugar de exponer las de uno solo. Ahora bien lo que el papa dice y lo que calla en su análisis se asemeja o, en el fondo, se confunde con el análisis oficial americano.

Lo que en Pablo VI es « lucha ideológica » es, en Johnson, la contención del expansionismo comunista, de las ideologías totalitarias; las « dos partes » de Pablo VI recuerdan el análisis jonhsoniano según el cual la presencia americana se debe a la salvaguarda de la libertad de un país invadido « en plena violación de los acuerdos internacionales »; lo del « punto neurálgico » responde a la convicción americana de que si su ejército se retira todo el Sur-Este asiático se convertiría al comunismo: en la conferencia de San Antonio, Johnson veía tropas norvietnamitas en Laos, en Thailandia, en Birmania y recordaba que un golpe de Estado comunista había sido evitado por los pelos en Indonesia. La ignorancia del FNL en los análisis paulinos recuerda inevitablemente el deseo de Jonhson de encontrar « mañana mismo » a Ho Chi-Minh, ignorando la existencia del Frente como interlocutor válido, a despecho de su existencia real, más que probada, y de las proposiciones que en este sentido han expuesto algunos senadores de los Estados Unidos.

Al caracterizar así la guerra de Vietnam, Pablo VI se aleja de la « otra parte » y en su mismo análisis hay ya una opción política. Para Hanoi y para el FNL, no se trata de lucha ideológica, sino de independencia nacional; no se trata de expansionismo, sino de poder arreglar por sí mismos sus propios asuntos; no se trata de atentar contra la seguridad americana (lo podrían hacer muy difícilmente), ni de desencadenar un conflicto de más envergadura. Para ellos, no hay nada de todo esto. En la respuesta al mensaje que Pablo VI le había dirigido el 8 de febrero de 1967, Ho Chi-Minh le recuerda que el pueblo vietnamita lucha por algo que ama sinceramente: la paz; que esta paz es impedida por la presencia del « ejército que los imperialistas americanos han enviado al Vietnam del Sur »; que los americanos están cometiendo « crímenes monstruosos [...] napalm, productos químicos y gases tóxicos [...] que han violado los acuerdos de Ginebra ». Lástima que el presidente de la RDV se haya dejado llevar de la demagogia y llame a los americanos « agresores ». Quizá si no hubiera utilizado la demagogia, el papa, que no tiene intereses particulares, habría retomado alguna de las tesis del análisis nordvietnamita. Nosotros tenemos que señalar que, a no ser por el camino « confidencial » que utiliza a veces Pablo VI, el papa no ha ni siquiera recordado, mucho menos ha hecho suyas, las tesis de « la otra parte ».

3. Caracteres de la paz

Contrariamente a lo que piensa Spellman, aunque sin atreverse a desmentirlo, Pablo VI no cree, o al menos no dice, « que toda solución que

no sea la victoria es inconcebible»¹⁶. Pablo VI no ha llegado a decir que los soldados americanos están en Vietnam «en tanto que soldados de Cristo». En realidad no ha dicho nunca, a no ser por medio de circunloquios cuyo contenido es necesario descifrar, que haya soldados americanos en el Vietnam. Pero el hecho de no haber desmentido lo que a mí (dejando aparte la intención subjetiva) me parecen blasfemias objetivas del cardenal Spellman, indica ya que, como primer dato de esta caracterización de la paz vietnamita, el papa no piensa en modo alguno que los soldados americanos deben volver a los cuarteles de su propia nación. Al menos, nunca ha expresado este deseo.

Si es fácil hacer un estudio sobre la teoría de la paz de Pablo VI es, sin embargo, un tanto complejo saber qué clase de paz quiere para el pueblo vietnamita. Sólo tenemos dos expresiones repetidas hasta la saciedad. Se trata, en principio, de una «paz honrosa» u honorable. En efecto, el papa es sensible a que ninguno de los dos contendientes queden deshonrados por la paz. Por ello, en el mensaje de Navidad de 1966 decía que con la paz «el honor de los combatientes quedaría a salvo»¹⁷. Es una lástima que no se especifique el significado de «solución honrosa»; nosotros no podemos entregarnos a elucubraciones gratuitas para desentrañar el sentido esotérico que encierra esa mágica palabra. Nos bastará recordar que la idea de paz honrosa es retomada muchas veces por los dirigentes americanos, «cuyos ejércitos no han sufrido jamás ninguna derrota».

En la encíclica **Christi Matri**¹⁸ señala el papa la otra definición positiva de la paz: «paz en la justicia y en la libertad»; en la carta a U Thant¹⁹ para ofrecerle su colaboración vuelve a emplear las expresiones «solución honrosa y pacífica [...] a fin de que el pueblo de Vietnam pueda consagrarse en la serenidad, la libertad y la independencia a la reconstrucción de su patria»; en fin, a un grupo de visitantes vietnamitas les decía que «todo puede ser aún salvado por la paz, pero una paz en la justicia y la libertad, construida día a día, en la búsqueda de un orden querido por Dios, que comporte una justicia más perfecta entre los hombres»²⁰.

Si estas frases, y otras parecidas, tienen algún sentido (es posible que lo tengan) no podremos averiguarlo sin recurrir a otros textos pontificios por los que podamos saber quienes son los enemigos de la libertad y la justicia. Tomados en sí mismos, estos textos son abstractos, hablan de valores que sin contrastarlos con realidades concretas no quieren decir nada. Por ello el papa baja de los terrenos de la abstracción y nos dice que la paz en la libertad y en la justicia supone que «no se vean más sobre la tierra estos sufrimientos ocasionados voluntaria e inútilmente por la opresión política y social erigida en sistema»²¹. Este texto en el que se habla de la paz en general, y en el que se atacan a los que «persiguen a nuestros hermanos en la fe», nos indica claramente cual de los dos participantes en la lucha ideológica es el que merece el calificativo de «ideologías basadas en el error». Partiendo de la concepción pontificia

según la cual los comunistas son los « adversarios »²² y nosotros las « víctimas »²³ no es difícil, en el contexto internacional en el que el papa sitúa el conflicto vietnamita, saber qué entiende por « paz en la libertad y en la independencia ».

Esta conclusión (que no creo derivada de ninguna lectura indebida de los textos pontificios) se confirma por la respuesta que el general Thieu dirige a un mensaje de Pablo VI: « El gobierno y el pueblo de Vietnam esperan con todo corazón que una paz justa y duradera pueda ser realizada en la libertad, la justicia y el honor »²⁴. Si en lugar de donde dice « el gobierno y el pueblo de Vietnam », dijera « la Santa Sede », la frase del general Thieu podría ser firmada por Pablo VI. ¿Podemos concluir de ahí que la paz en la que piensan los dos es la misma? Responder afirmativamente sería pretender poseer la ciencia de la penetración de los corazones. Sólo podemos constatar que los dos emplean el mismo lenguaje y que el papa no le indica a Thieu, ni siquiera de manera educada y deferente, que la paz en la justicia que él proclama es, en algunos puntos, diversa de la suya. Por el contrario, Pablo VI sigue empleando las mismas fórmulas.

Esta semejanza de lenguaje se constata también examinando otros documentos. El 23 de diciembre de 1965, el papa en su habitual mensaje de Navidad²⁵, decía que el espíritu de paz que había nacido después de las trágicas experiencias de la última guerra estaba siendo suplantado por « las viejas y profundas tendencias del nacionalismo o por las nuevas ideologías que empujan a la subversión y a la dominación ». Es en estas ideologías donde el papa ve el verdadero peligro para la paz. En la encíclica **Mense Maio**, había señalado a la « guerrilla como fuente de sufrimiento » y la asimilaba al terrorismo²⁶. Aparte la equivocación que supone derivar los movimientos revolucionarios de una ideología; aparte la moralización formal a que se somete el proceso revolucionario que es siempre consecuencia de una opresión previa, lo más significativo es que tanto el general Thieu como el presidente Johnson piensan también que su acción se debe a una respuesta a estos movimientos subversivos y que la paz que ellos intentan establecer « no debe ser amenazada en el futuro por los portadores de ideas que Vuestra Santidad había calificado en su mensaje « de nuevas ideologías que empujan a la subversión y a la dominación »²⁷. Ya sabemos, pues, a falta de mayores precisiones, quienes son los que deben ser eliminados para que la paz no sea amenazada por los elementos que Su Santidad había tenido la precaución de denunciar.

Se podría objetar, sin embargo, que Hanoi también utiliza en su descripción de la paz los términos de libertad y de independencia. Lo que difiere, se podría contestar, es el contenido. Libertad, para Hanoi, es que los vietnamitas, de acuerdo con las estipulaciones de Ginebra, puedan arreglar por sí mismos sus propios asuntos; libertad es reivindicación de unas elecciones que les han sido impedidas. Independencia significa que el « ejército imperialista » cese su « agresión » y abandone Vietnam. Ninguno

de estos contenidos es recordado en las declaraciones pontificias. Si hemos podido comprobar que el general Thieu y Pablo VI hablan el mismo lenguaje, el paso siguiente es comprobar que Pablo VI y Ho Chi-Minh utilizan lenguajes diferentes.

Es cierto que el papa ha condenado también, como amenaza de la paz el « egoísmo en las relaciones internacionales » y quiere que la paz vietnamita sea alcanza en « conversaciones leales y sinceras, sin que predomine de una manera indebida el egoísmo nacional o las ambiciones de supremacía »²⁸. De todos modos, cuando el papa condena los movimientos revolucionarios condena hechos y no simplemente intenciones; cuando condena las « ambiciones de supremacía », condena intenciones sin designar los hechos en que se concretizan. La diferencia me parece fundamental. Porque si es cierto, y el papa no lo desmiente, que como dice Johnson, el ejército americano está en Vietnam para salvaguardar la libertad de esta nación, su intención es laudable y no caería bajo el lamento del papa. Supongamos, además, que ese « egoísmo nacional » predomina en las negociaciones pero no de una « manera indebida », sino bien dosificado, ¿ caería entonces bajo la condena ? Si el papa condena por su nombre a los movimientos revolucionarios, a las guerrillas, ¿ por qué no condena también por su nombre a los ejércitos invasores ?

A mi modo de ver, la explicación de esta paz que Pablo VI proclama hay que buscarla en su fórmula de « equilibrio entre las naciones », de la que Vietnam tiene la desgracia de ser un punto neurálgico. La Iglesia católica se está ya habituando al hecho de la estabilización de los sistemas socialistas; ha abandonado ya la idea de cruzada contra los « lobos disfrazados con piel de corderos », en expresión de Pío XII y aunque Pablo VI los sigue considerando como « el fenómeno más grave de nuestro tiempo » y como « organizaciones profundamente contrarias a lo que los católicos tienen de más querido » y con « las que es imposible ponerse de acuerdo »²⁹, de todas formas la idea de diálogo se está abriendo paso. Todos sabemos lo que, de una parte y de otra, hay detrás de este diálogo. Lo que nos interesa señalar aquí es que la Iglesia del diálogo sería feliz si este equilibrio, es decir, si esta estabilización de los dos sistemas encontrara su garantía en una autoridad internacional, hoy imposible. De un lado, la **pax americana**; de otro, la **pax soviética**. A condición de que ninguno de los dos sistemas intente arrancar al otro un pedazo de terreno. Ahora bien, Vietnam del Sur pertenece, por definición, al área de paz americana: ¿ no es una locura que haya elementos subversivos que quieran modificar lo que otros ya han determinado ? Equilibrios, sí; avances del socialismo, no (a menos que sea un socialismo cristiano). La desgracia del FNL es que al ser subversivo es necesariamente comunista, partidario de una ideología basada en el error. Y dialogar con los « hermanos que están en el error » es ya bastante peligroso como para sentir además la tentación de ayudarles a propagar y hacer triunfar sus ideas. Mientras, y como la paz americana no resulta muy fácil de mantener, los vietnamitas pueden seguir muriendo.

Después del análisis de la paz que proclama Pablo VI, creemos poder llegar a la misma conclusión examinando la paz que condena. En uno de los últimos mensajes de paz cuya intención era establecer todos los primeros de enero la jornada de paz (iniciativa fríamente acogida incluso por los moderados, que U Thant calificó sin entusiasmo de « oportuna »), Pablo VI nos dice que « la paz no puede estar basada en una falsa retórica de palabras [...] que pueden servir y a veces, por desgracia, han servido, para ocultar el vacío de un verdadero espíritu y de intenciones reales de paz, cuando no a cubrir sentimientos y acciones de dominación o intereses de partido »³⁰. La clave de este misterioso texto en el que, si no fuera por todo lo que ya sabemos acerca de la necesidad de Dios, de la moral y de la Iglesia para establecer la paz³¹, no acabaríamos de descifrar de quien se habla, nos viene dada dos párrafos más adelante por la condena explícita del pacifismo. El texto lo juzgamos tan importante que es necesario transcribirlo entero : « Es preciso, en fin, desear que la exaltación del ideal de la paz no favorezca la inercia de los que temen tener que dar su vida al servicio de su nación y de sus hermanos, cuando éstos están comprometidos en la defensa de la justicia y de la libertad, y que buscan solamente huir las responsabilidades y los peligros necesarios al cumplimiento de los grandes deberes y de las empresas generosas. La palabra paz no significa pacifismo, no oculta una concepción cobarde y perezosa de la vida ; proclama, al contrario, los valores más altos y universales de la vida : la verdad, la justicia, la libertad, el amor ». Más adelante, y dirigiéndose especialmente a los católicos, prevendrá contra « las trampas de un pacifismo táctico » que sólo intenta adormecer al adversario para destruirlo mejor y que desarma en los espíritus el sentido de la justicia, del deber y del sacrificio...

El papa había gritado en la ONU : « Jamás la guerra, jamás, nunca jamás » ; el papa había dicho en sus encíclicas : « en nombre del Señor : parad... »³². Algunos americanos creyeron poder utilizar las frases del papa y llegaron a manifestarse con pancartas en las que se podían leer estas frases. El movimiento pacifista se extendió : los universitarios se negaban a alistarse para matar a los vietnamitas, los intelectuales animan una campaña para no pagar impuestos con los que se fabrican bombas. El movimiento pacifista, despreciado en Europa por su romanticismo y su pretendida falta de eficacia³³ se convertía en un peligro... para la paz. Y en este momento son condenados porque se dejan arrastrar a la « trampa » por « cobardes », porque se adormecen frente al adversario. Es lamentable constatarlo : cuando en los discursos de Pablo VI se puede suponer que se habla de América en forma inequívoca (no hay « pacifismo » en el otro campo) y no solamente equívoca (hay egoísmos y ambiciones en todos los campos), quienes salen malparados no son los fabricantes de armas antipersonal, no los que emplean productos químicos, no quienes mandan destruir ciudades enteras. Todo eso es propaganda comunista. Todo eso no existe. Lo que existe son los pacifistas. Y es ahí donde está el peligro para la paz.

porque la paz es la defensa de la justicia y de la libertad, porque se niegan a empresas generosas, a los grandes deberes.

Llegados aquí es difícil mantener la sangre fría e intentar seguir el análisis de las respectivas posiciones sin apasionamiento. Dos meses antes de esta condena del pacifismo, Johnson en su conocida declaración de San Antonio decía: « Nosotros amamos la libertad. Sí, nosotros queremos la autodeterminación de los pueblos ». Más adelante, extrañándose de la testarudez de los regímenes totalitarios y preguntándose por sus causas se daba a sí mismo la explicación de que el enemigo, al no saber lo que era un régimen democrático « han tomado las disensiones por deslealtad, han tomado la inquietud por el rechazo de una política ; confunden algunos comités por la nación entera. Pues bien, que sepan que llegaremos hasta el fin ». Y volviéndose contra los que le invitan a descomprometerse de la guerra, les dice: « los que mantienen realmente la paz son los soldados [...] Estos valientes jóvenes cuentan con nuestras oraciones, nuestra estima sincera y nuestra gratitud más grande. Que el mundo sepa que las gentes que mantienen la paz irán hasta el fin de todas las pruebas, que, con el sostén total de todos sus compatriotas, vencerán ».

El mejor comentario a estos dos textos de Pablo VI y de Johnson, lo constituye la noticia que nos llega tres días después del discurso del papa. La prensa nos hace saber que en los Estados Unidos ha sido creado un organismo encargado de perseguir a los manifestantes pacifistas que cometan infracciones a la ley del servicio militar. Era lógico si el soldado americano es el nuevo cruzado de Spellman o el defensor de la paz de Johnson. Era lógico si, como dicen asépticamente los obispos americanos después de examinar la « complejidad » de la situación, la presencia americana es justificada. Era lógico si Pablo VI cree que ser pacifista es caer en la trampa del adversario y negarse a empresas generosas. Desde ahora, los jóvenes americanos, habitantes de un país libre, tendrán que ser generosos a la fuerza. Es una desgracia que el resultado de esa generosidad sea la matanza de un pueblo ; es una lástima que estos chicos generosos estén llenado el país de prostitutas y de niños con pelo rubio y ojos oblicuos (la Iglesia, ¿ no tiene quizá una indulgente tradición hacia los pecados de la carne ?), a los que después regalan bombas especiales. La muerte, la destrucción sistemática, el comercio de carne humana, la corrupción, la desintegración de un país : qué lástima. Lástima, sí, pero todo eso se calla con tal que podamos obtener « la paz justa y honorable », es decir, sin retórica : la paz de los muertos.

4. Los caminos hacia la paz

Hemos visto cómo de la teoría del Dios necesario al espíritu humano de la que se deriva la obligación de reconocer el « derecho de ciudadanía »³¹ a la Iglesia, para que ayude a la construcción del orden social querido por Dios, se pasaba por medio de un proceso que resulta inevitable a la división del mundo en dos zonas : la zona libre y la zona oprimida, según

que la Iglesia goce o no de libertad para ejercer su benéfico influjo en la sociedad. Esta división está en el origen de los antagonismos mundiales que, contrariamente a lo que ocurría en la época inmediata a la postguerra, no tienen necesidad de ser resueltos por confrontaciones armadas, toda vez que el mundo comunista va dando muestras de racionalidad y ha entrado en la fase del diálogo y de la coexistencia. Las disensiones pueden arreglarse por acuerdos pacíficos en el marco de una autoridad internacional: Dios no tendrá necesidad ya de castigar con la guerra las malandanzas de los hombres. La guerra no es necesaria a condición de que se conserve el equilibrio entre las naciones. Unos pueblos minúsculos, sin embargo, desafían este equilibrio organizado sin contar con ellos. La Iglesia, incapaz todavía de salir de sus esquemas sociopolíticos, confunde la decisión de libertad nacional de estos pueblos con su deseo de pasarse a la « otra zona », la encuadra en lo que ella denomina luchas ideológicas e intentará hacer todo lo que esté de su parte para que el equilibrio sea restablecido, intentará negociar una paz. Pero igual que a la hora de analizar, de examinar y definir, la Iglesia no puede dejar de caer en la tentación de utilizar los esquemas empleados por los países en los que ella juega todavía un papel social, así a la hora de proponer soluciones, fórmulas de compromiso, la Iglesia va a hacer suyas, como veremos, las tesis de los países que hoy son su fuente más importante de recursos.

Aunque « la paz no es simplemente el resultado de nuestra actividad humana [sino que] es también, y sobre todo, un don de Dios »³⁵ el papa no desestima por completo la parte que le queda reservada a los hombres. Es por lo que no dejará de repetir que « es necesario encontrarse, conferenciar, negociar con toda sinceridad »³⁶. Incluso en momentos en que podría ser molesto a la línea « dura » de la política americana, el papa no ha cejado en su empeño de que los combatientes se encuentren sentados en torno a una misma mesa negociando leal y sinceramente. Como parte de este empeño hay que situar su infructuosa (así lo reconoce ante el Colegio cardenalicio)³⁷ llamada al arbitraje de los países neutrales y sus constantes llamadas a la tregua cada vez que la ocasión se presentaba.

Ha habido, de todos lados, tantas proposiciones y contraproposiciones para alcanzar el fin de esta desdichada guerra que examinar aquí todas ellas no es posible dados los límites de este trabajo. Nos vamos a limitar a lo esencial que se ha dicho públicamente el año 1967 por Pablo VI, Johnson y Ho Chi-Minh. Creo que el análisis de esta época resume las posiciones efectivas de cada uno.

El año comienza, para nosotros, el 9 de febrero con la publicación en el **Osservatore Romano** de las cartas que Pablo VI había dirigido al presidente Johnson, al general Thieu y al presidente Ho Chi-Minh. El mensaje a Johnson comenzaba diciendo que: « Nuestras llamadas [...] han encontrado siempre en usted un eco favorable », y expresaba el deseo de que « la celebración del nuevo año lunar [...] pueda, con la suspensión de las hostilidades de todas las partes en conflicto, abrir finalmente la vía a las

negociaciones para una paz justa [...] ». Aunque, sigue el papa, « Nos conocemos muy bien los obstáculos [...] no dudamos de su consagración a la búsqueda constante de las vías de la paz », y terminaba pidiéndole una intensificación de « sus nobles esfuerzos ». Johnson después de asegurarle su aprecio por mensaje y agradecerle el « consuelo espiritual » que le aportaba, dejaba caer, con la inocencia tejana que le caracteriza esta frase : « Yo estoy seguro, sin embargo, que Vos no esperáis que reduzcamos nuestras actividades militares sin que el campo adverso se muestre dispuesto a hacer otro tanto. Nosotros estamos dispuestos a establecer conversaciones sobre una reducción equilibrada de las actividades militares ». Antes le había repetido su conocida proposición de conversaciones « donde sea, cuando sea, con quien sea ». Es decir, conversaciones incondicionales.

A Ho Chi-Minh le decía, en sustancia que « este periodo de tregua, al inspirar en todos sentimientos pacíficos, ofrecerá la ocasión de establecer la suspensión mutua de actos de guerra y hará así posible definir los puntos fundamentales para sinceras negociaciones de paz ». El presidente de la RDV le respondía recordándole la presencia de un « ejército imperialista », de los « crímenes monstruosos » que han cometido, y señalaba las condiciones en que unas conversaciones podían tener lugar : « Los imperialistas americanos deben poner fin a su agresión al Vietnam, poner fin incondicional y definitivamente a los bombardeos y a los otros actos contra la RDVN, reconocer al FNL sudvietnamita y dejar al pueblo vietnamita arreglar por sí mismo sus propios asuntos ». (Confrontando esta respuesta con la que, un año antes, hacía llegar al papa, la diferencia más importante es que aquí no se pide ya expresamente « retirar sus tropas y armamentos de Vietnam del Sur... ».)³⁸

Tenemos, pues, en principio, tres posiciones : para Johnson antes de la reducción de actividades es necesario que el campo adverso se muestre dispuesto a hacer otro tanto, esto es, que la reducción llegará después de una negociación en la que se puedan clarificar esas disposiciones. Conversaciones antes de parar la guerra es lo que se conoce en lenguaje diplomático por « conversación incondicional » y en diplomacia tejana « estoy dispuesto a encontrar mañana mismo a Ho Chi-Minh ».

Pablo VI querrá que la tregua haga posible definir los puntos fundamentales para unas sinceras negociaciones de paz. Esto es, que antes de las propiamente dichas negociaciones de paz se debe haber unos encuentros previos que hagan posible definir esos puntos fundamentales de los que depende, a su vez, la posibilidad de las negociaciones de paz. Mi interpretación es que Pablo VI tiene aquí la originalidad de apoyarse sobre un hecho ya adquirido : la tregua, que significa en definitiva la reducción absoluta de actividades militares. Pero su originalidad es también su debilidad : la tregua es por definición débil, su duración es limitada, y esta debilidad de base es la que condenaba de manera irremediable la proposición papal de « tregua para negociar sobre la negociación ». (En este sentido se expresaba ya en su alocución del 19 de diciembre de 1965.)

Ho Chi-Minh, con menos sabiduría diplomática que el papa, respondía en su mensaje a la proposición de negociaciones incondicionales de Johnson, con su conocida tesis de negociación a condición de : cese de bombardeos y otros actos contra la RDV ; reconocimiento del FNL y, en fin, dejar a los vietnamitas decidir sobre sus propios asuntos.

Pablo VI había dicho una vez³⁹ que una de las notas que hacían tan « típica » esta guerra es que la consecución de la paz era posible con tal de que todas las partes en conflicto lo desearan « simultáneamente ». Creo que podemos entender bien las diferentes posiciones si utilizamos una imagen. Si comparamos la paz a una puerta con dos cerraduras y con dos poseedores distintos de cada llave, la posición del papa sería la del que piensa que lo único necesario es que, aprovechando la tregua, los porteros pongan el reloj en hora y lleguen al mismo momento a abrir la puerta. Johnson pide conversaciones previas para poner los relojes a punto sin garantizar que durante estas conversaciones ninguna bomba vaya a caer sobre el portero de piel amarilla ; Ho Chi-Minh dice que los destrozos ocasionados por las bombas le ocupan demasiado tiempo como para ocuparse de los relojes y complica las cosas añadiendo que no hay sólo dos porteros, dos cerraduras y dos llaves sino tres con el FNL. Y que, por tanto, si quieren que se ocupe de los relojes deben cesar antes los bombardeos y admitir un nuevo miembro a la mesa de la relojería.

En estas condiciones, Johnson quizá con el deseo de acallar las molestas llamadas del papa le muestra su convencimiento de que con toda seguridad el papa no va a pensar que una reducción de actividades sea posible sin las buenas disposiciones del campo adverso. Ho Chi-Minh responde que eso es poner al mismo nivel agredido y agresor. ¿ Y el papa ? ¿ Cómo reacciona ?

Por muy extraño que a algunos pueda parecer, el día 24 de mayo, el papa recibiendo a un grupo de vietnamitas que volvían de una peregrinación a Fátima, vuelve a emplear una a una las tesis americanas, adobándolas con consideraciones piadosas. He aquí como se expresa el jefe del Estado Vaticano : « Nos habíamos querido que este momento de tregua hubiera hecho reflexionar a los responsables, les hubiera hecho comprender que para llegar a una paz duradera, no basta suspender los actos de guerra : es preciso alejar las causas que dan a la guerra su triste y fatal poder. Es necesario, pues, que cesen los bombardeos sobre el territorio del norte, es necesario que **al mismo tiempo** cesen las infiltraciones de armas y de material de guerra en el sur ; es necesario también que cesen todos los actos de terrorismo, que no sirven ni al honor del pueblo vietnamita, bueno y trabajador, ni a la concordia ni a la paz tan deseada : en una palabra, que cese toda forma de violencia. Es decir, que para obtener la paz, es preciso antes quererla sinceramente »⁴⁰.

Soy el primero en lamentar el tener que estudiar un documento del papa, al que yo reconozco su cualificación como Pastor máximo de la comunidad religiosa a la que pertenezco, como se estudian los documentos de cualquier jefe político. Es el mismo papa quien me obliga porque el docu-

mento es en sí mismo político, es decir, establece las condiciones en que una paz puede ser posible. Estas condiciones, como hemos visto, son : 1. Cese de bombardeos en el norte ; 2. Al mismo tiempo, cese de toda infiltración en el sur ; 3. Cese de todo acto de terrorismo.

Dejando a un lado esta confusión entre actividad terrorista y FNL y el olvido de **todas** las tesis nordvietnamitas, lo más importante de las condiciones de paz me parece la fórmula « al mismo tiempo » que equivale al « simultáneamente » que ya antes habíamos encontrado. Traducido a lenguaje normal esta fórmula significa, en primer lugar, cese condicional de los bombardeos, esto es, los bombardeos cesan si al mismo tiempo cesa la infiltración y la actividad del FNL ; en segundo lugar y esto me parece importantísimo, esa fórmula comporta la necesidad de una negociación previa para ponerse de acuerdo sobre las modalidades del cese de los bombardeos y el control de las infiltraciones. Pablo VI que ya no cuenta aquí con la escapatoria de la tregua, pide directamente : a) cese condicional de los bombardeos y b) negociación previa. Por una desgraciada casualidad éstas son precisamente las tesis que Hanoi rechaza.

Paradójicamente, y esto es ya el mundo al revés, las tesis americanas van a exigir de Hanoi menos de lo que el papa pedía. En efecto, estas tesis que hemos visto ya esbozadas en los mensajes de Johnson al papa, van a encontrar el 29 de septiembre, es decir cuatro meses después de las condiciones vaticanas, su formulación definitiva en lo que se conoce como fórmula de San Antonio⁴¹. En su discurso, Johnson después de un análisis particularmente « duro » de la situación y de sus consabidas afirmaciones sobre sus disposiciones a encontrar a Ho Chi-Minh, explica las condiciones en que estas negociaciones serían posibles : 1. Los Estados Unidos están de acuerdo en parar inmediatamente los bombardeos aéreos y navales sobre Vietnam del Norte ; 2. Cuando esto conduzca a negociaciones productivas ; 3. Durante las discusiones, Vietnam del Norte no se aprovecharía del cese o de la limitación de los bombardeos.

Una lluvia de comunicaciones y de actividad diplomática empezó a caer después de esta declaración : ¿ qué son negociaciones « productivas » ? ¿ qué significa ese no « aprovecharse » ? El intento de estas palabras equívocas explicitado después por los dirigentes americanos, era obligar a Hanoi a preguntar, a negociar. El ministro de Asuntos Exteriores de la RDV cambió un condicional por un futuro : si cesan los bombardeos negociaríamos, se transformó en un « si cesan los bombardeos, negociaremos ». Clark Clifford, sustituto de McNamara, señaló por su parte que el « no aprovecharse » no exigía todo cese de ayuda al sur (que de todas formas se sigue haciendo aún bajo los bombardeos), sino su mantenimiento al nivel actual. No es de nuestra incumbencia hacer aquí un análisis político de las ofertas y contraofertas. Lo único que queríamos hacer ver es que las tesis pontificias del 24 de mayo son más duras que las tesis johnsonianas del 29 de septiembre. Más duras, claro está, para la RDV y para los « terroristas » a quienes se les pedía una inactividad

total a cambio del cese de los bombardeos. A no ser que por « cese de todo acto de violencia » el papa entienda también la evacuación de un país por el ejército extranjero que lo ocupa actualmente. Porque, vamos a ver, la presencia de un ejército de 500 000 hombres en una patria que no es la suya, por muy justificada que a los ojos del episcopado americano pueda parecer, ¿ es o no es un acto de violencia? Si lo es ¿ por qué no se reconoce explícitamente? Si no lo es, ¿ por qué no se dice sin hipocresías que la paz que se desea para el Vietnam es la paz impuesta por el ejército americano?

Entre el 29 de septiembre y el 26 de noviembre, fecha en que Pablo VI, después de su operación, vuelve a hablar de Vietnam, no hay nuevas proposiciones para negociar que introduzcan elementos nuevos en las que ya hemos analizado. En este contexto, el papa dice: « Nos es doloroso ver que las proposiciones de negociaciones son rechazadas y que la atrocidad de la guerra se exaspera trágicamente »⁴². Tomado en sí mismo, el texto podría ir destinado a cualquiera de las dos partes; es posible que nuevas proposiciones que no han aparecido en la prensa y que pertenecen a lo que el papa llama en otra ocasión su « actividad confidencial » hayan sido propuestas a los Estados Unidos, y éstos las hayan rechazado, como U Thant en los tiempos en que quería marcharse de la ONU ya afirmó que habían hecho al menos dos veces los americanos. Sin embargo, entre este lamento pontificio y la frase de Johnson « pero Hanoi no ha aceptado estas proposiciones » se puede ver algo más que un acercamiento casual.

La última intervención de Pablo VI sobre Vietnam⁴³ corrobora el análisis que hasta aquí hemos hecho. « Numerosas voces nos llegan invitándonos a exhortar a una de las partes beligerantes a suspender los bombardeos. Nos lo hemos hecho y Nos lo hacemos una vez más en nombre de las poblaciones desarmadas que, aunque involuntariamente, son víctimas de estas acciones militares ». De este primer párrafo vamos a retener, en primer lugar, el tono exhortativo: el papa « exhorta » al cese de « estas acciones militares »; el papa no las condena, ni pide que cesen incondicionalmente. En segundo lugar, y esto es más significativo, toma a su cuenta las declaraciones del Pentágono según las cuales las víctimas civiles son un producto « involuntario » de los bombardeos. Sin embargo esto es mentira. Se han bombardeado objetivos civiles: hospitales, pagodas, iglesias, escuelas, alimentos almacenados, etc. Dada la precisión de los sistemas de bombardeos es impensable que estos objetivos hayan sido alcanzados involuntariamente. Se han bombardeado ciudades con el propósito deliberado de « desmoralizar » a las poblaciones civiles, siguiendo la invención nazi experimentada por vez primera en Guernica. Y, en fin, se ha bombardeado con armas destinadas especialmente a esos inocentes en cuyo nombre el papa « exhorta » a los americanos: bombas de fragmentación, productos químicos para destruir la fertilidad de la tierra y, una nueva invención, bombas que estallan retardatoriamente, es decir, que esperan que las víctimas inocentes salgan de sus escondrijos para desmoralizarlas mejor. Este mismo análisis de los objetivos bombardeados y de

los instrumentos que se emplean nos demuestra que esas acciones no tienen nada que ver con lo que el papa llama « acciones militares ». Eso es, pura y simplemente, un crimen.

El papa continúa : « Pero, al mismo tiempo, Nos invitamos igualmente a la otra parte beligerante —y Nos queremos pensar que en esto seremos seguido por todos los que pueden ejercer con autoridad un influjo determinante en este sentido— a dar un signo de seria voluntad de paz ». No vamos a insistir sobre lo que hay detrás de expresiones como « otra parte » y « al mismo tiempo ». Lo que más llama la atención en este párrafo es que el papa insista en pedir un signo de voluntad seria de paz. Esta petición parece dejar a entender que, hasta ahora, los nordvietnamitas no han ofrecido ningún signo de los que el papa pide o que, al menos, los que han ofrecido son juzgados por Pablo VI como insuficientes. Sin embargo las concesiones que han hecho son tales que sólo queda ya el cese incondicional (Hanoi no añade ya : « y definitivo ») de los bombardeos. El ministro de Asuntos Exteriores de la RDV repite desde enero de 1967 esto es, antes incluso de la carta de Ho Chi-Minh al papa, que hemos examinado— que un cese de las incursiones aéreas norteamericanas conducirá a las negociaciones. ¿ Qué otro signo podía pedir el papa ? No lo sabemos. Lo que sabemos es que los Estados Unidos exigen, antes de que las negociaciones se abran, estar seguros acerca de su « productividad », piden a Hanoi seguridades de sus « intenciones serias de paz » que diría el papa. Hanoi, por su parte, se limita a decir que habrá negociaciones, sin poder predecir sobre sus resultados. El Departamento de Estado americano proclama, entonces, que los « nordvietnamitas no han querido nunca la negociación ». Su mala memoria les impide recordar que en diciembre de 1966, cuando estaban a punto de abrirse negociaciones de la delegación nordvietnamita y la americana en Varsovia, fueron éstos quienes torpedearon la reunión haciendo un « raid » aéreo sobre Hanoi de una intensidad especial dada la fiesta que se preparaba. Los nordvietnamitas pensaron que en esas condiciones, negociar era aceptar un chantaje. ¿ A quién debía pedirle el papa « un signo de voluntad seria de paz » ?

Es curioso constatar, además, que Pablo VI no concretiza ya cual debe ser ese signo que pide. Antes eran los ceses de infiltraciones y de toda actividad terrorista ; ahora sólo pide « un » signo. Y es que entre el 24 de mayo y el 22 de diciembre, está el 29 de septiembre fecha en que el presidente de los Estados Unidos, al comprobar que con o sin bombardeos las infiltraciones siguen produciéndose y la actividad terrorista no cesa, ya no se atrevía a pedir un intercambio de « ceses ». Los dirigentes americanos sólo piden ahora recibir garantías acerca de la productividad de las negociaciones. ¿ Será este el signo de paz que el papa pide a la otra parte ?

En el párrafo que examinamos hay todavía un nuevo dato a resaltar. Y es que el papa quisiera ver su invitación secundada por la URSS especialmente y también por China, que son los únicos que « con autoridad »

pueden influir de una manera « determinante » sobre la otra parte beligerante. Cualquiera que esté informado de la actividad diplomática de los Estados Unidos no ignora que, sobre todo a partir de la instalación del teléfono rojo y del comienzo de la política de coexistencia, cada vez que dan un mal paso en sus relaciones con los países del tercer mundo, los americanos buscan desesperadamente los buenos oficios de la Unión Soviética para que ésta les ayude a salir honrosamente del traspies. Las razones por las que URSS no interviene, o interviene en un sentido o en otro, pertenecen al análisis de la política internacional y caen fuera del objeto de este artículo.

En la declaración que comentamos, el papa continúa : « Y Nos lo hacemos una vez más en nombre de las víctimas de los actos de terrorismo [...] Que cese la violencia en todas sus formas. Nos estamos seguro que el resultado final a conseguir no debe ser la victoria que oprime, sino más bien la seguridad, la paz y la libertad para todos. La negociación franca y leal es, en efecto, el único camino para construir una paz verdadera ». El objetivo de las negociaciones está, pues, claro : no puede ser « la victoria que oprime ». Los opresores, según hemos visto, son los terroristas. Los terroristas, por una coincidencia de lenguaje entre Washington y el Vaticano, son los comandos del FNL, cuyas víctimas al no ser un producto de « acciones militares » no son un resultado involuntario de estas acciones. El resultado final no puede ser, por tanto, la victoria del FNL. ¿ Quizá la victoria americana sería también opresora ? Es difícil saber con exactitud a quién se dirige la recomendación papal sobre el resultado final a conseguir. Puede ir dirigido al Pentágono que piensa, aún, en la victoria militar. Sea ello lo que fuere, en ningún documento papal se nos dice jamás que los americanos hayan sido nunca opresores de nadie. Sólo nos queda decir que el día siguiente a esta intervención pontificia, el 23 de diciembre a las 21 horas, el Vaticano recibía la visita del más alto dignitario de los Estados Unidos. Johnson, en signo de seria voluntad de paz, regalaba su propio busto al Soberano Pontífice. Las crónicas no nos dicen qué lugar ocupa, en las amplias galerías del Vaticano el busto del presidente de los Estados Unidos de América.

Conclusión

« Quiera el cielo que no se me pueda reprochar jamás haber callado algo que pudiera ser esencial [...] Por esta razón no puedo limitarme a una simple transmisión del texto del Soberano Pontífice ». Así se expresaba el 1 de enero « día de la paz », el único cardenal católico que pensando en lo que el mismo llama misión profética de la Iglesia y sabiendo que por ser depositaria de esa misión, la Iglesia no puede permanecer neutral ante el mal, pedía que « más allá de toda cuestión de prestigio (compárese con el « honor » de ambas partes) o de justificación estratégica (compárese con la condición de cese de infiltraciones en el sur), América se determine a cesar los bombardeos aéreos sobre el Vietnam del Norte ».

Pablo VI no dismintió las blasfemias del cardenal Spellman. Pablo VI, al poco tiempo de esta toma de posición del cardenal Lercaro admitió y, según deja entender la serena despedida que el cardenal dirige a sus diocesanos, impuso su dimisión. No es posible, ni permitido, afirmar la conexión de estos fenómenos. Es posible que se deba a la libertad que Lercaro manifiesta ante el partido demócratacristiano; es posible que su salida fuera necesaria para obligar a la dimisión de otros miembros de la Curia. Algunos dicen que para esto quizá bastara con que el cardenal abandonase su puesto en la Comisión litúrgica. Nosotros no estamos al tanto de la política externa o interna del Vaticano. Traer este hecho a colación es simplemente para recordar que Lercaro no es ya arzobispo de Bolonia, aunque no tenga más que 76 años y goce de una salud envidable. Spellman murió siendo arzobispo de Nueva York.

Por mi parte, he recorrido las innumerables encíclicas, discursos, alocuciones del papa y de las jerarquías católicas o no católicas sobre el « martirizado pueblo vietnamita ». Tampoco puedo limitarme a transcribir lo que en ellas he leído. Porque he encontrado lamentos por sus desgracias, jamás condenas de quienes las producen; he encontrado « dolores de Nuestro corazón de Padre », jamás alusión alguna al napalm; he encontrado lamentos por las « víctimas inocentes », jamás una indicación, siquiera leve, a las bombas de fragmentación destinadas precisamente a esos inocentes; he encontrado condenas de las « ideologías de subversión, de las guerrillas », jamás condenas de las « ideologías de invasión », de los ejércitos de ocupación; he encontrado invitaciones a la paz, a la negociación, al rechazo de la violencia, y cuando los jóvenes americanos creyeron que el único camino que les quedaba para ser pacíficos era ser pacifistas, he tropezado con condenas del pacifismo e invitaciones a la obediencia a los gobiernos legítimos. Para colmo, y hace sólo unos días, he encontrado en una declaración de monseñor Gouyon, arzobispo de Rennes y presidente de la Sección Francesa de « Pax Christi » la afirmación asombrosa, por provenir de un hombre que « ha interrogado su conciencia de creyente » que « más aun que una falta, el gesto americano es un error » (Gouyon entiende por « gesto » los bombardeos de Vietnam). Claro es que el asombro disminuye al enterarnos que Su Excelencia el arzobispo de Rennes ha sido « *troublé lorsqu'on entend des hommes comme NcNamara [...] déclarer que ces bombardements se font en pure perte puisqu'ils n'atteignent pas leur but : ébranler le moral de la population du Nord-Vietnam et contraindre ses dirigeants à capituler* »⁴⁵.

Este triste recorrido, que he realizado movido por una admiración sin límites hacia un pueblo que lucha desde hace treinta años por su libertad, ha evitado voluntariamente entrar en un análisis sociopolítico de la guerra. Me he limitado a confrontar las tesis del papa con las « dos partes en presencia ». Examinar cuál ha sido el origen de la guerra, cuál de las dos partes tiene razón en sus análisis, qué repercusiones internacionales entraña la continuación del conflicto, de dónde se deriva la « complejidad » de la situación, qué hacer para salvaguardar la libertad real del

pueblo vietnamita al que los Estados Unidos empujan cada vez más a pedir un volumen mayor de ayuda extranjera, y toda otra serie de problemas por el estilo, no eran el objeto de este trabajo. Prescindiendo de todas esas cuestiones, mi conclusión es que Pablo VI, actuando como personaje político, ha sostenido en su conjunto las tesis americanas, con algunas variantes de forma. Porque: —lo mismo que Johnson, el papa quiere la paz y reza por ella; —lo mismo que Johnson, y contrariamente al Pentágono y al cardenal Spellman, el papa cree que la paz, además de lograrse por los rezos, se conseguirá en una solución negociada, política, del conflicto; —lo mismo que Johnson, y según el deseo del general Thieu, el papa quiere que esa solución asegure al pueblo vietnamita la « serenidad, la libertad y la independencia » para que « se amen de nuevo como hermanos y trabajen cada uno en su sitio, en la seguridad y en la libertad, por la reconstrucción y el progreso económico y social de su patria libre e independiente »⁴⁶; —lo mismo que Johnson, y contrariamente esta vez a Ho Chi-Minh, el papa cree que los bombardeos deben ser parados... cuando la otra parte dé pruebas de buena voluntad; —lo mismo que Johnson, el papa no dice ni una palabra sobre el FNL si no es para dedicarle, sin nombrarlo, el calificativo de « terrorista », como Johnson; —y, evidentemente, el papa lo mismo que Johnson, se lamenta de que sus iniciativas hayan terminado en el fracaso; —lo que, igual que a Johnson, no le impide seguir hablando de la paz y del fin, tan deseado, de la guerra sin sentirse obligado a condenar el empleo del napalm, de las bombas antipersonal, de la destrucción sistemática de ciudades, de torturas. De esto ni una palabra porque todo esto se reduce a propaganda comunista.

Con tal de que se obtenga una paz justa y honorable, con tal de que las actividades « confidenciales »⁴⁷ de la diplomacia vaticana no sean turbadas por declaraciones extremistas y demagógicas, el papa podrá silenciar todo esto, designarlo con circunloquios incomprensibles, proponer negociaciones irrealizables, falsificar la realidad de los hechos y a la vez, para cumplir su misión de Vicario del Príncipe de la Paz, podrá elevar su voz dolorida para que terminen los sufrimientos del atormentado pueblo vietnamita.

Personalmente, creo que estas reacciones vaticanas no se deben a ninguna supuesta mala voluntad. Sus causas no son de índole moral (entendiendo aquí por moral la bondad o la maldad personal) sino más bien estructural: hasta que la Iglesia no deje de ser una fuerza económica, social y política sus reacciones no pueden dejar de ser las mismas que las de quienes en cada momento histórico detentan la fuerza económica, social y política. Su más alto dirigente actual, al que yo creo sinceramente angustiado por hacer compatible esta situación con lo más profundo del mensaje evangélico, se encuentra encerrado en una contradicción sin salida. El resultado inevitable de esa contradicción es, en definitiva, el silencio, las medias palabras y la complicidad. Si más tarde la historia se lo reprocha⁴⁸ ya habrá algún medio de hacer decir entonces lo que hoy

1. La
- Cf. el
- 111,
- entre
- de la
2. Me
- 103.
3. Ibi
4. Pri
- (1963
5. Ibi
- de 11
- se mi
- del p
- que l
- nante
- al m
- entre
- pero
- de la
- politi
- medi
- empl
- la or
- de 1
- de s
6. Al
- 63 (1
7. M
- Frae
- discu
8. Pr
- extr
- (196
- travé
- sobr
- ¿ qui
- sobr
9. C
- past
- Decl
- en V
- 41-4
- no e
- pale
- « es
- Viet
- podé
- posi

no se dice. El recuerdo de Pío XII y de los crímenes nazis está todavía muy reciente.

París, febrero de 1968

NOTAS

1. *La Documentation Catholique*, 64 (1967) col. 980. Cf. el Mensaje de Navidad de 1966, D.C., 64 (1967) 111, en que el restablecimiento de las relaciones entre el hombre y Dios es previo al restablecimiento de la paz entre los hombres.
2. Mensaje de Navidad de 1963. D.C., 60 (1963), 103.
3. *Ibid.*
4. Primer mensaje de Pablo VI al mundo. D.C., 60 (1963), 836.
5. *Ibid.* Alocución al Cuerpo diplomático, 8 de enero de 1966, D.C., 63 (1966), 284, en la que Pablo VI se muestra dispuesto incluso a utilizar caminos fuera del protocolo normal « cada vez que Nos estimemos que la Iglesia puede aportar útilmente a los gobernantes el peso de su autoridad moral con vistas al mantenimiento y al progreso de una paz justa entre los hombres [...] Tarea temporal, sin duda, pero emprendida para un fin espiritual: la salvación de la sociedad ». Además de por el fin, la actividad política pontificia será también espiritual por los medios: « [...] Nuestra diplomacia —si se puede emplear este término— pone toda su confianza en la oración », decía en su alocución del 2 de enero de 1966, haciendo, sin duda una mala propaganda de su eficacia.
6. Al Colegio cardenalicio, 24 de junio de 1966. D.C., 63 (1966), 1257.
7. Mensaje de Navidad de 1965. D.C., 63 (1966) 156. Frases de ese tipo pueden leerse en todos los discursos sociopolíticos del papa.
8. Por ejemplo, en la Alocución a las Misiones extraordinarias que asisten al Concilio, D.C., 63 (1966), 70-73, dice: « Si millones de católicos a través del mundo, adoptan en un momento dado, sobre tal o cual problema, una misma actitud: ¿quién podrá negar las repercusiones de este hecho sobre la sociedad? »
9. Cardenal Shehan, arzobispo de Baltimore. Carta pastoral sobre Vietnam, D.C., 63 (1966), 1795-1800. Declaración del episcopado americano sobre la paz en Vietnam. 18 de noviembre de 1966. D.C. (1967), 41-44. Me he propuesto como límite de este trabajo no entrar en el estudio de los documentos episcopales. Pero, sin comentarios, júzguense estas frases: « es razonable pensar que nuestra presencia en Vietnam está justificada ». Más adelante, « nosotros podemos, ciertamente, sostener en conciencia las posiciones de nuestra nación en las circunstancias

actuales ». Y, en fin: « Nosotros debemos protestar claramente cada vez que la escalada del conflicto corre el peligro de ir más allá de los límites moralmente aceptables ». Quiero recordar que esta declaración es más de un año y medio posterior al comienzo de los bombardeos sistemáticos contra la RDV.

10. Alocución a un grupo de peregrinos vietnamitas. 30 de agosto de 1967. D.C., 64 (1967), 1647. « Una cuestión ya tan compleja ». Mensaje, 1 de enero de 1968, D.C., 65 (1968), 99.
11. Respuesta de Ho Chi-Minh al papa. D.C., 64 (1967), 400-401.
12. D.C., 64 (1967), 112-113.
13. Alocución en la audiencia general del 20 de julio de 1966. D.C., 63 (1966), 1363-1365. No he encontrado ninguna petición para que los prisioneros FNL o nordvietnamitas fueran tratados según esas mismas reglas.
14. Comunicado del episcopado vietnamita. 10 de junio de 1965. D.C., 62 (1965), 1412-1414. Cf. las múltiples cartas pastorales de monseñor Nguyen Van Binh.
15. Discurso de San Antonio. *Le Monde*, 1-2 de octubre de 1967, p. 2.
16. Cardenal Spellman. Alocución a los soldados americanos en Vietnam. *Informations Catholiques Internationales*. 15 de enero de 1967, p. 8. Todo el « affaire » Spellman puede verse en D.C., 64 (1967), 255-264. Ahí están recogidas las declaraciones de Spellman, una intervú al cardenal Martin; declaraciones del cardenal Villot, de monseñor Veuillot; una carta abierta y una intervú de monseñor Schmitt, obispo de Metz; un comunicado de monseñor Boillon, de Verdun y, en fin, otro comunicado de la Sección Francesa de « Pax Christi ».
17. *Loc. cit.*, col. 112.
18. D.C., 63 (1966), 1633-1637.
19. Cardenal Cicognani: Carta pontificia a U Thant. D.C., 64 (1967), 2019-2020.
20. *Loc. cit.*, 1648.
21. Mensaje de Resurrección de 1965. D.C., 62 (1965), 872-874.
22. Alocución a las ACLI. 19 de marzo de 1965. D.C., 62 (1965), 681. Un poco antes del texto citado (columna 680) felicita a los obreros cristianos que saben « inmunizarse contra la propaganda adversa, las intimidaciones [...] » Cf. Exhortación apostólica al

- episcopado latinoamericano, 24 de noviembre de 1965, recogida en el volumen de la BAC: « Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones. En la p. 840, les llama « fuerzas activas peligrosas [...] nocivas ».
23. Encíclica *Ecclesiam Suam*. D.C., 61 (1964), 1088.
24. General Nguyen Van Thieu. Respuesta al papa. D.C., 63 (1966), 178.
25. D.C., 63 (1966), 155.
26. Encíclica *Mense Maio*. 1 de mayo de 1965. D.C., 62 (1965), 868.
27. Mensaje dirigido por Nguyen Van Thieu al papa con ocasión de la Navidad. D.C., 64 (1967), 281.
28. Alocución pronunciada en la misa del 8 de diciembre de 1966. D.C., 64 (1967), 5-6.
29. Alocución, ya citada, a las ACLI. La expresión de Pío XII puede verse en el Mensaje de Navidad de 1947. BAC. Documentos Políticos, p. 943. Los papas, ya desde la más tierna infancia del comunismo, no dejan de dedicarle frases llenas de afecto y que eran como una preparación del diálogo posterior. Así, por ejemplo: Pío IX en el *Syllabus*, nº IV: « esas pestilenciales doctrinas ». León XIII en *Diuturnum Illud*, nº 17: « peste vergonzosa y amenaza de muerte para la sociedad civil », o bien: « secta tan detestable » en *Quod Apostolici Muneris*, 11. Pío XI, más reciente, les llamará: « hijos de las tinieblas » por no decirles otra cosa. *Divini Redemptoris*, 39. En esa misma encíclica les caracteriza como « pernicioso enemigo ». Pío XII, más apocalíptico « tenebrosas fuerzas de la impiedad [...] que están al acecho ». No cabe duda que el diálogo ha servido, al menos, para designar con frases más educadas al adversario. Cuando del diálogo se pase al noviazgo y de éste al matrimonio ya habrá tiempo de dedicarse mutuamente encendidas frases de amor.
30. Mensaje del 8 de diciembre de 1967 para establecer el « Día de la Paz ». D.C., 65 (1968), 3.
31. Véase, en una elaboración muy reciente, el último mensaje de Navidad, D.C., 65 (1968), especialmente la columna 10.
32. Discurso en la ONU. D.C., 62 (1965), 1730-1738. Encíclica *Christi Matris*, loc. cit. Véase también la homilía pronunciada en el « Yankee Stadium »: debéis amar la paz, no para ocultar un miedo y un egoísmo que rehúsan el sacrificio [...] una paz fundada en principios morales y religiosos. D.C., 62 (1965), 1740-1743.
33. Véase, por ejemplo, el artículo de Claude Roy, « Defensa de los americanos », en *Le Nouvel Observateur* del 14 de febrero de 1968, p. 32-33.
34. Radiomensaje de Navidad de 1967. Loc. cit.
35. Encíclica *Mense Maio*. Loc. cit., columna 868.
36. Encíclica *Christi Matris*. 20 de septiembre de 1966. D.C., 63 (1966), 1635.
37. Alocución al Colegio cardenalicio. 24 de junio de 1966. D.C., 63 (1966), 1257. En general, para entender el papel que Pablo VI quiere desempeñar en la política, y al que ya hemos hecho referencia, pueden consultarse todas estas especies de « Discurso sobre el Estado de la Unión », que son sus respuestas al Colegio cardenalicio el día de su onomástica. En éste que citamos, el papa se ocupa nada menos que de: Vietnam, Birmania, India y Pakistán, República Dominicana, Haití, Chipre, Polonia, Yugoslavia, Gromyko (que le había visitado) y de la situación del continente africano. « En mis imperios nunca se pone el sol », frase famosa que aprendimos todos los niños españoles y que no puede dejar de venir a la memoria en ocasiones semejantes.
38. Toda esta correspondencia en D.C., 64 (1967), 397-402.
40. D.C., 64 (1967), 1065-1066. Todas estas condiciones son recordadas, una semana después de la última declaración del ministro de Asuntos Exteriores de la RDV, Nguyen Duy-Trinh, por la Conferencia episcopal de Vietnam en su comunicado del 5 de enero de 1968. D.C., 65 (1968), 269.
41. Loc. cit.
42. Alocución. 29 de noviembre de 1967. D.C., 64 (1967), 2113.
43. Alocución al Colegio cardenalicio, 22 de diciembre de 1967. D.C., 65 (1968), 21.
44. La *Documentation Catholique* no ha publicado aún (y ya han pasado dos meses) la intervención de Lercaro. El texto, que no conozco completo, está tomado de *Le Figaro*, 16 de febrero de 1968, p. 10.
45. Véase todo el oportunista razonamiento de monseñor Gouyon en D.C., 65 (1968), 269-270. A. Gouyon, que siguiendo un típico razonamiento francés (por ejemplo, Leuret y su escuela « Economie et Humanisme »), cree que los americanos más que « malos » son « torpes » se le podría preguntar: Señor Arzobispo, si los bombardeos no fueran un error ¿ seguirían siendo un pecado? Y si lo son, ¿ por qué haber esperado al informe McNamara para pedir su cese sin condiciones? Eso es lo que hace R. Kennedy porque quiere ser presidente. Pero eso ya no vale. Así no se juega.
46. Consistorio secreto del 26 de junio de 1967. D.C., 64 (1967), 1298-1299.
47. Carta a los obispos de Vietnam. 21 de febrero de 1965. D.C., 62 (1965), 403-404.
48. Pablo VI es sensible a este posible reproche histórico. Así, explicando las razones que le obligan a hablar continuamente de la paz, dice: « Nos lo hacemos, en fin, porque no queremos que Nos sea reprochado jamás por Dios y por la historia el habernos callado ante el peligro de una nueva conflagración entre los pueblos, que — como todo el mundo sabe — podría tomar formas imprevistas de terror apocalíptico ». Mensaje para la celebración del « día de la paz ». D.C., 65 (1968), 5.

Julio E. Miranda

4 poemas^{*}

Florilegio vietnamita

desayuno

Los Estados Unidos han negado el embargo sistemático de la población, se dispara a todo lo que se ve, mujeres, niños, animales, en un desesperado por aplastar la prueba pero el último golpe del viejo mundo prueba la existencia de fuerza pese a la llamada «Operación Libertad» las declaraciones del presidente Nixon un balance optimista de la democracia saludable y el futuro contra las pretensiones de los comunistas por apoderarse del pueblo vietnamita
God we trust

villancico

un barquito para el Vietnam un barquito para el Vietnam un barquito para el Vietnam
por Navidades para el Vietnam un barquito que hace agua para el Vietnam
con juguetes y comidita para el Vietnam un barquito para el Vietnam
lágrimas lágrimas toneladas de lágrimas para el Vietnam envueltas en las amenas hojas de L'Humanité para el Vietnam un barquito rosado para el Vietnam para los pequeños niños del Vietnam todo calafateado con

* Del libro inédito **No se hagan ilusiones.**

buenas intenciones para el Vietnam y cooperará el arzobispo para el Vietnam todos muy condolidos lejos de Vietnam mandando oracioncitas para el Vietnam que se guardarán en la capilla para el Vietnam del barquito de Waldeck Rochet para el Vietnam

(cántese con música de acordeón
o cualquier otro instrumento nostálgico)

pausa que refresca

EBA COCA COLA EL REFRES
EBA COCA COLA EL REFRES

ahora una gran botella del tamaño de su madre
si usted tiene complejo de Edipo
EBA COCA COLA EL REFRES

y botellas en forma de niños muertos
si usted cumple alguna misión en Vietnam
EBA COCA COLA EL REFRES

CO COCA COLA BEBA COCA CO
LA EL REFRES
CO

ahora con venenito fulminante
si usted quiere que se suicide un prisionero

BEBA ESTE DIVINO LICOR AMERICANO
mámelo de las tetas del águila imperial
las inmensas tetas que hacen sombra
beba a su sombra

COCL
EL
RE
BB
GLU

si corta usted plátanos en Guatemala
adquiera el coca-machete

o la beatle-cabeza con chorrito

SENORA : USTED !
PUEDE ! VIAJAR ! A ! LOURDES !
SIN ! SALIR ! DE ! SU ! CASA !

COCA COLA BENDITA POR EL PAPA
EN SU NUEVA BOTELLA MARIANA
(300 días de indulgencia
PLENARIA AL MES DE BEBER COCA COLA)

y no olvidemos al poeta
porque ESTE LIBRO
LO PATROCINA...

(Sí, lo adivinan ¿ verdad ?

COGLUCAGLUCOLG

l
u
g
l
u
g
l
u

COCACOLICOS DEL MUNDO
UNIOS ALREDEDOR DE LA GRAN BOTELLA
OH MADRE SANTA
QUE NUNCA HAS DESAMPARADO A QUIENES TE INVOCAN
ECHANDO EN LA RANURA LOS DIEZ CENTAVOS
TU ESPUMA TU ESPUMA TU ESPUMA RA RA RA

oración

(himno,
se repite)

MADRE EN TI EXISTIMOS NOS MOVEMOS Y SOMOS
NUESTRO GEMIDO SUBE PEGADITO AL CRISTAL ALGO VERDOSO
LLEGA A TU CIELO Y TE DESCORCHA

POP PSHHHH BLUC BLUC BLUC BLUC BLUC
AAAAHHH
GRACIAS
GRACIAS MADRE ADORADA
THANKS UNCLE SAM

EIMEN

Todos : EIMEN

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Vietnam

Wilfred G. Burchett	La guerra de Vietnam	(Era)	18,— F
Wilfred G. Burchett	Habla Vietnam del Norte	(Era)	18,— F
Bernard Fall y Marcus G. Raskin	Para el expediente de la tercera guerra mundial : testimonios sobre el caso Vietnam	(Siglo XXI)	24,— F
Hoang Van Chi	Vietnam Norte	(Sur)	15,— F
Lê Châu	Del feudalismo al socialismo : la economía de Vietnam del Norte	(Siglo XXI)	27,— F
W. J. Pomeroy	Guerrillas y contraguerrillas	(Grijalbo)	7,50 F
Madeleine Riffaud	Con las guerrillas del Vietnam	(Grijalbo)	18,— F
John L. Swomley	El poder militar en los Estados Unidos	(Era)	21,— F
Robert Taber	La guerra de la pulga. Guerrilla y contraguerrilla	(Era)	18,— F

Homenaje a Robert Louis Stevenson

Vieja casaca azul de botones dorados
Con un ojo de vidrio me miraba el corsario
Los fuegos de san Telmo en la noche polar
Pon pancartas azules ISLA TORTUGA EN VENTA
No llegarán más naves a Puerto Providencia
Me falla el corazón y no puedo soñar

Arriad las banderolas del buque desguazado
A la pantera herida matalda a culatazos
Se desmaya en mis ojos un lento bergantín
Luz distantes bahías enterrados tesoros
mi destino en las olas mi sangre en los escollos
Qué batallas campales No no quiero morir

El cuadrante solar divide el planisferio
El mediodía azul puntúa el firmamento
Todo esto no sirve más que para llorar
Los escualos de nieve en su imperial silencio
han llegado a las puertas tenebrosas del reino
y el chambelán mayor les ha abierto el portal

La sangre los reclama oh verdugos sonámbulos
Bajo gasas azules en luz encapuchados
Si la muñeca llora clavadle un alfiler
Aquí está el corazón lo he marcado en el mapa
Os doy mi vida a cambio de un pendiente de plata
Es hermosa la isla cuando va a atardecer

Leopoldo María Panero

Canto a los anarquistas caídos sobre la primavera de 1939

No sentiste crisálida aun el peso del aire
en tu cuerpo aun sin límites no hubo deseos alas
en tu cuerpo aun sin límites ciega luz no sentiste
oh diamante aun intacto el peso del aire.

A lo lejos azules las montañas qué esperan
Por dónde van las águilas Cruzan sombras la nieve
Canta el viento en los álamos los arroyos susurran
Las luciérnagas brillan en las noches serenas
Olor denso a resina crepitan las hogueras
Con antorchas acosan y dan muerte a los lobos
En combate de luces derrotada la nieve
Nada turba al jazmín al aire florecido

Y sus rubias cabezas sobre la hierba húmeda

Son sus ojos azules un volcán apagado
En el viento naufragan sus cabellos de oro
De sus muslos inmóviles tanta luz que deserta

Cómo duele en la sombra desear cuerpos muertos.

La mies amarillea caen a tierra los frutos
Ellos vuelven cansados y no hay luz en sus ojos
Pero los huesos brillan y dividen la noche
Hueste antigua que danza alrededor del fuego
La hora es del regreso y no hay luz en sus ojos
Salpicaduras al borde del camino cabellos aplastados
La hora es del regreso tened cuidado aguardan

Las luciérnagas brillan en las noches serenas

Canta el viento en los huesos como en álamos secos
entra en el pecho silba y ríe en las mandíbulas
entre las ramas flota de un ruiseñor el canto
y como un río el viento acaricia sus cuencas

A lo lejos azules las montañas qué esperan
Una antorcha en la mano de mármol una llama de gas bajo el arco vacila
Y sus nombres apenas quiebran la luz el aire

Sepulturá la tierra tan débiles cenizas
volarán sobre ellas golondrinas y cuervos
sobre ellas rebaños pasarán hacia el Sur
se alzará sobre ellas el sueño de pastores
y desnuda la tierra morirá con la nieve
La hora es del regreso en sus labios asoman
olvidadas canciones rostros contra el poniente

Qué voló de sus labios al cielo y sus ojos azules
qué lava derramaron en qué ocultas laderas
En sus ojos azules se posaba la escarcha
antaño fue el deseo siempre arrancada venda
oh qué fuego voló de sus labios al cielo
aquellos labios rojos que otros nunca olvidaron.

Pero el viento deshace las últimas nieblas
Otros creen que es el frío en las manos caídas
Olvidan que la llama tan sólo se apaga en sus ojos
que después no es el frío, es aun menos que el frío.

César López

Felicitaciones

Un día cualquiera. Un policía dejó, sobre el parabrisa de un automóvil mal parqueado, un papelito blanco. Era el volante correspondiente a la infracción cometida por el dueño del vehículo. La nota tenía alguna que otra falta de ortografía.

La cosa no hubiera tenido importancia a no ser por un pequeño detalle: El dueño del auto y el jefe de la policía de la ciudad eran la misma persona. Con esto, el policía, después de descubierta la acción, quedaba a merced de los exaltados ánimos que suelen tener esta clase de jefes.

Enterado éste, hizo comparecer al vigilante y delante de todos sus compañeros, con el gesto grave y la cara de circunstancias, lo felicitó muy calorosamente por su cívico comportamiento que lo hacía digno del mayor respeto, lo convertía en ejemplo de lo que debía ser un celoso cuidador del orden, basta ya de prebendas, hay que limpiar la ciudad de los vividores, abajo los botellers, erradicación definitiva de la coba, aquí aprovechó la oportunidad para citar aquello de los no fueros y los no privilegios que dice la ley y brindar por la constitución, que ahora sí, en los momentos de recuperación integral que vive la patria, que es ara y no pedestal es necesario contar con hombres como él, etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc.

La actitud del jefe local de Policía fue muy celebrada por todos los que presenciaron la escena, y como siempre ocurre en estos casos los rumores llegaron a un lado y otro. Uno de estos lados era, naturalmente, el ocupado por el Señor Alcalde, quien acto seguido envió una carta de felicitación al jefe de la policía escrita en los más encomiables términos.

Luego de haber sido despachada esta carta, con el tiempo necesario para la maniobra, se recibió en la alcaldía otra, que provenía del gobernador de la provincia, el cual felicitaba al alcalde por haber felicitado al jefe de la policía local por haber felicitado al vigilante que había cumplido con su deber.

Como esta manera de proceder honraba al cuerpo de Policía de la Nación, el Jefe Nacional de la misma, una vez enterado, decidió felicitar al jefe local por haber felicitado al vigilante que había cumplido con su deber y además agregaba una felicitación extra por haber sido felicitado por el gobernador y el alcalde.

La prensa, siempre alerta, ya comentaba el asunto cuando se recibió en el despacho del señor gobernador una felicitación enviada por el señor Jefe

de la Policía Nacional a causa de la felicitación que éste había hecho al señor Alcalde por haber felicitado al jefe local de la policía que había felicitado al vigilante por haber cumplido con su deber.

El señor Alcalde decidió enviarla al jefe local quien la pasó inmediatamente al vigilante.

La ciudad se halla conmovida / el honor se pasea glorioso entre sus heroicas calles / un pundonoroso militar rompiendo con la tradición anterior de prebendas y ultrajamientos al deber cumplido / puso una multa al jefe de la policía / el jefe de la policía de acuerdo con la nueva conciencia nacional aceptó la multa / no sólo aceptó la multa sino que felicitó al honrado vigilante y por esa acción tan bella / ha sido felicitado por la mayoría de sus superiores.

Enterado por la prensa radial e impresa el señor Ministro de Defensa felicitó al Jefe Nacional de la policía, acto lógico que salvaguardaba la organización jerárquica de su ministerio, por haber felicitado al gobernador de la provincia por haber felicitado al alcalde por haber felicitado al jefe local de la policía por haber felicitado al vigilante que había cumplido con su deber.

Celoso del cumplimiento de sus obligaciones y valorando la importancia y trascendencia de los acontecimientos, el Primer Ministro felicitó al Ministro de Defensa por su felicitación al Jefe Nacional de Policía; y esta felicitación siguió el mismo curso que las anteriores hasta llegar al vigilante, con la diferencia de que por ser el Primer Ministro amigo íntimo del Ministro de Defensa la felicitación fue hecha por teléfono, obligando así a los restantes felicitados y felicitantes a seguir el mismo medio de comunicación, lo cual dio tiempo suficiente para los rápidos preparativos de la gran felicitación pública que hizo el Presidente al Primer Ministro por haber felicitado al Ministro de Defensa por haber felicitado al Jefe Nacional de Policía por haber felicitado al gobernador de la provincia por haber felicitado al alcalde por haber felicitado al jefe local de policía por haber felicitado al vigilante que había cumplido con su deber.

Como por otra parte la prensa diaria publicaba abundante información sobre el asunto, y por otra, la felicitación pública del Presidente al Primer Ministro obligó, para seguir la regla ya tácitamente establecida de utilizar la misma vía señalada por el primero de cada ciclo, a otra felicitación pública del Primer Ministro al Ministro de Defensa y ésta a otra del Ministro de Defensa al Jefe Nacional y luego a todas las felicitaciones públicas necesarias hasta llegar al vigilante, que había cumplido con su deber; el pueblo se sintió responsable y a la vez orgulloso de estas cosas, y decidió, en un grande, enorme, masivo y tumultuoso homenaje nacional, felicitar a su Presidente por la felicitación pública que había hecho al Primer Ministro que había felicitado al Ministro de Defensa, felicitación que se hacía extensiva al propio Primer Ministro y a todos sus subalternos en orden de categoría felicitaria.

A este homenaje contestó el Presidente con gran sencillez, repitiendo su felicitación al Primer Ministro, que estaba a su izquierda, GRANDES APLAUSOS DE LA INMENSA MULTITUD ALLI CONGREGADA; el señor Primer Ministro inmediatamente pasó la felicitación al Ministro de Defensa,

que estaba a su izquierda, MAS GRANDES APLAUSOS DE LA INMENSA MULTITUD ALLI CONGREGADA, el Ministro de Defensa ofreció su felicitación al Jefe Nacional de la Policía, que estaba a su izquierda, GRANDISIMOS APLAUSOS DE LA INMENSA MULTITUD ALLI CONGREGADA. LA MUCHEDUMBRE ESTABA FRENÉTICA, el Jefe Nacional de la Policía hizo un gesto marcial hacia la izquierda, que estaba a su izquierda. TERRIBLE SILENCIO DE LA INMENSA MULTITUD ALLI CONGREGADA, sólo comparable al desconcierto del Jefe Nacional de la Policía al no encontrar a nadie a su izquierda a quien pasarle la felicitación recibida ya que como el acto se celebraba en la capital de la república no habían podido asistir los otros felicitados-felicitantes residentes en provincia. Viendo esto, y con su gallardía e inteligencia habituales, el presidente en una oportuna intervención, se dirigió al pueblo felicitándolo por haberse reunido para felicitarlo a él, que sólo había cumplido con su deber al felicitar a sus competentes colaboradores.

Después de estas palabras la confusión creció al máximo. DELIRIO. Todos deliraban sin saber qué hacer. DELIRIO MAYOR Y PAROXISTICO. Hasta que, nadie sabe a quien se le ocurrió, comenzaron a felicitarse los unos a los otros en una baraúnda formidable.

La nación entera hervía en la problemática de los hechos y sus felicitaciones cuando un ministro de Dios en su programa radial, por otra parte uno de los más escuchados del país, que se disponía a predicar su sermón, metódicamente preparado sobre el versículo bíblico « No para ser servido, sino para servir », trastocó la frase según el tema de la actualidad y dijo « No para ser felicitado, sino para felicitar ». No le faltó más al pueblo que encontró en esta divina inspiración la solución a toda duda problemática... y a felicitar se ha dicho.

VERDADEROS DESBORDAMIENTOS DE FELICITACIONES

« Yo te felicito, tú lo felicitas, él lo felicita, nosotros lo felicitamos, vosotros lo felicitáis, ellos lo felicitan.

Yo te felicité, tú lo felicitaste, él lo felicitó, nosotros lo felicitamos, vosotros lo felicitaisteis, ellos lo felicitaron.

Yo te felicitaré, tú lo felicitarás, él lo felicitará, nosotros lo felicitaremos, vosotros lo felicitaréis, ellos lo felicitarán... »

El vigilante sobre quien recaían todas las felicitaciones decidió, cumpliendo el bíblico precepto adoptado de una forma civil y ya desprovista de todo sentido inicialmente teológico, devolverlas a sus felicitadores, pero no en serie, sino una por una. Estos hicieron lo mismo, por lo cual la cadena se hacía complicadísima e interminable, teniendo en cuenta que todos los habitantes del país se sentían obligados a felicitar a los autores del movimiento y que todos los que recibían felicitaciones respondían con creces a las recibidas.

El ambiente era superfelicitatorio y las felicitaciones al aumentar en semejante forma perdieron sus primitivas causas. Lo que al principio tenía una razón de ser —la actitud honrada y digna de un funcionario— se había convertido en una orgía confusa e ininteligible.

Consecuentemente las guías telefónicas se convirtieron en los libros más solicitados, pues por su enorme número de nombres con sus respectivas

direcciones saciaban el ansia de los más fieros felicitadores. Así las nuevas ediciones corregidas y aumentadas se sucedían vertiginosamente. *Una señora tan entusiasmada con el asunto se atrevió a felicitar a una amiga al enterarse de que sus tres hijos habían muerto quemados en un accidente y ésta tan sorprendida quedó que sólo pudo devolverle la felicitación en la forma acostumbrada por haberla felicitado felicitación que naturalmente se fue extendiendo al forense al médico de guardia a la enfermera al funerario al sepulturero al responsable del accidente que iba a ser condenado por negligencia etc hasta perderse y confundirse con otras corrientes y líneas felicitativas de manera que resultaba imposible seguirle la pista.*

Se buscaban pues, los motivos más extraños e inusuales para las felicitaciones. Lo principal era felicitar y lo demás no importaba.

Se felicitaba en todas las esferas sociales, políticas, culturales y económicas... y qué decir esferas, si en realidad sólo existía un mundo: EL MUNDO DE LAS FELICITACIONES.

De las consecuencias prácticas que trajo dicha manía al país no podemos ocuparnos aquí, MERA CRONICA, sólo señalar que por ese motivo un grupo de ciudadanos que se encontraban en el extranjero, EXILIO CONTINUO Y CONTINUADO, espantados ante el curso de los acontecimientos decidieron estudiar cabalmente el asunto.

Luego de largas, múltiples, sesudas investigaciones, se dieron cuenta de que la cosa felicitativa constituía un grave peligro. Grave en tanto se olvidaba del ser. SIN DETENERSE A PENSAR A QUE SER SE ESTABAN REFIRIENDO LA IDEA FUE ACOGIDA CON GRAN ALBOROZO.

La colonia era numerosa, pero esta labor fue realizada por los más selectos y escogidos. CONDENARON LOS HECHOS FELICITATORIOS.

« Este ser, ser personal e individual no tenía nada que ver con el SER, ni con el ser de este ser, era simplemente el ser que puesto en movimiento constituía su hacer independiente de la trascendencia que pudiese abarcar el hacer ; tenía generalmente, antes de la terrible plaga, consecuencias más o menos prácticas, es decir que el hacer estaba encaminado a algo, constituía un verdadero hecho que a la vez llevaba a la obtención de un producto.

Este era el planteamiento. Luego de dividido el esquema se podían ver los siguientes pasos :

El ser en movimiento constituye su hacer y este hacer tiene a su vez distintas etapas : a) lo hecho ; b) la manera de hacerlo ; c) la consecuencia de lo hecho. Exemplo gratia :

Matar a X de un tiro para salvar el país.

Donde *matar a X* es lo hecho, *de un tiro* la manera de hacerlo y *para salvar el país* es el producto o consecuencia, en este caso la motivación-consecuencia.

Si aplicamos este sistema al problema de las felicitaciones, vemos que éstas constituyen algo fuera del ciclo en cuestión ya que no modifican ni el ser ni el hacer, aunque en cuanto al hacer se podría considerar en qué momento se felicita ; usando el mismo ejemplo anterior se podría

felicitar por matar a X, o por haberlo hecho de un tiro por la salvación del país.

Todo lo cual entraña el peligro de una nueva Etica diferente y equívoca. **INACEPTABLE.**

Como los ciudadanos se han olvidado de toda regla caben las felicitaciones por cualquiera de los aspectos citados y lo que es peor, se había llegado a la última etapa, que podríamos llamar de la felicitación gratuita: se felicitava.

Si se invocase una aparentemente motivación-consecuencia bastaría una ligerísima investigación para ver que ella estaría ligada a otra posible y esta a otra y así sucesivamente hasta perderse en un laberinto sin salida racional.

Por lo que, según estos leales investigadores, el ciclo SER-HACER-CONSECUENCIA había sido abandonado, sustituido por el CICLO FELICITATIVO. Después de pasar todas estas conclusiones a un lenguaje más claro y sencillo lo enviaron al país, no sólo a los gobernantes, sino también a todos los grupos de ciudadanos, aún a aquellos que vivían en los más apartados rincones de la patria.

El resultado fue un interés inusitado por parte de la ciudadanía en general, decidiéndose al estudio de tan interesantes asuntos. Seminarios, círculos, debates, conferencias y todo tipo de actividad intelectual fue dedicada a solucionar el problema felicitativo.

Entendida dicha realidad y como ejemplo de la cabal comprensión de la misma, el pueblo, conjuntamente con todos los gobernantes, reunidos **EN EL MAS FABULOSO Y TOTAL ACTO DE MASAS QUE SE PUDIERA IMAGINAR**, acordó por unanimidad felicitar a los ilustres ciudadanos con que contaba la patria en el extranjero.

Terminada la proclamación, volvieron a sus actividades habituales. Los ilustres ciudadanos en el exilio al recibir la noticia felicitatoria y casi a punto de estallar de la alegría felicitaron al pueblo y a sus gobernantes por haber sido tan bien comprendidos. Luego, quedaron todos, tanto dentro del país como afuera, sumergidos en las más perpetuas, desafortunadas y crecientes felicitaciones recíprocas.

SE FELICITABA.

Tribuna libre **Invitación a reemprender o reanudar el trabajo político organizado**

Grupo 450

Desde hace unos cinco años, muchos, por no decir la totalidad, de los militantes revolucionarios de España atraviesan una crisis que afecta a su condición misma de militante o a su talante revolucionario y que repercute incluso en su mundo privado.

La generalización de este fenómeno hace que no quepa explicarlo según criterios normales tales como el aburguesamiento por envejecimiento, por ejemplo. La crisis se ha debido al cambio radical de la situación y de las perspectivas españolas. Y éste a su vez no es sino el reflejo de lo que ha ocurrido a escala mundial.

No cabe engañarse a este respecto. Todos hemos padecido y padecemos esta transformación tajante de nuestras esperanzas de hace cinco o más años. El modo de reaccionar ante ella ha sido sin embargo diverso. Los hay que se han retirado a su tienda como Aquiles y otros han seguido militando. En la inmensa mayoría de los casos, estos últimos han cambiado de partido. El repertorio de los trasvases entre las distintas organizaciones políticas ha sido tan numeroso como el número de combinaciones posibles. Este fenómeno, que referido al sector no obrero es general, puede aplicarse también a los militantes obreros si bien en menor proporción.

Si el criterio es —y no puede por menos de serlo en muy importante medida— el hecho de militar, éstos son dignos de encomio y aquéllos muy censurables. Pero si aplicamos la piedra de toque de la continuidad revolucionaria el juicio cambia. Si muchos se han privatizado —como

ahora se dice— definitivamente, otros, que ya no participan de un modo activo en la vida política, mantienen en cambio un compás de espera.

La línea divisoria no pasa, pues, entre « privatizados » y militantes sino entre los que siguen siendo revolucionarios y los que ya no lo son objetivamente.

Se imponen varias conclusiones. La primera: por lo que al sector no obrero (universitarios, intelectuales, profesionales liberales) se refiere, más del noventa por ciento de los que militaban en 1962, por ejemplo, « se están en su casa ». Una abrumadora proporción de los mismos ha optado por esa solución precisamente porque, con razón o sin ella, estimaban que no podían seguir siendo fieles a sus principios revolucionarios si persistían en las organizaciones a las que pertenecieron hasta entonces. (Tal es —dicho sea de paso— la enormidad de la situación española y aún mundial.)

De los que siguen militando, la inmensa mayoría ha dejado de ser **objetivamente** revolucionaria (lo cual no es sino el corolario de la anterior afirmación). Dicho de otro modo, el cambio de partido ha sido la expresión, consciente o inconsciente, de su conversión a posiciones e inclinaciones reformistas. (Es absolutamente irrelevante a este respecto que el paso haya ido en el sentido de partido tradicionalmente más radical a partido menos radical o viceversa: en el primer caso, siempre se puede recurrir a la acusación de « maximalismo » recién descubierta para justificar con « coherencia

revolucionaria » la deserción ; en el segundo, el mayor radicalismo del partido al que se pasa no es ya, por desgracia, sino eso : una tradición relegada, ... pero sirve de salvoconducto al neomilitante en su vida social.

La finalidad del presente escrito es invitar a la acción a aquellos que, cansados o desencantados, se han retirado de ella y consideran el horizonte cerrado para la revolución y no ven ningún cauce en el que poder actuar. La tesis que propugnamos es : el horizonte está abierto, hay cauce e incluso cauces.

Al mismo tiempo, nos dirigimos a los que nunca han militado, a los que esperan fuera o, recelosos de la política, vierten su energía en empresas generosas pero aberrantes : a los más jóvenes, en definitiva.

Al proponer nuestra línea no pretendemos ningún monopolio y respetamos la posibilidad de otras alternativas.

Agradecemos a **Cuadernos de Ruedo ibérico** la oportunidad de difundir, en Tribuna libre y para sus lectores españoles, este primer resumen de nuestro planteamiento.

Siete principios

1. No hay tal singularidad española.

La esperanza sobre las posibilidades revolucionarias **instantáneas** en España, como país europeo singular, resultó falsa. Hay una uniformidad regional. El Grupo sólo se concibe a esta escala, y no como una empresa estrictamente para España.

2. Una revolución termina su carrera...

Es preciso aceptar este salto como única explicación total de la nueva realidad. Vivimos las postrimerías de una era. Se ha roto la continuidad (aunque la revolución del siglo XX siga siendo eficaz y la más vigente para amplias zonas del mundo [y la del siglo XIX constituya un progreso para algunas de ellas y durante ciertos plazos]). Históricamente, la humanidad está viviendo una vez más una época de transición, está viviendo **entre** dos revoluciones...

3. ... ¡ Viva la revolución !

... porque la revolución **no** « ha dejado de ser posible », como pretenden algunos, que es tan disparatado como afirmar, por ejemplo, que « se ha acabado la era de los descubrimientos en física o en biología ». Se trata de apercibirse al nuevo avatar, en vez de arrastrar una ilusión enervante sobre la supervivencia del anterior.

4. El lenguaje no es un monumento histórico.

A él, primero de todo, hay que llevar la nueva adecuación. Procede adaptar el instrumento lingüístico de los hechos, y no sojuzgar éstos al antiguo vocabulario deformado.

5. No hay por qué revisar el marxismo.

También el revisionismo es un rehusarse a advertir la realidad distinta, un encerrarse en el mismo armazón mental. No hay nada que revisar o « superar ». Todo sigue, en efecto, vigente. Pero, de ser una explicación omnicompreensiva, ha pasado a recubrir una sola franja o capa —por muy central o profunda que sea— de la totalidad.

6. Los partidos han cumplido una gran función histórica.

La deuda contraída con ellos por la humanidad toda es ingente. Pero hoy, aparte de su eficiencia sindical —que constituye, por cierto, un caso de competencia abusiva— su restante incidencia en la realidad es aproximadamente la misma que la de un cenáculo de intelectuales inquietos.

7. El protagonista de la lucha no puede ser único ni concebirse perfecto.

El protagonista de la lucha no es un mesías, sino todo aquel al que privan de lo que es suyo, al que no permiten participar, al que no dejan ser precisamente protagonista total y de pleno derecho en la sociedad, **mientras y con tal de que**, por supuesto, se encuentre en tal situación de objeto y de no asimilado por la estructura de privación.

¿Qué propone el Grupo ?

A los que están de acuerdo con esta primera presentación, forzosamente esquemática, les invitamos a constituirse en

grupos para llevar a cabo un trabajo teórico y una actuación política y para crear y mantener una solidaridad mutua como tales grupos y como miembros de los mismos.

Esta vida de grupo no excluye el deber de intervenir decididamente en los planos subordinados. Antes por el contrario, incita a tener una actividad personal al nivel sindical y parapolítico. El miembro del Grupo debe estar sindicado y pertenecer a un partido*.

El Grupo no nace para rivalizar sino para completar.

GRUPO 450

* Así pues, el Grupo no condena la pertenencia de sus miembros a las organizaciones sino que la fomenta (del mismo modo que los partidos estimulan a sus militantes a ingresar en un sindicato y que la participación en empresas culturales o cooperativas no se opone a la lealtad sindical).

Partidos y sindicatos no tienen por qué recelar de aquellos de sus miembros que lo sean a la vez del Grupo, porque éste les da una razón más para ser fieles y activos militantes en unos y otros.

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

184 páginas

21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

en prensa

5 rue Aubriot Paris 4

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia por varios autores	2,—
Trayectoria ideológica de la revolución mexicana por Jesús Silva Herzog	1,20
La reforma agraria en México por Emilio Romero Espinosa	1,20
El drama de la América latina. El caso de México por Fernando Carmona	2,50
Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución por Fedro Gullén	0,80
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson por Alonso Agullar Monteverde	1,—
Historia de la expropiación de la empresas petroleras por Jesús Silva Herzog	1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

Ayuntamiento de Madrid

En el sumario de este fascículo :

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador. 2. Vietnam ● Estados Unidos de América ● Pablo VI : José Angel Valente : Las legiones romanas ● Juan Tomás de Salas : Vietnam : ¿paz como sea o guerra para imponer la paz? II. Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967 ● Chandler Thompson : La «subcultura» norteamericana ● Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Vietnam ● Julio E. Miranda : Florilegio vietnamita ●●●● César López : Felicitaciones ●● Pedro Gimferrer : Homenaje a Robert Louis Stevenson ● Leopoldo María Panero : Canto a los anarquistas caídos sobre la primavera de 1936 ●●● Tribuna libre : Grupo 450 : Invitación a emprender el trabajo político organizado ●●● Dibujos de Umberto Peña.

En los próximos números :

Quaderni Rossi : La revolución cultural socialista en China
Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo
Julio Cerón : Política y neocapitalismo
Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña propiedad
Gerardo Núñez : España : también colonia de los trusts europeos
Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista
Ramón Bulnes : Comisiones obreras : los problemas de fondo
Andrés Vidal : Peligros y posibilidades de las Comisiones
Miguel Parra : Sindicato y política de rentas
Sergio León : Los últimos traidores
Jean Becarud : La acción política de Gil Robles (1931-1936)
Clara Barrondo, José Campillo, Francisco Ramón Carmona, Ignacio Fernández de Castro e Iñigo : La emigración y Europa

Prix : 7 F

Ayuntamiento de Madrid